¿CÓMO DEBERÍA SER UNA PERSONA?

UNA NOVELA DESDE LA VIDA

SHEILA HETI

ALPHA DECAY

Sheila, una dramaturga de veintitantos recién salida de un matrimonio fallido del que aún no se ha recuperado, se siente insegura a la hora de vivir y de crear. Cuando entran en su vida Margaux, una pintora de gran talento y espíritu libre, e Israel, un artista sensual y procaz,

Sheila espera poder recuperar su lugar en el arte y la vida mediante la observación atenta (demasiado atenta, a veces) de su nueva amiga, su nuevo amante y de sí misma.

Sirviéndose de conversaciones transcritas, emails reales y fuertes dosis de ficción, la brillante y siempre innovadora Sheila Heti ha elaborado una obra que tiene mucho de novela, mucho de manual de autoayuda y mucho de confesión obscena; estamos ante una exploración dinámica y sin complejos de nuestra forma de vida actual, que insufla aires nuevos y sabios a las eternas preguntas:

¿Cuál es el modo más sincero de amar? ¿Qué clase de persona debería uno ser?

Sheila Heti

¿Cómo debería ser

una persona?

Una novela desde la vida

Traducción

de Regina López Muñoz

ALPHA DECAY

Para Margaux

PRÓLOGO

¿Cómo debería ser una persona?

Durante muchos años me planteé esta pregunta con todas y cada una de las personas que conocía. Siempre estaba pendiente de sus reacciones ante cualquier situación para poder hacer lo mismo. Siempre prestaba atención a sus respuestas con la idea de hacerlas mías si me gustaban. Me fijaba en la manera de vestir de la gente y en cómo trataban a sus parejas; en todo el mundo había algo que envidiar. Uno puede admirar a cualquiera por el mero hecho de ser quien es. Y cómo no hacerlo: a todo el mundo se le da tan bien… Pero al considerarlos a todos en conjunto, ¿es posible elegir? ¿Con qué

criterio afirmar *prefiero la responsabilidad de Misha antes que la irresponsabilidad de Margaux*? La responsabilidad le sienta tan bien a Misha como la irresponsabilidad a Margaux. ¿Cómo distinguir cuál iría mejor conmigo?

Yo admiraba a las grandes figuras de todos los tiempos; Andy Warhol y Oscar Wilde, por ejemplo. Transmitían autenticidad por los cuatro costados. Mi reflexión no era *Qué inmensas almas*, sino *Qué inmensas personalidades para nuestra época*. Charles Darwin, Albert Einstein… Todos ellos *hicieron* cosas, a la vez que *encarnaban* cosas.

Sé que la personalidad no es más que un invento de los medios de comunicación. Sé que el carácter sólo existe de puertas afuera.

Sé que dentro del cuerpo lo único que hay es calor. ¿Cómo se construye el alma, entonces? Llegados a cierto punto, lo sé, te tienes que olvidar del alma y limitarte a cumplir con la labor que se te exige. Darle más y más vueltas al alma implica perderse el sentido de la vida. Esto último lo aseguraría con más convicción si

supiera cuál es el sentido de la vida. Preocuparse demasiado por Oscar Wilde y por Andy Warhol no es más que pura vanidad.

¿Cómo debería ser una persona? Me lo planteo a veces, y no puedo evitar que mi respuesta sea: famosa. Aunque, por mucho que adore a los famosos, yo jamás me mudaría a un lugar en el que los famosos existieran de verdad. Mi ilusión es llevar una vida sencilla, en un lugar sencillo, donde sólo exista un modelo a seguir de cada cosa.

Con *vida sencilla* me refiero a una vida de notoriedad imperecedera en la que no me vea obligada a participar. No quiero que cambie nada, salvo el hecho de ser lo más famosa posible sin que ello suponga ninguna alteración. Todo el mundo sabría en lo más íntimo de su ser que *yo* soy la persona viva más famosa, pero no se hablaría mucho de ello. Y nadie tendría demasiado interés en sacarme fotos porque todo el mundo tendría en la cabeza mi imagen, inmutable, asombrosa y magnética. Nadie tiene por qué saber lo que pienso, puesto que en realidad no pienso nada en absoluto; y nadie tiene por qué conocer mi vida al detalle, puesto que no existen grandes detalles por conocer. Lo que yo persigo es una fama de calidad, sin aspectos negativos.

Dentro de una hora, Margaux pasará por aquí y charlaremos como es costumbre. Antes de cumplir los veinticinco no tenía amigos, pero los que tengo ahora no dejan de fascinarme. Margaux y yo nos complementamos de una forma muy interesante. Ella me retrata, y yo

grabo lo que va diciendo. Hacemos todo lo que está en nuestra mano para que la otra se sienta famosa.

En este sentido, debería estar satisfecha con ser famosa para tres o cuatro amigos. No obstante, tal cosa es un espejismo. Ellos me aprecian por como soy, mientras que yo prefiero que me aprecien por como *aparento* ser; y a través de quien aparento ser, quiero llegar a ser quien soy.

Somos todos motas de suciedad, todos en este mundo al mismo tiempo. Pienso en todas las personas que hoy están vivas y me digo: *Son mis coetáneos. ¡Son mis putos coetáneos!* Vivimos en una época de grandes artistas de la mamada. Cada era tiene su expresión artística. El siglo diecinueve, por ejemplo, fue fenomenal para la novela.

Yo pongo todo mi empeño en no sufrir muchas arcadas. Soy consciente de que a los hombres les pone cachondísimos alcanzar la delicada piel del fondo de la garganta. En esos momentos me concentro en respirar por la nariz y no vomitarles en la polla. El otro día devolví un poquito, pero seguí chupando. El vómito no tardó en desaparecer, y entonces mi novio me hizo parar para darme un beso.

Aunque, si exceptuamos las mamadas, ya he superado el rollo de ser la novia perfecta; superado del todo. Y si se molesta conmigo, que me dé la patada. Así tendré más tiempo libre para convertirme en un genio.

Una de las ventajas de ser mujer es que aún no hay muchos ejemplos de genio. Puede que yo sea uno de ellos. No existe un modelo de la composición ideal de mi mente. En el caso de los hombres, en cambio, está bastante claro; por ese motivo procuran ensalzarse a sí mismos continuamente. Me da la risa cuando no dicen lo que en realidad piensan para que la academia los analice hasta el fin de los días. Estoy pensando en ti, Mark Z., y en ti, Christian B. Vosotros seguid difundiendo vuestras sandeces de genios fanfarrones, que yo estaré haciendo mamadas en el cielo.

Mis antepasados agarraron sus cosas —o sea, nada— y abandonaron su vida como esclavos en Egipto para seguir a Moisés a través del desierto en busca de la Tierra Prometida. Vagaron por aquellos páramos durante cuarenta años, descansando por las noches donde pillaban, a los pies de las dunas que levantaba el viento. Al despertar al día siguiente sacaban harina de los costales,

la humedecían con saliva y amasaban una pasta ligera; entonces se ponían de nuevo en camino, encorvados y con la masa extendida

sobre la espalda, que se iba mezclando con la sal del sudor y se endurecía al sol. Y eso era lo que almorzaban. Había quien aplanaba la masa y de ese modo obtenía un pan ácimo; otros, en cambio, hacían cilindros y unían los extremos. Estos últimos comían *bagels*.

Llevo un montón de años escribiendo *alma* de esta forma: *arma*.[1]

Es la única falta de ortografía que cometo habitualmente. Una chica que conocí en Francia me dijo una vez: *¡Pero anímate! A lo mejor no significa que hayas vendido tu alma* —Yo, mientras, miraba con tristeza mi cerveza—, *sino más bien que nunca has tenido un alma que vender*.

Estábamos comiendo en un hindú, y teníamos al lado a un inglés al que de pronto se le iluminó el rostro. Nos dijo: *¡Qué agradable oír inglés por aquí! Llevo semanas sin escuchar ni una palabra en mi idioma*. Nosotras procuramos no sonreír, porque lo único que consigue una sonrisa es dar alas a los hombres para que te aburran y te hagan perder el tiempo.

Me pasé una semana pensando en lo que me había dicho aquella chica. Estaba decidida a emprender la labor que tanto tiempo llevaba postergando; algo que durante mucho tiempo imaginé que se resolvería de manera natural sin necesidad de prestarle atención, aunque en el fondo yo sabía que lo estaba evitando, que estaba tratando de componerme con retazos de la admiración que me causaban los rasgos que, de forma tan evidente, veía en los otros. Me dije con severidad: *Ya es hora de dejar de hacerte preguntas sobre los demás. Ha llegado el momento de convertirte en capullo para hilar tu propia alma*. Pero cuando volví a la ciudad falté a mi propósito: prefería salir con mis amigos todas las noches, igual que había estado haciendo antes de marcharme a Europa.

La chica que me dio aquel pésame era una americana en París de treinta y tantos llamada Jen, la amiga de un amigo que muy amablemente había accedido a alojarme en su casa durante mi estancia. Trabajaba organizando dinámicas de grupo para grandes corporaciones, incluido el Ejército de los Estados Unidos, que necesitaba que le echaran una mano con las campañas de reclutamiento. Eso le provocaba ciertos conflictos éticos, aunque le preocupaba más su novio, que de repente había empezado a ignorarla. Cuando yo llegué, ése era el mayor desvelo de su vida, por ser el más emocional.

Hay algunas personas que no se sienten como pequeños salvajes en la sociedad: ellas son el motor del mundo. Son las que mantienen todo

en marcha para que los demás podamos preocuparnos por qué clase de persona debemos ser. He leído todos los libros, y ya me conozco la cantinela: *Sé tú mismo, ¡pero mejor en todos los aspectos!* Aun así, existen tantas formas de ser mejor… ¡Formas que se contradicen entre sí!

Ayer Margaux me contó una anécdota que su madre suele evocar, una historia de cuando ella era un bebé. A Margaux le costó lo suyo empezar a hablar, y todos pensaban que era un poco tonta.

Su madre tenía una amiga algo pirada a la que le iban mucho los libros de autoayuda y las cintas de crecimiento personal. Un día le explicó a la madre de Margaux una técnica según la cual lo único que había que hacer ante cualquier problema que a uno se le presentara en la vida era alzar los hombros y exclamar: *¡Da igual!*

Esa misma noche, cuando toda la familia estaba reunida a la mesa (los padres, Margaux en su trona y su hermana, que era unos meses mayor), la hermana derramó la leche y el vaso se hizo añicos. La madre se puso a chillar, y la niña rompió a llorar.

Entonces oyeron a la pequeña Margaux exclamar desde su sillita:

¡Da igual!

Lo siento, pero me alegra muchísimo que sea mi mejor amiga. Si de niña llego a saber que en algún lugar de América había un bebé que se encogía de hombros y cuyas primeras palabras fueron *¡Da igual!* , y que algún día ese bebé sería mi mejor amiga, me habría relajado durante los veintitrés años sucesivos y todo me habría dado igual.

PRIMER ACTO

Capítulo 1

SHOLEM PINTA

Estábamos almorzando. Era domingo. Yo llegué la primera, luego aparecieron Misha y Margaux, y luego Sholem con su novio, Jon.

Pocas semanas antes, los dueños habían cambiado el color de las paredes del local: de un beige salpicado de grasa había pasado a un empalagoso azul pastel con dibujos gigantes de huevos revueltos, tiras de beicon y tortitas con sirope pintados con espray.

La nueva decoración se cargó un poco el sitio, pero la comida era

barata, no había demasiada gente y siempre nos daban una buena mesa.

Compartí con Margaux un desayuno especial y un sándwich de queso a la plancha. Jon se comió nuestras patatas fritas. No recuerdo de lo que estuvimos hablando al principio, ni quién estaba siendo el más ingenioso aquel día. No recuerdo ningún detalle de la conversación hasta que abordamos al asunto de la fealdad. Yo comenté que unos años antes había mirado a mi alrededor y me había dado cuenta de que había erradicado de mi vida a toda la gente fea. Sholem afirmó que era incapaz de gozar de la amistad de alguien por quien no se sintiera atraído. Margaux confesó que le resultaba imposible calificar a una persona de fea. Y Misha apuntó que los feos tienden a quedarse en sus casas.

Éstas fueron algunas de las sórdidas perlas que derivaron en el Concurso de Cuadros Feos.

Cuando Sholem era adolescente soñaba con ser actor de teatro, pero sus padres no quisieron que se matriculara en Arte Dramático.

No les parecía práctico, y lo animaron a apuntarse en la escuela de Bellas Artes. Eso hizo él, y una noche que había pasado en vela pintando, en primero, experimentó una potente sensación dentro de sí a medida que empezaba a clarear; esa sensación le dictaba: *Tengo que ser artista. Tengo que pintar durante toda mi vida. No me conformaré con nada más. Cualquier otro porvenir me parecerá inaceptable*.

Fue, al mismo tiempo, una epifanía y una decisión para la que no habría vuelta atrás: la primera y más importante promesa de su vida.

Así pues, la pasada primavera acabó el máster y se graduó.

¿A quién se le ocurrió la idea del Concurso de Cuadros Feos? No me acuerdo, pero en cuanto yo me entusiasmé, todos los demás me siguieron. La idea consistía en que Margaux y Sholem compitieran para ver quién hacía el cuadro más feo. Estaba deseando que se celebrara semejante concurso. Me picaba la curiosidad por ver los resultados, y los envidiaba en secreto. De repente quise ser pintora yo también. Quería hacer un cuadro feo y confrontarlo con los suyos para ver quién ganaba. ¿Qué aspecto tendría mi cuadro? ¿Qué técnica usaría? Me dije que sería sencillo e interesante de hacer.

Llevaba mucho tiempo intentando convertir la obra de teatro que estaba escribiendo (y mi vida, y a mí misma) en un objeto bello. Era agotador, y mi único objetivo.

Margaux accedió sin vacilar, mientras que Sholem puso reparos.

No le veía la gracia. La premisa lo abatía muchísimo: ¿por qué iba alguien a crear *a propósito* algo feo? Pero yo insistí tanto que acabó rindiéndose a mis súplicas.

En cuanto Sholem volvió a casa después del almuerzo se puso manos a la obra para no darle más vueltas, según me explicó más adelante, ni tener ante sí la amenazante obligación de crear algo feo.

Se fue directo a su taller, sabiendo de antemano lo que iba a hacer. Se lo planteó como un ejercicio intelectual que podría

acometer con frialdad. Se limitaría a hacer las cosas que sus alumnos hacían y que él detestaba. Comenzó la composición justo en el centro de una hoja de papel, visto que el papel es más feo que el lienzo. A continuación pintó a un hombre extraño y caricaturesco de perfil, con huevos fritos a guisa de ojos; esbozaba líneas en lugar de sombrearlas, y trazó cada una de las pestañas. En lugar de ponerle nariz, dibujó un boquete. Al fondo pintó unas esponjosas nubes blancas sobre unas montañas anaranjadas y triangulares.

Usó para el fondo un gris muy basto con matices rosáceos y amarronados, sirviéndose del sedimento mineral del tarro que utilizaba para lavar los pinceles. Para el tono de piel mezcló rojo y blanco sin más, y para las sombras usó un azul. A pesar de que creyó que algunas cualidades acabarían salvando el conjunto, el cuadro se fue volviendo más y más repugnante, hasta el punto de que al final Sholem empezó a sentirse mal y se apresuró a terminarlo. Mojó una brocha en pintura negra y escribió en la parte inferior: *El sol brillará mañana*. Entonces dio unos pasos atrás para contemplar el resultado, y lo juzgó tan repulsivo que tuvo que sacarlo del taller y llevárselo a secar a la mesa de la cocina.

Salió a comprar algunas cosas para la cena, pero sufrió náuseas todo el rato que pasó sobre la calle. Ya de vuelta en casa, al dejar las bolsas en la encimera, vio de nuevo la pintura y pensó: *No puedo ver esa cosa cada vez que entre en la cocina*. De modo que se la llevó al sótano y la dejó junto a la lavadora y la secadora.

A partir de entonces el día fue a peor. La ejecución del cuadro había desencadenado una oleada de pensamientos muy deprimentes y fatalistas, y para cuando cayó la tarde ya estaba hundido hasta el cuello en la desesperación. Jon volvió a casa y Sholem se puso a perseguirlo por todo el piso, gimoteando y quejándose por todo. Hasta

cuando Jon entró en el baño y cerró la puerta, Sholem se quedó de pie al otro lado, lamentándose de ser un fracasado y afirmando que nunca le sucedería nada bueno y que, de hecho, nada bueno le había pasado jamás; su vida entera había

sido una farsa. *¡Es como si pusieras todo tu empeño en entrenar a un perro para que sea bueno!* —Voceó a través de la puerta— *¡Ese perro es tu mano! Entonces, un día te ves obligado a sacudirle toda la bondad al perro para que se vuelva cruel… ¡Hoy es ese día!*

Jon emitió un gruñido.

Entonces, Sholem fue trastabillando hasta el salón y mandó un email dirigido a todo el grupo que decía: *Este proyecto me está provocando vergüenza y asco. Ya he terminado el cuadro feo, y me siento como si me hubiera violado a mí mismo. ¿Cómo lo llevas tú, Margaux?*

Margaux, una artista más profesional, contestó: *me he pasado el día en la isla paradisíaca de mi cama leyendo el new york times*.

Hace quince años vivía en nuestra ciudad un pintor llamado Eli Langer. Cuando tenía veintiséis, una galería de artistas emergentes presentó su primera exposición. Los cuadros eran maravillosos y turbadores, ejecutados con gran maestría y todos basados en una rica gama de marrones y rojos. Representaban a ancianos, niñas, sillones tapizados en felpa, ventanas y regazos desnudos de una forma cambiante e imprecisa. Una cierta tristeza oscurecía los pocos rostros, que permanecían en sombras, alumbrados únicamente por la débil luz de la luna. Eran grandes formatos, y parecía la obra de alguien con mucha confianza y libertad.

La muestra no llevaba ni una semana cuando fue clausurada por la policía. La gente sostenía que los cuadros representaban pornografía infantil. Confiscaron los lienzos, y el fiscal solicitaba que fueran destruidos.

Los periódicos de todo el país se hicieron eco del suceso, y la televisión cubrió el juicio durante un año entero. Muchos artistas e intelectuales de renombre tomaron partido públicamente y escribieron editoriales sobre la libertad artística. Al final el juez dictó sentencia a favor de Eli, en parte: le devolvieron los cuadros, pero a

condición de que nadie volviera a verlos. Los dejó en un rincón del desván de su madre y allí siguen, cubiertos de hollín y moho.

Cuando hubo acabado el juicio, Eli quedó exhausto y conmocionado.

Cada vez que se ponía delante de un lienzo, pincel en mano, le parecía que la inspiración lo había abandonado.

Cambió Toronto por Los Ángeles, donde pensaba que gozaría de una mayor libertad, pero tampoco allí conseguía concentrarse como antes.

Atenazado por una inseguridad y una inhibición desconocidas hasta entonces, únicamente aplicaba a sus lienzos —ahora pequeños— unos blancos vacilantes, o blancos rosáceos, o un poco de amarillo, o el más timorato de los azules, y aunque uno se acercara muchísimo a los cuadros no conseguía distinguir gran cosa. Para las pocas muestras individuales que logró componer en los años que sucedieron al juicio sólo creó obras profundamente abstractas y nada que se acercara ni en lo más remoto al arte figurativo.

Eli volvía a Toronto varias veces al año a pasar una semana o así: asistía a fiestas de artistas y hablaba de pintores y de la importancia de pintar; transmitía una gran confianza en sí mismo al referirse a la pincelada, el color y la línea, y se metía coca y era sensible y bestia. En los antebrazos llevaba letras de doce puntos tatuadas: las iniciales de artistas locales que había amado, ninguna de las cuales le dirigía ya la palabra. Los artistas lo abrazaban como si fuera el hijo pródigo, y enseguida se corría la voz: *¿Habéis visto a Eli Langer? ¡Eli ha vuelto a la ciudad!*

A finales del invierno pasado, Margaux habló con él por primera vez. Se sentaron en un banco de hierro que había detrás de una galería después de una inauguración, rodeados de nieve. Se calentaban gracias al fuego que ardía en el interior de un bidón.

Margaux había dedicado más esfuerzos al arte y era más escéptica a propósito de sus efectos que cualquier otro artista que yo conozca. Aunque en su taller era más feliz que en ningún otro

lugar, nunca la he oído reivindicar la importancia del arte. Su ilusión era que tuviera sentido, pero albergaba sus dudas, de modo que redoblaba su empeño para que la elección de ser pintora fuera lo más coherente posible. Nunca hablaba de galerías, ni se ponía a divagar sobre qué marca de óleos era la mejor. A veces se sentía culpable y desconcertada por no haberse metido en política (algo que se le antojaba más honestamente útil y para lo que creía tener aptitudes, visto que en su interior había algo de dictadora, o de la terrible certeza del dictador). Lo primero que le sobrevenía por las mañanas era la vergüenza por todas las cosas que iban mal en el mundo y que ella no intentaba enmendar. Por eso se abochornaba cuando la gente

elogiaba sus características pinceladas o cuando calificaban su obra de *hermosa*, una palabra que ella afirmaba no comprender.

Y aquella noche, al calor de una fogata prendida en un bidón, Eli y ella pasaron varias horas hablando del color, de la pincelada, de la línea. Siguieron intercambiando correos varios meses, y durante un breve lapso de tiempo se convirtió en la clase de artista que él era: un pintor que respetaba la pintura en sí misma. Pero al cabo de dos meses su enamoramiento artístico se desmaterializó.

No es más que otro hombre que pretende instruirme en algo, dijo.

*

Misha y yo habíamos planeado ir a dar un paseo aquella tarde, así que fui al piso que compartía con Margaux. Cuando llegué estaba en su taller, sentado frente al ordenador, preocupándose por su vida a través de la función de consultar su correo.

Salimos juntos y caminamos en dirección norte, cruzando el barrio. Era uno de los escasos días verdaderamente calurosos que habíamos tenido aquel verano. A medida que el cielo se iba

oscureciendo con el ocaso, le pregunté si Margaux había empezado ya su cuadro feo. Me dijo que creía que no. Le conté que estaba ansiosa por ver el resultado.

Misha dijo:

—Le hará mucho bien a Sholem. Le tiene miedo a todo lo hippie.

—¿Pintar un cuadro feo es hippie? —quise saber.

—En cierto modo —contestó—. Implica, cómo decirlo, una experimentación con una finalidad de dudoso provecho. Sin duda es más hippie que pintar algo que sabes que va a ser bueno.

—¿Y por qué iba a hacer Sholem un cuadro si no supiera que va a ser bueno?

—No lo sé —reconoció—. Pero opino que Sholem teme ser malo, o hacer algo mal. Parece tenerle mucho miedo a dar un paso en falso, en la dirección que sea. Y si te da miedo dar un paso en falso en cualquier momento, en cualquier dirección, puedes verte limitado. Para un artista resulta *positivo* probar cosas nuevas. Es *positivo* ser

ridículo. Sholem *debería* ser hippie, porque en él siempre hay una dosis enorme de prudencia.

—¿Qué hay de malo en la prudencia?

—Bueno, puede tergiversarse, ¿no? ¿No era eso lo que pasó en el almuerzo? Sholem estaba diciendo que la libertad para él es poseer la capacidad técnica de poder ejecutar lo que quiera, cualquier imagen que tenga en su mente. ¡Pero eso no es libertad!

Eso es control, o poder. En cambio, creo que Margaux entiende la libertad como la capacidad de asumir riesgos, o de hacer algo malo o parecer idiota. Tiene su importancia el no reconocer esa diferencia.

No dije nada, me sentía violenta. Quería defender a Sholem, pero no sabía cómo.

—Pasa algo semejante con la improvisación —continuó Misha—.

La auténtica improvisación consiste en sorprenderse a uno mismo, aunque la mayoría de la gente nunca improvisa con franqueza. Les da miedo. Lo que hacen es sacar piezas del repertorio. Toman lo

que ya saben hacer y lo aplican a la situación correspondiente.

¡Pero eso es jugar sucio! Y jugar sucio es malo para un artista. Es malo en la vida, pero en el arte resulta catastrófico.

Habíamos rodeado diez manzanas y el sol se había puesto mientras charlábamos. Las casas y los árboles estaban pintados ahora de un azul oscuro y crepuscular. Misha dijo que tenía que hacer una llamada de trabajo, así que dimos la vuelta rumbo a su piso. Su vida laboral era extraña; yo no terminaba de entenderla, ni él tampoco, y a veces le causaba desconcierto y tristeza. No parecía tener estructura o cohesión ninguna. Sólo hacía las cosas que se le daban bien y que le procuraban placer. En ocasiones impartía clases de improvisación a no-actores, a veces trataba de que no montaran discotecas en el barrio portugués donde vivíamos, otras veces presentaba espectáculos. No había un nombre para todo aquello. En la reseña biográfica que remitió a Harvard (que formaría parte de un tocho encuadernado en piel que se distribuiría en la reunión del decimoquinto aniversario de su promoción), y para la que sus compañeros escribieron largas parrafadas sobre su éxito de alcance mundial, sus hijos y esposas, Misha declaraba, sin más:

¿Alguien más se siente incómodo por haber ido a Harvard, a tenor de

la vida que lleva en la actualidad? Vivo en un piso de dos habitaciones encima de una tienda de bikinis en Toronto con mi novia, Margaux.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches.

Hace varios años, cuando ya estaba comprometida pero me aterraba la idea de casarme (temía acabar divorciada, como mis padres, y no quería cometer un gran error), acudí a Misha para explicarle mis inquietudes. Estábamos bebiendo en una fiesta y

salimos a dar un paseo nocturno; nuestros pies hacían crujir con suavidad la fina capa de nieve recién caída.

Mientras caminábamos, le conté mis miedos a Misha. Entonces, tras escucharme durante un buen rato, por fin dijo: *Lo único que siempre he tenido claro es que todo el mundo debe cometer grandes errores*.

Yo me tomé sus palabras al pie de la letra y me casé. Tres años más tarde ya estaba divorciada.

Capítulo 2

EL PUNTO DONDE CONVERGEN LA CERTIDUMBRE Y LA TOSCA TEXTURA DE LA VIDA

En los años previos a mi matrimonio, mi primer pensamiento por las mañanas lo dedicaba al anhelo de casarme.

Una noche, en un bar montado en un barco permanentemente atracado en el puerto, me senté junto a un viejo marinero. Me estuvo mirando fijamente mientras yo bebía. Luego entablamos una conversación acerca de los hijos; él no tenía, y yo afirmé que no pensaba que fuera a tenerlos, convencida como estaba de que un hijo mío saldría malo. Perplejo, me dijo: *¿Cómo podría no ser bueno algo procedente de ti?*

Aquello me conmovió; la idea de un amor divino que te aceptara sin condiciones, por completo, me hizo estremecer. De pronto el bar se tornó brillante y saturado de color, como si todas las moléculas del aire estallaran a la vez y cada una vibrara con su propia perfección.

Y entonces ese momento se esfumó. Entendí que aquel tipo no era más

que un viejo embelesado con una chica, que la veía a ella sin ver nada. Él no conocía mis entrañas. Algo fallaba dentro de mí, había algo feo en mi interior que yo ocultaba a toda costa, que contaminaría todo lo que hiciera. Sabía que sólo lograría subsanar esa rémora consagrándome al amor, entregándole mi amor a un hombre. El compromiso me resultaba hermosísimo, representaba todo lo que yo deseaba ser: estable, sensata, cariñosa y leal. Yo quería ser un ideal, y creía que el matrimonio me convertiría en la

persona honrada y de buen corazón que ansiaba mostrar al mundo.

Quizá así lograría corregir mi volubilidad, mi confusión y mi egoísmo, rasgos que yo despreciaba y que siempre acababan revelando mi falta de unidad interna.

Por eso pensaba en el matrimonio día y noche. Y por eso me abalancé sobre él, como un lisiado echa mano de un bastón.

Varios meses antes de la boda, mi prometido y yo íbamos paseando por un parque muy elegante cuando a lo lejos vimos a unos novios ante un grupo de espectadores, altos y erguidos como figurillas encima de la tarta. El público ocupaba unas sillas plegables bajo el sol vespertino, y nos acercamos para escuchar a escondidas; nos agazapamos detrás de unas rocas falsas y procuramos guardar la compostura, pero se nos escapaba la risa. Yo no veía la cara del novio (estaba de espaldas), pero a la novia la tenía de frente.

Estaban intercambiando los votos matrimoniales, y el pastor hablaba en voz baja. Entonces vi y oí cómo la adorable novia repetía las palabras de *en la riqueza y en la pobreza*, embargada por la emoción. Una lágrima le corrió por la mejilla y tuvo que parar y recomponerse para poder concluir con lo que estaba diciendo.

Mientras mi prometido y yo nos alejábamos, le dije que me parecía un pasaje bastante fatuo, estúpido y materialista para emocionarse, aunque hubimos de admitir que desconocíamos su situación económica.

El día de nuestra boda, mi prometido y yo estábamos en un mirador frente a un público compuesto por unas doce personas —familia y amigos íntimos— repitiendo los votos matrimoniales que pronunciaba el ministro seglar.

Entonces, sucedió algo. Al decir *en la riqueza y en la pobreza*, aquella novia me poseyó. Las lágrimas me empañaron los ojos, igual que empañaron los de ella. Se me quebró la voz con idéntica emoción,

aunque no la sentía en absoluto. Era una imitación, una

posesión, una impostura. Esa novia me dominó en el preciso instante en que yo debía estar más presente. Era como si no estuviera allí, como si no fuera yo.

En los meses y años de matrimonio que se sucedieron, experimentaba rechazo y repugnancia cada vez que rememoraba aquella escena, que supuestamente debía contarse entre las más hermosas de mi vida. Algunas personas echan mano del día de su boda a modo de recordatorio de su amor, pero yo no tenía claro, cuando la evocaba, que mi boda pudiera de veras denominarse *mía*.

Había vivido con un hombre antes de mi marido: mi novio del instituto, el primer hombre al que amé de verdad. Creíamos que estaríamos juntos para siempre y que si nos separábamos, al final acabaríamos volviendo.

Antes de mudarnos vivíamos separados por un pasillo en el segundo piso de una pensión cutre, en sendas habitaciones diminutas. Él se sentaba a su mesa a escribir obras teatrales, mientras yo me sentaba a la mía a escribir obras también. Una noche, se apostó detrás de mi puerta para espiar y me oyó contarle por teléfono a una amiga lo colada que estaba por un fotógrafo de Nueva York, y lo emocionante que sería salir con él. El fotógrafo me había propuesto que me fuera a vivir con él en calidad de novia y ayudante. Me había sacado unas fotos muy favorecedoras antes de marcharse de su hogar, en Toronto, y yo aún pensaba en él algunas veces.

Mi novio se sintió herido, celoso y traicionado; esa noche me robó el ordenador mientras yo dormía y estuvo escribiendo hasta el amanecer; luego, lo devolvió a su lugar antes de que me despertara.

A la mañana siguiente encontré en la pantalla un esbozo para una obra de teatro basada en mi vida y en cómo se iría desarrollando década tras década. El miedo se iba apoderando de mí conforme leía, de forma compulsiva, mientras el sol salía por la ventana que había detrás de mí. Las lágrimas me caían a

borbotones a medida que iba asimilando la espantosa estampa de mi vida que había dibujado: gráfica, cruel, y aderezada a traición con los ingredientes que más daño me harían.

En la historia, mi deseo de estar con el fotógrafo en Nueva York me abocaba a una senda de persecución sucesiva de estériles propósitos, y mi continua insatisfacción me alejaba cada vez más de la bondad.

Ligaba con hombres que luego dejaba tirados. Mientras mi novio conquistaba prestigio y poder, con una familia cariñosa a su alrededor, yo me dirigía con paso firme hacia mi final marchito, horrible y perverso, al tiempo que mi infatigable búsqueda me iba dejando cada vez más desamparada y sola. En la escena final me arrodillaba en un vertedero —yo era ya una puta agotada, mellada y con el coño más agrio que la leche agria— para hacerle una mamada a un nazi: el último vestigio de amor que podía exprimirle al mundo. Le preguntaba al nazi, como última burbuja de esperanza que ascendía en mi corazón, *¿Eres mío?* A lo que él contestaba *Claro, nena*, y a continuación se daba la vuelta y, agarrándome, me hincaba la nariz en su culo peludo y cagaba. Fin.

Traté de olvidar aquella obra, pero no pude; cuanto más intentaba desterrarla, más indeleble era la huella que dejaba en mi corazón.

Quedó alojada en mi interior como una semilla que yo veía echar raíces y crecer encaramada a mi vida. Me atormentaba la certidumbre que afloraba de cada uno de sus renglones. Estaba convencida de que él conocía mi interior, puesto que era el primer hombre que me había amado. Tomé la determinación de obrar con el fin último de borrar el destino que me reservaba la obra, de enterrar lejos de mi corazón la semilla podrida que él había descubierto (o plantado) allí.

¡Qué gran influjo puede ejercer una chica sobre un chico, para que éste escriba semejantes cosas! Y cuánto poder puede tener un chico sobre una chica, para hacerle creer que ha vislumbrado su

destino. Ignoramos los efectos que producimos en los demás, pese a producirlos.

Durante el tiempo que duró mi matrimonio, todos los miércoles nuestro piso se nubló con el humo de los cigarrillos de nuestros amigos. Bebían en nuestras habitaciones y se enrollaban en la escalera de incendios. Al principio parecía como si algo de veras importante estuviera sucediendo. Venía gente, atraída por la recompensa: queso, uvas, pan, vino, y todo el alcohol que fuera uno capaz de beber.

Pero, tras dos años de fiestas, oteaba la escena desde un rincón y me preguntaba *¿por qué damos estas fiestas?* ¿Qué perseguíamos al reunirnos de esa manera? Pretendíamos demostrar que lo teníamos todo, aunque yo empecé a sentir que no teníamos nada aparte de las juergas. Si alguien del futuro pudiera echar un vistazo a lo que nos afanábamos en construir, estoy segura de que diría: *Eso sólo lo han podido construir esclavos*.

Los amigos traspasaban el umbral de nuestra casa. Sacábamos comida y bebidas. Empecé a acostarme a la una de la mañana, luego a medianoche, luego a las once, luego a las diez. Cuando por fin todo el mundo se había marchado —a las dos, las tres o las cuatro— me levantaba de la cama y bajaba a limpiar los restos de comida y a tapar las botellas. Ahuecaba los cojines, ponía las sillas en su lugar, barría las migajas de pan y queso, tiraba a la basura las colillas y los vasos de plástico. Aquél se convirtió en mi momento favorito de la fiesta.

De niña le tenía pavor al día en que me hiciera mayor y me divorciara. Ese temor fue creciendo conmigo, y al comprometerme echó anclas en lo más hondo de mí. Un miedo puede interpretarse como una premonición, y así lo percibía yo; antes de casarme, y una vez casada, nunca me imaginaba los años felices que él y yo

compartiríamos. En lugar de eso, lo que sentía era terror, indefensión ante el inexorable final de nuestro matrimonio.

Tenía la sensación de ser al mismo tiempo el hombre de hojalata, el león y el espantapájaros: ni tenía corazón, ni valor, ni era capaz de usar mi cerebro.

Una noche, durante una de nuestras fiestas, me sonaron las tripas y fui al baño. Me senté en el retrete y esperé a que saliera la majada mientras amigos y ajenos bebían y charlaban, acomodados en el salón o de pie al otro lado de la puerta. De pronto recordé un sueño de la noche anterior en el que tomaba unas pastillas que me hacían cagar un montón. En el sueño, decidía que solamente escribiría lo que se me pasara por la cabeza al cagar (ya que entonces dedicaba todo mi tiempo a la escritura). Pero no lograba evacuar en la fiesta. Aborrecía la idea de desvelar a todos la mierda que llevaba dentro cuando abriera la puerta. Me levanté y me abotoné los vaqueros, miré la taza vacía y salí a por una copa.

Después de servirme un gin-tonic me fijé en que mi marido hablaba con otra persona a la que yo nunca había visto; estaba sentada en el alféizar de la ventana y se dirigía a él en voz muy alta.

Tenía el pelo teñido de rubio, con unas raíces oscuras y muy evidentes, y la voz grave. Sus ojos sin fondo eran como de dibujo animado, hacía gala de una sincera indolencia, y vestía un extraño atuendo: botazas, calcetines altos blancos por encima de unos pitillos negros, y una chaqueta de pana rosa con pompones blancos.

Transmitía ser, al mismo tiempo, una chiquilla, una mujer sensual y

un hombre.

Mi marido y yo no teníamos por costumbre guardarnos de hablar o tontear con quien fuera —el principal objetivo de las fiestas era charlar y flirtear un poco—, pero aquella escena tenía algo de amenazador. No me gustaba su buena disposición, la borrachera que estaba pillando, lo vivo y feliz que parecía. No era como cuando hablaba con otras chicas. Sentí que los celos me envenenaban la

sangre ante la soltura y la confianza que ella transmitía, su inequívoca libertad. *¿Qué tiene ella que no tenga yo?* , me asaltó a la mente como un trueno. La pregunta me avergonzó tanto que me di la vuelta y salí a la escalera de incendios a fumar a solas.

Estaba sentada en los peldaños de hierro, gozando de la brisa fresca y con el cigarrillo a medias, cuando la chica se encaramó a la ventana y se me quedó mirando.

—¿Me das uno? —preguntó—. Se me han perdido los míos por la calle.

Le tendí el paquete, hecha un manojo de nervios. Me dijo que se llamaba Margaux, y yo le dije que me llamaba Sheila y le encendí el pitillo; a continuación me recosté, temblando por dentro. ¿Había salido por *mi*? En mi ser brotó cierto entusiasmo sólo de pensarlo.

Pero no dije ni una palabra. En lugar de eso, fumamos juntas en silencio y, mientras ella exhalaba el humo, los árboles entrechocaban sus ramas al viento.

Más adelante, al rememorar aquella noche, lo único que recordaba era la distancia física entre nosotras. Comenzamos a vernos por toda la ciudad. Nos saludábamos y poco más. Luego, empezamos a intercambiar emails, a hacer planes que luego anulábamos. Pero no nos sentaba mal. Si yo cancelaba, ella sentía alivio; le permitía pintar durante más tiempo. Y cuando cancelaba ella, yo me sentía aliviada, pues estaba ansiosa por acabar de escribir mi obra. Al final planeamos una cita que ninguna de las dos se decidió a cancelar a tiempo. Visitaríamos una galería que quedaba al norte de la ciudad.

Quedamos en la estación de metro más septentrional y esperamos a que llegara el autobús. Cuando subimos, el conductor nos informó de que tardaríamos unos cuarenta y cinco minutos en llegar, algo que ninguna de nosotras había previsto.

Y todo el trayecto de ida y todo el trayecto de vuelta los hicimos sin

mediar palabra: ambas nos sentíamos tan intimidadas que no nos atrevimos a hablar.

Capítulo 3

SHEILA Y MARGAUX

Un mes más tarde, recibí una invitación para la fiesta de cumpleaños de Margaux. Me planteé asistir, pero al final no fui.

Tenía pendientes otras cosas más urgentes, como por ejemplo trabajar en mi obra y hacerla perfecta. Además, me figuré que la fiesta estaría atestada de toda clase de personas interesantes e impresionantes más allegadas a ella que yo; que me dedicaría una mirada desde el otro extremo de la sala y me saludaría con la mano sin más.

Mi marido salió de nuestra casa rumbo a la suya, y para cuando regresó yo ya estaba profundamente dormida.

Una semana después, Sheila recibe un email de Margaux…

1. siempre he admirado la falta de obligación social. de hecho, aspiro a ello. la cantidad de fiestas de cumpleaños a las que asisto es excesiva. aparte de eso, di por hecho que no vendrías a mi fiesta, y no viniste.

2. en la fiesta, tu marido, posiblemente borracho y sin otra intención que la de ser amable, y sin que seguramente tenga nada que ver con lo que tú sientes, dijo en un arranque de generosidad:

«joder, tú y sheila deberíais pasar más tiempo juntas».

3. y yo me reí y no le di más vueltas.

4. pero cuando te vi ayer por la calle estaba muy fastidiada, y seguramente fastidiada también porque mi fastidio era injusto y un poco tontorrón.

5. nunca criticaría a nadie por no querer ser amigo mío. pero es un gran chasco no tener una amiga, a pesar de haberla buscado por activa y por pasiva.

6. aunque los chicos que conozco deberían bastarme. y es mucho más fácil mangonear a chicos afeminados que a una chica, sin duda.

7. total, que no se me dan muy bien las mujeres casadas, ¿a que no? pero me lo tomaré con un poco más de calma.

8. no hace falta que contestes, nena, sobre todo si te he herido o molestado.

Aquel email me descolocó; ¡ni se me había ocurrido pensar que mi presencia en su fiesta pudiera significar lo más mínimo! Fui a dar una vuelta para descifrar mis sensaciones y decidir en qué tono debía contestar. Mientras caminaba por el barrio me subía y bajaba la cremallera del abrigo, y mi cuerpo iba pasando del calor al frío.

Durante ese paseo bajo el sol me di cuenta de que yo tampoco había tenido nunca una amiga. Lo achaqué a que no confiaba en las mujeres. ¿Para qué quería a una mujer? No llegaba a comprender la química entre dos mujeres. Nunca había mantenido una relación estrecha con una chica desde que Angela me partiera el corazón, cuando yo tenía diez años y le contó mis secretos a todo el mundo.

Habría resultado facilísimo enumerar las ocasiones en que una chica me había traicionado, la de veces que me habían hecho daño.

Y, de haber querido hacerlo, habría sido igual de fácil elaborar una lista con todas las chicas a las que yo había infligido dolor. La primera, Lorraine.

En cambio, no pasaba lo mismo con los hombres. Desde mi adolescencia me había sentido atraída únicamente por hombres, del mismo modo que yo los atraía a ellos: como amantes y como amigos. *Ellos* me perseguían *a mí*. Era muy sencillo. Con quien me gustaba charlar en las fiestas era con ellos, suyas eran las opiniones que me interesaba escuchar. Hombres eran las personas a quienes

quería arrimarme, cuya influencia deseaba. Era fácil. Los hombres buenos experimentaban un cariño natural hacia mí, y siempre procuraban tratarme con amabilidad. Aunque pudieran ser imprudentes u olvidadizos, raras veces me trataban con crueldad, y pese a que no siempre fueran de confianza, sí que eran de fiar en un sentido más profundo: jamás me preocupó que el corazón de un hombre pudiera volverse en mi contra (al menos, no antes de que el mío se volviera en contra de él), y mucho menos sin motivo. Ante sus ojos se desplegaba un velo cuando me miraban, que para mí era una especie de protección.

Con una mujer, con quien no tendría por qué ser distinto, nunca sucedía eso. Requería muchos esfuerzos, ¡y ninguna recompensa!

Había que ganarse la confianza desde cero en cada encuentro. Por ese motivo las mujeres son siempre tan efusivas unas con otras: lo de

emitir agudos chillidos al reconocerse por la calle, por ejemplo.

Las mujeres tienen que ratificarse mutuamente, incluso pasados los años. *Aún nos va bien*. Sin embargo, en la exageración de su efusividad se reconoce que las cosas *no* van bien entre ellas, y que nunca irán del todo bien. Una mujer no halla cobijo ni puede anidar en el corazón de otra mujer, no de manera permanente. No es un terreno seguro. El corazón de una mujer podía ser terreno seguro para un hombre, pero ¿que una mujer trate de conquistar el corazón de otra mujer? Sería como aterrizar en un terreno inestable, sin forma, como intentar mantenerse erguido sobre una base de gelatina. ¿De qué me serviría mantenerme erguida sobre gelatina?

Con todo, era difícil pasar por alto ciertos elementos del email de Margaux. Admiraba su valor, su corazón, y su cerebro. Envidiaba la libertad que presentía en ella, y quería conocerla mejor y ser de esa manera yo también.

De vuelta en casa le contesté, explicándole que lamentaba haberme perdido su fiesta y que tenía pensado acabar mi obra de teatro aquella noche. Le dije que pronto me pasaría por su taller con champán para compensarla.

Y luego me fui a la cama. Mi marido había salido a beber por ahí.

Encaré mi primer día en la escuela de mecanografía con determinación. La monitora estaba plantada ante nosotros como una pieza de ajedrez. Estaba tiesa, desprovista de toda divinidad. Supe que no aprendería nada de semejante palo de escoba.

Yo me mantenía muy recta y sonreía a todos mis compañeros.

Quería que todos esos embusteros estuvieran de mi parte. Quería que se levantaran y corearan mi nombre más adelante, al final del semestre: ¡quería ser un héroe para todos esos mentirosos! Ni siquiera importaba que fueran unos mentirosos. Estaba ansiosa por ser un héroe, aunque fuera para una panda de impostores. ¡O de ladrones! Tenía la esperanza de que mi sonrisa convencería a todos ellos de mi bondad. Esperaba que percibieran que, muy dentro de mí, había una amable cretina, ignorante de sus propios intereses.

Con esta imagen en sus cabezas, me tratarían como a una igual —

esperaba— y algún día me permitirían ser su líder.

Recé para no granjearme ningún enemigo, como me pasó en el

entrenamiento de fútbol, donde fracasaron mis planes. Esos atletuchos parecían ser más íntegros que yo. No iban a permitir que los liderara una advenediza lánguida con un plan a medio trazar. Al final del primer día ya se estaban riendo de mí. A la mañana siguiente volví con una sudadera diferente, pero aun así supieron que era yo y me encerraron en una taquilla. Me di cuenta de que no conseguiría ser más ingeniosa que ellos. Para aquella gente, ser ingenioso no significaba nada. Aunque *lograra* ser más ingeniosa que ellos, seguirían sin inmutarse. Su aplomo arraigaba en algo mucho más profundo, más sólido, y de ahí manaba.

Debí haberme quedado con ellos para descubrir la naturaleza de ese terreno; pero yo formo parte de los mentirosos y los débiles. No puedo liderar a los que son mejores que yo. Si quiero ser un héroe, no lo lograré entre atletas, poseedores de una integridad que florece desde el mismísimo núcleo de la tierra. Lo seré para los mentirosos

empedernidos entre los que me encuentro ahora, en esta sala de paredes blancas que es el aula de la segunda planta de la escuela de mecanografía.

Nos entregaron una fotocopia al inicio de la clase en la que un pintor de segunda había representado las teclas tal y como están dispuestas en una máquina de escribir de verdad.

—No la extraviéis —nos advirtieron—. Ésta será vuestra máquina de escribir durante los próximos quince días.

Una mañana, Sheila recibe un email de Margaux…

1. estoy libre:

2. esta tarde, esta noche

3, mañana por la tarde, por la noche

4. pasado por la tarde, noche y día

5. estoy enclaustrada pintando

6, llevo un chándal conjuntado y escucho la bbc.

Intercambian sucesivos mensajes. Margaux escribe a Sheila…

1. ha habido un robo y me acusan a mí

2. ¡no puedo irme del barrio! llevaba décadas sin sentirme tan a gusto

en un sitio.

3. legalmente no creo que puedan obligarme a marcharme pero viven en el piso de arriba y trabajan en el de abajo y se me ha agotado la paciencia.

4. estaba bastante cabreada, pero ahora me alegro. he decidido buscar un taller mucho mejor con un casero ausente.

5. me estoy recorriendo el barrio entero con el móvil.

1. la galería de selena da un pase privado para la exposición de un artista que ya he visto anteriormente. es un rollo exclusivo y sofisticado al que asistirán muchos directores y comisarios. y habrá martinis gratis o algo por el estilo.

2. tú y yo no hemos recibido invitación.

3. he oído por ahí que selena se sintió como una idiota por haberme dicho que no le caían bien las escritoras. yo asentí.

1. llevo un par de días tirando obras de arte viejas; quiero y no quiero hacerlo, pero acaba de ocurrírseme que es justo que te explique quién soy, así que te mando mi primerísimo cuadro (17

años; ojalá pudiera decir 14 pero la fecha está escrita al lado de mi muy elaborada firma) a pesar de que quiero tirarlo a la basura.

2. y he encontrado mis cigarrillos en la calle!

3. mis cuadros parecen bastante buenos cuando llevo puestas tus gafas especiales. gracias.

1. misha y yo hemos dado un paseo esta tarde. pasamos por delante de un cartel de LE INVITAMOS A VER NUESTRA CASA.

atravesamos la diminuta portezuela de una cerca y un diminuto jardincillo y entramos en una diminuta casita. estaba torcida unos cinco grados a la izquierda. las ventanas se abren como puertas y el dormitorio tiene el tamaño de un coche.

2. pensé que a lo mejor te la podías comprar. «son 240 mil, no negociables —nos dijo la mujer sin inmutarse—, y tiene 100 años».

3. ojalá pudiera comprarle una casa a un amigo como quien compra una tarta.

4. si te interesa saber cómo creo que eres tú en versión casa, entonces ve a verla.

1. me sorprende lo mucho que te echo de menos, como una auténtica adolescente.

1. hola. ¿tienes reflectantes para bici? ¿me los prestas mañana por la noche?

1.voy a retratarte cien veces y nunca se lo contaré a nadie (explícitamente).

1.sí, me gustaría quedar contigo. tengo todo el tiempo del mundo.

De pequeña solía tumbarme en la cama a mirar el techo de mi cuarto, envuelta en la oscuridad de la noche, y tarareaba bajito la canción que nos enseñaron el primer día de clase en la escuela hebrea, que cantábamos cada mañana.

Love is something if you give it away,

Give it away, give it away,

Love is something if you give it away,

You end up having more.

Love is like a magic penny!

Hold on tight and you won't have any!

Lend it, spend it, you'll have so many,

They'll roll all over the floor, oh! [2]

Me parecía imposible, ¡qué locura! ¿Si lo das acabarás teniendo *más*? Era el único poema que me sabía, y mi favorito, porque me desconcertaba. Me la recitaba a mí misma una y otra vez como si de él pudiera extraer alguna enseñanza. Me imaginaba que tropecientos peniques alfombraban el suelo de una casa, todas sus habitaciones, formando una capa densa y envolvente como las olas.

Mientras yo estaba tumbada, superada por semejante fenómeno, Margaux se peleaba con las chicas populares bajo el inclemente sol texano. La tarde de su ceremonia de graduación de sexto grado sabía que tendría que subir los peldaños del gimnasio para recibir delante de todo el mundo el galardón a la alumna más lista del colegio. Esa

mañana, mientras se vestía, sacó del ropero de su padre un traje marrón y los zapatos marrones, metió todo en un petate y se lo llevó. Justo antes de que la llamaran, se lo puso y salió a escena con las mangas de la chaqueta colgando y los bajos

del pantalón amontonados y arrastrando, para hilaridad del público y sin menoscabo de su dignidad.

Durante muchísimo tiempo he estado escudriñando a cada una de las personas que he conocido con la esperanza de llegar a descubrir en ellas todas las ideas y sentimientos que anhelaba que la vida me hubiera concedido. Hay gente que afirma que uno tiene que hallar eso mismo dentro de sí, y que no se puede esperar que nadie provea la más mínima pizca que echemos en falta en nuestra vida.

Aun sabiendo que esto podía ser cierto, no cejaba. ¡Da igual lo que diga la gente! Lo que diga la gente no tiene ningún efecto sobre el corazón.

Capítulo 4

SHEILA NO CONSIGUE TERMINAR LA OBRA

Margaux quería llevarme a tomar un helado al parque.

Yo estaba viviendo en un sótano, en un piso de lo más cutre.

Acababa de poner fin a mi matrimonio y tenía la asfixiante sensación de llevar una vida que no era la mía. No lograba entender cómo había llegado a ese punto. Durante un breve período me planteé cambiar Toronto por Los Ángeles, pero tenía miedo de marcharme del lugar donde había estado por última vez con mi alma extraviada, por si decidía volver y no me encontraba. ¿Y si venía a buscarme y yo me había largado? Me quedé, pues, en Toronto, pero desde la mudanza mis días se habían vuelto extraños y como del revés. No era capaz de distinguir en qué estación estábamos, ni si a mi alrededor había agua o aire.

Oí un toquecito en la ventana (no funcionaba el timbre), miré afuera y vi las piernas de Margaux. Me alegré mucho de verla.

Siempre era un placer, y tenía la sincera impresión de que estábamos conquistando nuevos significados. Le pedí que esperara y acabé de vestirme a toda prisa.

La noche anterior me había enrollado con un tipo en un bar.

Tenía verrugas en las manos, verrugas grandes que le cubrían las palmas y las muñecas, y permití que me cubriera el cuello y la cara con su saliva acre. Me produjo satisfacción que fuera tan feo. He aquí el gran privilegio de ser mujer: somos las que decidimos.

Siempre he recibido a los jorobados con una disposición que sólo puedo calificar de justa.

De camino al parque le pregunté a Margaux si había empezado ya su cuadro feo.

—Aún no —dijo.

Cuando llegamos, descubrimos que el camión de los helados ya se había ido, así que nos tumbamos boca arriba sobre el césped a contemplar cómo flotaban las ramas por encima de nuestras cabezas. Hablamos un rato de esto y de lo otro, y entonces Margaux me preguntó cómo iba mi obra.

Si llego a saber que me iba a preguntar eso, jamás habría accedido a ir al parque.

Me había pasado los últimos años aplazando lo que sabía que debía hacer: dejar de lado el mundo, encerrarme en mi cuarto y resurgir con la luna, bajo cuya luz se reflejarían mi experiencia y conocimiento en una auténtica obra de arte, una obra de verdad.

Había estado evitando las llamadas de las chicas del teatro, lo cual me avergonzaba; mi desesperación no hacía sino aumentar conforme se iba dilatando el tiempo dedicado a la obra y a medida que el buen trabajo que había hecho representaba cada vez un porcentaje menor del tiempo total que le consagraba. Una compañía teatral feminista me había hecho el encargo durante mi primer año de matrimonio, y mi única pregunta fue:

—¿Tiene que ser una obra feminista?

—No —respondieron—, pero tiene que tratar sobre mujeres.

¡Yo no sabía nada de mujeres! No obstante, confiaba en que sería capaz de escribirla, por el mero hecho de ser yo misma mujer.

Nunca había escrito nada por encargo, pero necesitaba dinero y me imaginé que liberar al pueblo de su esclavitud con palabras procedentes de una obra por encargo me resultaría igual de fácil que escribiendo una obra que saliera de mí. De modo que acepté, pero

durante todo el tiempo que estuve casada solamente me interesaban los hombres; mi marido, en concreto. Ignoraba por

completo de qué hablaban las mujeres entre ellas, y el poder que ejercían unas sobre otras. Pospuse y pospuse la entrega de la obra hasta que pensé que las del teatro la olvidarían y dejarían de llamarme, pero no fue así.

Ahora que había abandonado mi matrimonio y me había mudado a un piso propio, mi mente tenía libertad para reflexionar acerca de lo que se me antojara, y me hice el firme propósito de volver a la obra con renovado vigor. Pero aún no había cumplido la promesa.

Por mucho que trabajara, no lograría recuperar esa sensación de comodidad, de tener un rumbo en el mundo, que había perdido desde que decidiera casarme. ¡Y eso que en otra época había sentido el bondadoso operar del destino en todo momento! Durante mucho tiempo, en mi vida una cosa llevaba a la otra y cada paso daba el fruto esperado. Toda coincidencia parecía producto de la predeterminación. Era algo similar a la inocencia, como si flotara en almíbar. La gente venía a mí. La suerte se desplegaba al más leve toque. Era consciente de la inevitabilidad de las cosas. Cada movimiento formaba parte de una ruta que yo simplemente debía recorrer pisando el lugar indicado. Sabía que ésa era mi labor más importante: cumplir con mi papel.

Pero mi relación con mi propio destino comenzó a cambiar nada más casarme. Las señales se oscurecieron. No bastaba con leerlas una vez. Tenía que consultarlas una y otra vez para decidir cuál era el rumbo más adecuado, la senda que me conduciría a un final admirable.

Siempre andaba cuestionándome, siempre cambiaba de opinión.

Me daba la vuelta en medio del camino equivocado para luego emprender el que esperaba que fuera el adecuado. El destino se convirtió en un padre opaco, exigente, hermético, y yo, su niña, vivía en un empeño constante por complacerlo, por averiguar lo que esperaba de mí. Trataba de leer en su rostro alguna pista que me ayudara a comprender cómo quería que me comportase. En todo

ello había una pregunta predominante que nunca me sacaba de la cabeza, una tarea en curso que nunca podría considerar acabada, a pesar de que esperaba poder hacerlo algún día: ¿Cuál era el modo correcto de relacionarme con la gente? ¿A quién debía dirigirme en las fiestas? ¿Cómo me correspondía *ser*?

Pero el universo no me proporcionaba señales claras en respuesta a

mis preguntas. No por ello dejé de buscar ni de creer que ahí fuera existiera una solución. En cierto sentido, empleaba todo mi tiempo en ello, porque ¿de qué otro modo podría ganarme el amor del universo? Si hacía las cosas mal, seguro que perdería todos sus favores y protección… Como si el universo pudiera hallar deleite en mí por ser de cierta manera.

No podía rehuir ni uno solo de mis errores en aquella casa que compartía con mi marido; sus paredes estaban permanentemente arañadas con todas las marcas oscuras que yo había dejado con mi alocada vida. Lo único que veía eran las manchas, que destacaban sobre lo que podía haber sido una pared blanca e impoluta.

Desde el principio hubo empatia entre mi marido y yo; siempre hubo dulzura. Era como si tuviéramos miedo de romper al otro. Nunca reñíamos ni nos presionábamos: el mundo ya era lo bastante duro de por sí. Y cualquier conversación delicada que pudiera herir al otro quedaba descartada. Podríamos haber continuado así (con nuestra vida y nuestro matrimonio), pero al cabo de unos pocos años de casada, di un paso en falso. Di un paso en falso, tropecé y recuperé el paso, sólo que por el lugar equivocado, y entonces mis días comenzaron a ser el reflejo fiel, con el mismo olor y las mismas sensaciones, del caluroso y húmedo mes de agosto de mis dieciocho años. Por aquel entonces acababa de irme de la casa que había estado compartiendo con mi novio del instituto, y vivía en el sótano de mi padre. Fue un mes en el limbo, entre una vida estable con mi novio y la libertad de la escuela de Arte Dramático en otra ciudad.

Aquel mes experimenté una tensa ociosidad a la espera de que comenzara mi nueva vida. Fue un período de impaciencia, de quietud, como si viviera dentro de una gota de ámbar. Un olor me seguía a todas partes, parecido al de dulces podridos. Sentía un desasosiego interior. Sudaba continuamente.

Un eco vivido de aquellos días, un recuerdo viviente de todo ello, caló de nuevo en mi vida, penetró en mi matrimonio y me acompañó durante seis meses. Yo quería salir de aquella espiral; era espantoso, algo que nadie debería experimentar jamás,

¡insoportable! Cada día debe vivirse como algo nuevo; sin embargo, yo había vuelto a la atmósfera de otro tiempo ya de sobra conocido.

Todas las mañanas me despertaba junto a mi marido y miraba a mi alrededor para comprobar si aquella sensación seguía presente.

Y allí estaba, siempre. Me levantaba ya agotada, con la misma ociosidad tensa y húmeda que sentí entonces.

Hasta que un día, de improviso, cayó la presión atmosférica. La sensación desapareció sin que yo hubiera hecho nada. Miré a mi alrededor, aliviada. Pero no fue más que una pausa, pues a continuación me embargó una sensación peor que la anterior, como si atravesara el espacio y el tiempo a toda velocidad, como si yo fuera una piedra en un tirachinas: una mano había tirado de mí hasta aquel mes de agosto para darme impulso y luego soltarme.

La sangre fluía con rapidez, el pulso me latía en los oídos, la piel se me tensó y enfrió, como si me abriera paso a través de la atmósfera. Mi cuerpo era presa del terror, presentía que algo desconocido iba a pasar, y entonces una resistencia igual de potente se apoderó de mí: nada deseaba más que evitar el aterrador final al que me dirigía a toda velocidad, que se me representaba mentalmente como algo doloroso y que iba acompañado de una frase que se repetía una y otra vez en mi cabeza: *Date un trompazo contra un muro de ladrillos, date un trompazo contra un muro de ladrillos*.

Una noche entendí qué era el muro de ladrillos: mi matrimonio.

Me asaltó una especie de tensión, una insoportable voluntad de acabar con él. Allí estaba mi muro, y su presión sólo podía descargarse de una forma. Me había pasado el día sin hacer nada excepto atravesar el tiempo y el espacio como una piedra, y me propuse no ver a nadie ni hablar con nadie; pese a todo, cuando mi marido se tumbó a mi lado aquella misma noche me di la vuelta y dije, como si lo hubiera estudiado a fondo, como si hubiera considerado también su punto de vista y estuviera tomando una decisión fruto de una larga reflexión: *Ya no puedo seguir contigo*.

Él no había presentido los nubarrones que se condensaban dentro de mí, pero cuando salió de la habitación dando un portazo, aquellas nubes rompieron en tormenta. Yo noté entonces que por toda mi cara y mi cuerpo corría la fresca humedad del alivio.

A la mañana siguiente me desperté sola en nuestra cama. Era casi mediodía. Giré la cabeza para mirar por la ventana. Brillaba el sol.

Me senté y tomé aire: era evidente que un nuevo día empezaba para mí. Aquellos seis meses habían terminado. Había desaparecido la sensación de ser el proyectil de un tirachinas. Ahora esa etapa quedaba atrás, para siempre, y sabía que nunca volvería a vivirla.

Experimenté una increíble dicha, una libertad que no recordaba sentir desde mi infancia. Me invadió una suerte de liviandad, y me dije: *Éste es el día más feliz de tu vida*.

Pasé todo el día dormitando, exhausta, como el náufrago que de repente llega a una isla y se encuentra a salvo, seco y tranquilo. De repente, las corrientes que me habían arrojado a los brazos de mi marido —y que luego, una vez casados, me alejaron de él— se habían apaciguado; el mar estaba en calma y se había retirado. Yo, de pie en la arena, miraba a mi alrededor. Estaba sola, era libre.

Sabía que a partir de entonces tendría que tomar mis propias decisiones, que no habría huellas que seguir en la arena, que nadie guiaría mi camino. Ignoraría lo que me depararían mis actos.

Tendría que usar la razón, y no sólo la intuición. Tendría que sopesar las cosas, asumir responsabilidades. Tendría que poner los ojos en la realidad, y no sólo dentro de mí.

Me encontraba por fin rodeada de la indiferencia del mundo. Era como si mi madre y mi padre hubieran muerto. Las decisiones las tomaba yo. Comprendí que podría intentar volver con mi marido si así lo deseaba, aunque no sería producto del destino, sino de mi elección; del mismo modo, también podría no volver con él, opción que no se me exigía ni más ni menos que la otra. La diferencia entre ambas sendas carecía de valor intrínseco; eran diferentes, sin más.

Por fin podría tomar mis propias decisiones. Tendría que decidir cómo ser.

Ya sola en mi piso nuevo, me pasé meses mirando la obra que había escrito bajo el influjo del destino. El primer borrador se me ocurrió en aquella época pasada, y aunque no era ninguna genialidad, parecía escrito por otra persona, alguien que hubiera vivido en otro mundo. Se me antojaba imposible acabarla ahora.

Cualquier rumbo que pudiera tomar me parecía igualmente viable.

No sabía qué narices hacer para dejar huella.

Por supuesto, tampoco era capaz de explicar nada de esto, ni de contárselo a nadie. Tampoco entendía por qué habría de contarlo, de qué me serviría, ni con quién sincerarme. Con Margaux no, ni con Misha, ni con nadie que conociera; ninguno de ellos tenía tiempo para palabras como *destino*.

Así que miré a Margaux y le contesté lo que siempre contestaba cuando me preguntaban por la obra: *Bien*.

Luego me levanté, me sacudí el césped de la ropa y le dije que tenía que irme a la peluquería.

SEGUNDO ACTO

Capítulo 1

SHEILA VA A LA PELUQUERÍA

Trabajaba en un salón de belleza desde que acabé con mi matrimonio.

Cuando estaba en el instituto hice un test de orientación para ver qué carreras profesionales me convenían. Había trescientas preguntas: ¿Qué prefieres: cortar el césped o acunar a un bebé?

¿Qué prefieres: almohazar a un caballo o preparar la cena? ¿Qué prefieres: cagar en el baño o en el suelo? Fui a comprobar los resultados al despacho de la orientadora, y ésta me tendió unos impresos grapados que contenían unas seiscientas profesiones.

Junto a cada una de ellas nacía una línea en cuyo extremo había una estrellita. Cuanto más a la derecha quedaba la estrella, más aptitudes tenías para aquel oficio.

La mayor parte de las profesiones no eran para mí. Con otras, como la de fotógrafa, la estrella se quedaba a medio camino. Pero hubo una que alcanzó el margen derecho de la página hasta casi salirse: *peluquera*. De toda la gente de este mundo, los que más iban conmigo eran los peluqueros. Por eso siempre tuve en mente que aquél era el trabajo más apropiado, el que me procuraría más satisfacciones. Cuando lo comparé con acabar mi obra, me pareció coser y cantar.

Le saqué el tema a mi psicoanalista junguiana, pues me preocupaba el dinero y era muy frustrante andar perdiendo el tiempo con una obra que estaba estancada. Me propuso hablar con el peluquero al que ella llevaba años acudiendo, un alemán llamado Uri que regentaba una peluquería a tiro de piedra de donde yo vivía.

Era un hombre muy cultivado, me contó, y le complacía ejercer de mentor. Tuve su número guardado varios meses, luego lo perdí, más adelante lo encontré y le escribí una carta en la que le explicaba que llevaba años soñando con ser peluquera y le proponía que nos conociéramos para discutir la posibilidad de trabajar con él.

El local estaba en el último piso de un edificio comercial que albergaba una librería enorme, una zapatería muy lujosa, una perfumería y dos restaurantes caros. La peluquería era bastante amplia, pintada y decorada en tonos blancos y rosa. El día que llegué había muchos estilistas trabajando en sus puestos. Uri salió de su despacho para conocerme. Era un hombre alto, imponente, muy canoso pero de aspecto juvenil, buena planta, pura fuerza y vitalidad, y unos modales exquisitos y cautivadores. Su esposa, Ruby, que nos esperaba en el despacho, iba toda vestida de blanco; su pelo claro, sus hermosas curvas y su carácter atractivo y aniñado le conferían un aspecto de lo más femenino.

Los tres charlamos durante un cuarto de hora. Uri me previno de que, aunque mucha gente fantaseaba con dedicarse a la peluquería, aquél era un trabajo muy exigente y no un juego. Le aseguré que nadie estaba más capacitado para aquel trabajo que yo, y él, asintiendo con la cabeza, me ofreció hacer algunos turnos.

¿Quieres? , me preguntó, y yo pronuncié un *Sí, quiero* cargado de buenas intenciones, gratitud y responsabilidad, como una auténtica novia.

Misha y Margaux parecieron alegrarse por mí. Notaban que disfrutaba en la peluquería. Y yo también me veía capacitada. Cada día me vestía con esmero y me aseguraba de moverme con elegancia mientras estaba allí; deseaba transmitir por cada poro de mi piel la belleza que la gente venía a buscar a una peluquería. Por mi cumpleaños, Misha me regaló un libro titulado *Hair Heroes* que contenía las semblanzas de los peluqueros más importantes del siglo veinte. En él, citan las palabras de uno de ellos: «Conozco

todos los secretos del mundo occidental, ¡pero nunca los desvelaré!».

¡Los secretos del mundo occidental! Había dado con la horma de mi zapato.

Mis tareas eran muy variadas, aunque limitadas. Lavaba el pelo a los clientes y limpiaba: recogía las toallas sucias de los cubos que había junto a los lavacabezas, las metía en la lavadora, luego en la secadora, las doblaba a la perfección y las devolvía a la estantería que había junto a los lavacabezas. Hacer que la gente luciera y se sintiera mejor era un trabajo en el que podía tener fe. Barría pelo y lavaba los cuencos de plásticos que se usaban para mezclar y aplicar los tintes. Caminaba como en un escenario, con fluidez y soltura. Mi vida era inmensamente sencilla cuando estaba allí, y deseaba ir a trabajar, y

nunca me aburría. Sabía lo que se esperaba de mí, y me hacía feliz ser capaz de cumplir. Aquel trabajo colmaba mis instintos serviles, mi anhelo de elevar a la humanidad. Sabía que nada malo podía suceder en una peluquería, y, en efecto, nada fuera de lo común sucedía. Allí me sentía más a gusto y a salvo que en ninguna otra parte en toda mi vida. Los días que pasaba en casa, dedicada a la obra, eran días infelices; ansiaba estar en el salón de belleza. Cuando estaba allí, no quería estar en ningún otro lugar.

Un día, mientras limpiaba los lavacabezas, Uri se me acercó, posó su pesada mano sobre mi hombro y dijo: *He decidido enseñarte todo lo que sé*. Incliné la cabeza en un gesto de gratitud.

Uri era estilista desde los quince años. Su madre fue dueña de una peluquería, y durante la guerra se ganó la vida cortando el pelo. De ello aprendió que un estilista podía ir a cualquier rincón de este mundo o vivir bajo cualesquiera condiciones: siempre tendría para dar de comer a su familia. Solamente se necesitaban talento y unas tijeras.

Una tarde quiso enseñarme un corte, y yo me situé a su lado para observar cómo recortaba el pelo moreno y lanudo de la coronilla de la mujer. *La mayoría de la gente preferiría tener más cantidad de pelo —afirmó—, pero si a los lados el pelo es más fino que por la parte de atrás hay que quitar algunas capas de la zona trasera para que la cabeza alcance cierto equilibrio. El equilibrio enmascara las imperfecciones*. Quise tatuarme aquello en el brazo.

La belleza es equilibrio: ¡sí! Podía aplicarse a un corte de pelo, a una obra de arte o a un ser humano.

Ese mismo día, durante el descanso, con las manos dentro del bolsillo de mi delantal negro de goma, la recepcionista me contó que había pasado unos pocos días con Ruby y con Uri nada más llegar a la ciudad. Cuando quise saber cómo era Uri en casa, dijo: *Es exactamente igual que aquí. Nunca conocerás a nadie tan coherente como Uri*. En ese momento, mi mayor deseo fue que alguien dijera de mí: *Es la persona más coherente que conocerás en tu vida. Incluso en casa, ¡ella no cambia!*

Me prometí a mí misma que prestaría toda mi atención a Uri para aprender a ser como él.

Capítulo 2

APARECE EL DESTINO, PESE A LAS MAQUINACIONES DEL DESTINO

«Si a un escritor le apetece ir al zoo, sin duda debe ir al zoo», escribió en cierta ocasión E. B. White. Así pues, un día al acabar mi jornada en la peluquería hice lo que más me apetecía hacer: me di una vuelta por la calle más larga del mundo.[3] Pasé por delante de tiendas que exhibían vestidos putescos, por joyerías de baja estofa, tiendas de regalos y galerías comerciales, hasta que llamó mi atención una grabadora digital plateada que vi en el escaparate de una tienda de electrónica.

De sobra sabía que ciertos objetos te desean tanto como tú los deseas a ellos. Son precisamente los objetos que se vuelven importantes y que conservas con cariño. Los demás se esfuman de tu vida por completo. Los deseas, pero el deseo no es correspondido.

Pese a haberme propuesto no gastar más de siete dólares al día, puesto que ganaba muy poco dinero, entré en la tienda. En realidad, me precipité a su interior, como si todos los habitantes de la ciudad fueran a tener la misma idea que yo. Le pregunté al anciano el precio de la grabadora, a sabiendas de que la compraría costara lo que costase. Le di mi tarjeta de crédito y firmé un papelillo según el cual me comprometía a pagar ciento veintinueve dólares con treinta y dos centavos. Acto seguido, crucé la calle y entré en la croissantería aceitosa del toldo rojo, pedí un croissant de almendras y me lo comí sentada en un taburete alto junto a unos ventanales.

Justo cuando un chaparrón empezaba a motear la calle, susurré unas palabras a mi grabadora. Grabé mi voz y la reproduje. Me había dirigido con ternura al aparato, y él me devolvió el mismo afecto.

Sentía como si tuviera un nuevo amante, uno que hurgaría en mis escondrijos más profundos y localizaría los vacíos de mi interior para crear en ellos un cálido refugio sólo para mí. Quería tocar hasta su última pieza para comprender su funcionamiento. Empecé a percibir qué cosas lo encendían, y cuáles lo dejaban frío.

Capítulo 3

SHEILA QUIERE RENUNCIAR

Días después de comprar la grabadora, Margaux y Sheila ocupan una mesa de una cafetería de barrio, junto al ventanal que da a la calle. Piden un desayuno para compartir y dos cafés. La luz del mediodía se filtra a través del cabello oxigenado de Margaux.

Ambas llevan zapatillas deportivas sucias. Ambas llevan ropa interior sucia.

SHEILA

¿Te importa que grabe?

Sheila saca la grabadora, la coloca sobre la mesa y la enciende.

MARGAUX

¿Cómo?

SHEILA

Necesito ayuda con la obra, y se me ha ocurrido que a lo mejor si lo discuto contigo… He pensado que a lo mejor podías ayudarme a averiguar por qué está atascada. Luego puedo escuchar lo que hablamos y reflexionar en casa, y dar con lo que falla.

Margaux niega con la cabeza.

MARGAUX

Primero de todo: no he leído tu obra. Segundo, no tengo respuestas.

SHEILA

No pasa nada si no la has leído. Me parece que el problema está en lo que sucede, así que te voy a contar el argumento.

MARGAUX

¿Por qué acudes a mí en busca de respuestas? ¡Yo no sé nada que tú no sepas!

SHEILA

¡No quiero que me des respuestas! ¿Por qué dices eso? Solamente esperaba que si yo…

MARGAUX

¿Acaso no sabes que lo que más miedo me da es que mis palabras se escindan de mi cuerpo? ¡Tenerte delante con la grabadora es lo más acojonante del mundo!

SHEILA

¡Pero la respuesta puede estar en algo que diga *yo*! Además,

¿quién te crees que lo va a oír?

MARGAUX

¡Y yo qué sé! ¡No sé dónde acaban las cosas! ¿Y si luego alguien piensa que lo que diga ahora lo dije muy en serio? No. No. Te veo con la grabadora y se me representa mi propia muerte.

Sheila suspira y mira por la ventana. Margaux también mira por la ventana. No dicen nada durante varios minutos. Sheila retira con la mano un poco de arena del tablero de la mesa.

Traté de ser compasiva. Pensé en lo difícil que resulta vivir en este mundo sin ropa. Sé que son los dioses los que deciden quiénes de

nosotros estamos destinados a ir por la vida en cueros. Ése es uno de los asuntos que ponderan cuando se arremolinan en torno a un bebé en su cuna para repartir sus dones y maldiciones.

Mucha gente vive durante toda su vida con la ropa puesta, y no se la pueden quitar aunque así lo quieran. Y luego están los que no se la pueden poner. Ellos son los únicos que viven su vida no sólo como personas, sino también como personas ejemplares. Están predestinados a exponer hasta la más mínima parte de ellos mismos para que los demás podamos entender lo que significa ser humano.

La mayoría de la gente lleva una vida privada. Les ha sido concedido un recato natural que es interpretado como moralidad, pero no lo es: es pura suerte. Niegan con la cabeza al paso de la gente desnuda, en lugar de tomar ejemplo de ellos para aprender de la vida; se equivocan al darse ese aire de superioridad. Algunas personas tienen que ir en cueros para que el destino exima a los demás.

MARGAUX

(*suspira*) Está bien. Ya sabes que le tengo más respeto a tu arte que a mis miedos.

SHEILA

¡Gracias! ¡Gracias!

MARGAUX

Pero prométeme que no me traicionarás.

SHEILA

(*en tono tranquilizador*) Ni siquiera sé lo que significa eso.

Sheila hace señas a la camarera, que se acerca.

¿Nos puede traer también mermelada?

La camarera asiente y se marcha.

¿Crees que me he excedido? Ya he pedido mermelada y además agua.

MARGAUX

(*con recelo*) No.

Sheila se aclara la garganta.

SHEILA

Vale. Pues lo que pasa en la obra es lo siguiente: hay dos familias, los Oddi y los Sing. Y cada una tiene un crío de doce años. Los Oddi tienen una niña que se llama Jenny, mientras que los Sing tienen un niño llamado Daniel. Bueno, pues ambas familias están de vacaciones en París, y en la primera escena de la obra las dos familias se encuentran durante un desfile…

MARGAUX

¡Espera! ¿Pero se encuentran porque habían quedado en París?

SHEILA

No, por azar. De casualidad. Bueno, pues se encuentran casualmente en París porque los niños se ven en el desfile, y hay una especie de animosidad inexplicable entre las madres. Se odian desde el primer momento, ¿vale?

MARGAUX

Ajá.

SHEILA

Y al final de la primera escena Daniel desaparece, ¿vale?

MARGAUX

Vale.

Margaux pincha unas patatas. Se caen del tenedor. Se las come con las manos.

SHEILA

La siguiente escena tiene lugar en el hotel. Y ahora el conflicto de la obra es: el niño se ha perdido. Pero nadie reacciona de manera convencional. Jenny quiere encontrar a Daniel, pero se convierte en un personaje muy secundario de la obra, y es la señora Oddi —la madre de Jenny— quien cobra todo el protagonismo. Se da cuenta enseguida, a resultas del curso de los acontecimientos, de que está del todo insatisfecha con su vida y de que nunca ha desarrollado al máximo su potencial, y blablablá. En el primer borrador de la obra huye a la playa, a Cannes.

MARGAUX

¡Espera! ¿Por qué se quita de en medio?

SHEILA

Se siente oprimida por su familia, en cierto modo.

MARGAUX

Supongo que no siente nada por ellos. ¿Cómo si no se iba a largar?

SHEILA

¿Cómo? Yo creo que está un poco desorientada. Ah, y luego tiene un lío con el Hombre del Disfraz de Oso. Al final de la obra, Daniel vuelve a casa y resulta que en realidad lo que hizo fue fugarse. Ha madurado de una forma realmente rara, y recita un extraño

monólogo sobre lo genial que es ser un adulto. De todos modos, ahora la señora Oddi ya no se va a Cannes.

MARGAUX

(*chafada*) ¿Ah, no?

SHEILA

No. Porque el director, Ben, consideró mejor concentrar la acción en el hotel…

MARGAUX

Ah, bueno; gajes del teatro.

SHEILA

Sí. Ahora lo que hace destacar a la señora Oddi es que están en la habitación del hotel y se pone a tocar la flauta, pero Jenny no sabía que su madre supiera tocar, y llega un empleado del hotel y pregunta si tocará durante la cena de esa misma noche…

MARGAUX

¿Sí?

SHEILA

Y… ella dice que no.

MARGAUX

(*decepcionada*) Ah.

SHEILA

Porque se percata de que no ha tocado en todos estos años. Le encantaba, pero nunca se lo tomó muy en serio, y ahora teme no ser lo bastante buena.

MARGAUX

Oye, un momento. ¿De dónde sale la flauta?

SHEILA

De la maleta.

Margaux se echa a reír.

Entonces resulta que estamos con la señora Oddi, que por algún motivo… cree que tiene que cambiar de vida… pero lo único que hace es enredar con un montón de hombres del hotel ¡cuando ella lo único que quiere es tocar la flauta!

MARGAUX

Lo de la flauta es la parte que más me gusta.

SHEILA

¡Es una bobada!

MARGAUX

(*riendo*) Es autobiográfico.

Sheila apoya la cabeza entre las manos.

SHEILA

Lo sé, ¡lo sé! Pero mi vida va cambiando. ¡Mi vida va cambiando!

MARGAUX

En fin, me parece una pena que no quiera tocar la flauta. Es como cuando en las pelis se habla sobre un cuadro, pero no… y tú estás deseando ver el cuadro… y nunca llegas a verlo. ¡Pero es buena

idea lo de no ver el cuadro, porque así te lo imaginas mucho mejor de lo que seguramente es!

SHEILA

(*triste*) Ya.

Margaux coge un pelín de mermelada.

MARGAUX

¿Tú ya te has servido de esto?

SHEILA

Sí.

Margaux pone la mermelada en su plato.

En realidad, creo que debería cancelar la obra.

MARGAUX

¿Que qué?

SHEILA

(*alicaída*) Pero ya no hay vuelta atrás. Ay, Dios mío, Margaux, ¿qué es lo que voy a hacer? ¡La obra nunca ha tenido ningún sentido! ¡Es absurda!

MARGAUX

Pero ¿cómo es posible? ¡Si llevas años escribiéndola!

SHEILA

¡El problema es que jamás debí aceptar escribir esta puta mierda de obra! Ay, Dios mío. Igual si me encierro en el taller y me paso el día allí metida…

MARGAUX

Bueno, a ver, *podrías* pasarte el día entero…

SHEILA

¡Pero la obra no la puedo enmendar en un día! Si no puedo enderezarla en tres años, ¿cómo voy a arreglarla en un día? ¡Tengo un bloqueo psicológico brutal! No he conseguido ni terminarla ni añadirle nada… ¡No sé por qué!

MARGAUX

Da miedo. A lo mejor se te ocurre una alternativa a la obra. A lo mejor das con una alternativa…

SHEILA

(*despavorida*) ¿Una alternativa *a qué*? ¿Una manera alternativa de escribirla, o una alternativa a lo que podría pasar con los personajes?

MARGAUX

Quizá lo que te tiene bloqueada es el hecho de que sea teatro. A lo mejor les puedes decir: «Mira, lo que he escrito no tiene ningún interés: pero os propongo hacer otra cosa. Si no os interesa, lo siento pero quizá deberíais buscaros a otra persona».

SHEILA

¡Pero es que no quieren a otra persona! Y lo que quieren es una función, una obra. Con la de cosas interesantes que se pueden hacer con un teatro en tres semanas… ¡Cosas que me *encantaría* hacer, que serían interesantes de verdad!

MARGAUX

Vamos, que lo que quieren es una obra. Se están quedando atrás.

Mi sensación es que el teatro no ha terminado de superar la etapa de concienciación de los años treinta. ¿Quieres un poco de mi tostada? Es que es una tostada enorme.

SHEILA

¿Por qué demonios hacemos esto? ¡Tenía que haberme negado en redondo, joder, en septiembre!

MARGAUX

Bueno, ¿y ya están seleccionando actores y demás?

SHEILA

Quieren impartir un taller en febrero, y que la función principal sea en primavera. Debería renunciar a escribir la obra. Los borradores nunca han satisfecho a nadie: ni a mí, ni al productor, ni al director, ni al otro director que tuvimos.

Margaux se come la tostada con mermelada.

MARGAUX

Aun así, da la impresión de que puede que hagas algo excepcional cuando menos te lo esperas. A lo mejor la obra podría ir de eso.

SHEILA

(*ansiosa*) ¿De qué? ¿De salir del apuro?

MARGAUX

De lo excepcional.

SHEILA

(*insegura*) Ya.

Pausa larga. Margaux está mirando por la ventana.

¿Qué? ¿En qué estás pensando?

MARGAUX

Perdona, perdona. Estoy tratando de recordar… de pensar en cosas

con las que me haya dado por vencida.

Pausa.

No. No me viene nada a la cabeza.

Capítulo 4

SHEILA QUIERE VIVIR

Veinte minutos más tarde, Sheila y Margaux van por la calle rumbo a la galería de Katharine Mulherin, donde desde hace poco comparten un pequeño taller en la segunda planta. Margaux abre la puerta cristalera y desfilan ante los cuadros hasta la desvencijada escalera de la parte trasera. Sheila, impresionada, ha estado dándole vueltas al hecho de que Margaux nunca haya abandonado ningún proyecto.

Sigue los pasos de su amiga escaleras arriba.

SHEILA

¡Pero oye, Margaux, *escúchame*! Otto Rank afirma que algún día ya no habrá arte, sólo artistas… Por lo tanto, ¡se renunciará a la obra de arte! ¡Y yo estoy de acuerdo! Si renuncio a esta obra es porque no aporta nada a mi vida. Pero si lo más importante fuera la obra de arte, invertiría todo mi tiempo en esta obra de teatro. Pero ¿sabes qué? ¡No me aporta nada!

MARGAUX

Entiendo.

SHEILA

¿No crees que eso es lo que pasa?

MARGAUX

No.

SHEILA

¡No, no! ¡Digo en el planteamiento de Otto Rank!

MARGAUX

Pueees…

Pisan un felpudo viejo y entran en su sucio taller con las paredes blancas.

Sí que creo que es un acto de responsabilidad el no concebir una obra de mierda (en un sentido tradicional, quiero decir, estrictamente tradicional). Uno no debería crear obras malas. Pero si la obra da lo mismo, entonces qué más da que sea un bodrio. Lo que de verdad importa es la gente con la que la estás creando, y la experiencia que adquieres al hacerla. En realidad, creo que aportaría *mucho* más a tu vida publicar una obra mediocre, así podrías…

SHEILA

(*angustiada*) ¡Aportar *más* a mi vida…! ¡Pero mi vida se resiente si hago… si publico una obra mala!

MARGAUX

Eso es cierto. Entonces… Otto diría: *¡Da igual!*

Margaux empieza a organizar su mesa de dibujo.

SHEILA

¡No, no! ¡Otto diría que estoy haciendo lo correcto! Porque si quiero que mi vida sea una obra de arte, pero mi obra teatral es mala, mi vida queda empañada. Lo que intento decir es que creo que llevabas razón con lo que has dicho antes. Creamos arte en cuanto

que mejora nuestras vidas, y en cuanto que aumenta la belleza de la vida…

MARGAUX

Correcto.

SHEILA

…porque, como tú bien has dicho, el trabajo duro sienta bien…

MARGAUX

Sí.

SHEILA

…te sientes bien cuando creas algo hermoso…

MARGAUX

Sí.

SHEILA

…¡pero no hay que llevarlo al extremo de que se resienta tu vida!

MARGAUX

Entonces… te habrás esforzado una barbaridad para… ¿no?… para una obra que al final no te va a reportar nada en absoluto.

SHEILA

(*suspira*) No sé qué hacer con la obra. No lo sé.

Capítulo 5

ISRAEL

Aquella noche, después de pasarme varias horas mirando fijamente mi lamentable obra de teatro, apagué el ordenador con gran frustración y salí de mi piso. Fui a una fiesta que celebraba la aparición de tres poemarios más en el mundo.

La fiesta era en una sala amplia y cavernosa con un escenario grande al fondo y el techo pintado de marrón, cubierto por los lados de terciopelo marrón. Una bola de discoteca enorme daba vueltas en el centro, y todo era de madera barnizada, semi formal y espantoso.

Sola en la barra, me pregunté si sería capaz de amar al chico que había en el otro extremo: aquél del pelo castaño rizado que era como una versión desvaída y más neutral del primer chico que amé.

Mientras se dirigía a los peldaños de la entrada, pensé: *si ha salido a fumar, lo amaré*. Pero cuando salí, a pesar de que un cigarrillo le pendía de los labios, no lo amé.

Volví adentro a por otra copa, y me encontraba junto a la barra cuando un tipo un poco más alto que yo salió de entre la multitud y se acercó a mí. Se me encogió el estómago y me di la vuelta. Me sentía tan atraída por él que ni siquiera atinaba a hablar. Lo conocía: se llamaba Israel. Era un tipo a cuya novia yo había felicitado el año anterior, en la calle: corrí hacia ella y le dije: *Tu novio es el tío más sexy de la ciudad*. Aunque lo decía en serio, también esperaba halagarla. Más tarde, cuando me enteré de que se había enfadado conmigo por el

comentario, me ofendí. Mi más sincera intención había sido hacerle un cumplido.

Ya había visto a Israel en otra ocasión, unos cuantos años antes; imposible olvidarlo. Por aquel entonces estaba casada, fue un día que bajaba en el ascensor de un edificio de talleres para artistas. Él subió en la misma planta que yo, y se colocó a mi lado. Tenía unos ojos letales: ojos enormes, hastiados, de los que te absorben el alma; una sonrisa vaga y amable, cejas pobladas, y los labios de un auténtico pervertido.

Al observar su rostro de perfil creí desfallecer al captar una suerte de predestinación entre nosotros, como si no estuviéramos el uno junto al otro en un ascensor sino en las cumbres de sendas montañas separadas por un profundo valle y una garganta. En aquel momento fui consciente de lo difícil que resultaría atravesar aquella distancia para llegar hasta él.

Mientras estábamos en la fiesta, charlando cada vez más arrimados, sentí que me invadía un temblor. Comencé a preocuparme por mi obra de teatro: acababa de salir de mi matrimonio, y necesitaba pensar en mujeres, ¡no en hombres! Me recordé a mí misma: *El fruto del amor es efímero, pero el del arte es inmortal*. Pero era como si estuviera clavada al suelo, a su lado. Cuando me propuso que nos marcháramos, me sobresalté al oírme decir:

—Ahora mismo estoy practicando la castidad.

Sus ojos cobraron vida de una forma distinta, y su ancha sonrisa era como las fauces de un oso.

—Así que eres una de esas personas… —dijo.

—¿De qué personas?

—Una de esas personas que creen que pueden controlarse.

Me ruboricé con tristeza y lo seguí al exterior. No quería que pensara que era una de esas personas que creían poder controlarse.

Caminamos juntos durante dos o tres horas bajo la fresca brisa nocturna, hasta que llegamos al lago. Mientras caminábamos yo

sentía: *Contigo iría a cualquier parte*. Él se fijaba en las formas de los edificios y en otras cosas que yo no veía, y me señalaba esto y aquello. Discrepó cuando le dije que se podía amar a cualquiera.

No, eso no es verdad —dijo—. *La persona con la que estás importa mucho*. Sentí cómo me traspasaba el placer, y me deleité con la emoción del simple hecho de estar cerca de él.

Pasamos junto a un camión de helados y me compró uno. Luego dimos la vuelta y llegamos a su casa, que estaba de camino a la mía. Me dije a mí misma que lo estaba acompañando a su casa, sin más; que lo dejaría en su puerta para que entrara y se cambiara antes de irse a trabajar a la panadería. Pero cuando llegamos, dije: *Me gustaría verte mientras te preparas para ir a trabajar*.

Subimos la escalera sin luz hasta la parte más alta de una destartalada pensión. Tenía dos cuartos en lo alto de las escaleras: uno para dibujar y pintar, y el otro para dormir. Sus únicas posesiones eran una mesa, un colchón en el suelo, unos cuantos platos en el fregadero y una placa eléctrica enchufada a la pared. Yo habría sido capaz de cerrar los ojos y dormir para siempre en aquel colchón. Como no había sillas, me senté sobre el lío de sábanas y observé sus movimientos por la habitación. Salió al baño; luego volvió, ya duchado y con ropa limpia, encocado, con la camisa abierta y sin remeter.

Se sentó en la cama, me puso la mano en el muslo y lo frotó de arriba abajo. Entonces se levantó, empezó a dar vueltas por la habitación y se olvidó de lo que estaba haciendo. Al final volvió a acercarse, se arrodilló a mi lado y me dijo al oído: *Yo decidiré si sigues con tu castidad o no*.

Capítulo 6

LA HISTORIA DEL «PUER»

De vuelta en casa, tras acompañar a Israel a la panadería y darnos un beso violento y vibrante, me fui a dormir muy aturdida y tuve un sueño: estaba esperando en un aeropuerto. Trataba de ir a algún sitio, a un lugar mejor. En el aeropuerto también había un puñado de personas. Me aliviaba y entusiasmaba ver a tanta gente conocida allí. Fui uno por uno a pedirles un autógrafo.

Caí en la cuenta de que había olvidado una de las maletas en el otro extremo de la terminal, así que corrí presa del pánico para recuperarla. Un empleado me condujo hasta allí en un carrito muy lento, y cuando volví a la puerta de embarque ya se habían ido todas las personas que estaban esperando. Corrí al mostrador y deposité con desesperación mis dos billetes, muy pequeños, en las manos de la azafata. Le rogué que me dejara subir al avión (¡para mí era vital que

me permitieran entrar!), pero me dijo que ya había despegado.

Pasé días esperando al siguiente vuelo con destino al lugar adonde quería ir. Por fin conseguí embarcar. De nuevo había gente conocida. Fui al baño, y el avión alzó el vuelo mientras yo estaba sentada en el retrete. Aunque sabía que las azafatas se enfadarían si me veían allí, estaba muy contenta porque la vista desde la ventanilla del baño era alucinante: atravesábamos la ciudad casi a ras de suelo, justo por encima de las autopistas, volábamos entre las casas bajando en picado y subiendo después. Entonces me di cuenta de que aquello no era lo normal, y me asusté.

Sobrevolamos una planta de reciclaje extensísima que sólo frecuentaba gente pobre. Había bolsas con basura hasta donde alcanzaba la vista. Estaba segura de que el avión efectuaría un aterrizaje de emergencia en aquel lugar, pero cuando vi que no era así tomé la rápida decisión de escabullirme por la portezuela trasera del baño del avión. Aterricé sana y salva en tierra firme, pues las bolsas de basura amortiguaron la caída.

Entré en la planta de reciclaje (que no era sino una choza de madera rodeada de inmundicia), a muchos kilómetros de donde habíamos despegado. Los pobres entregaban su basura al hombre que había detrás del mostrador de madera, y éste les daba calderilla a cambio.

Volví afuera, y mientras examinaba aquel vertedero me di cuenta de que mi avión había caído en un lago cercano. Solamente asomaba la cola, en llamas y humeante. Qué alivio, haber saltado a tiempo del avión, y qué miedo también. Me acerqué a una mujer de pelo rizado que estaba junto a la ribera: mi psicoanalista junguiana.

Le pregunté por el número del vuelo y me lo dijo, pero no me sonó de nada. ¡No había sido mi vuelo!

Mi avión quedaba ya muy lejos, ¡seguía surcando los cielos! No conseguiría alcanzarlo por mucho que corriera, ni con ayuda de un coche. Tendría que apañármelas para *volver* al aeropuerto, desde aquel pueblo desconocido, y *volver* a coger otro vuelo.

Me desperté sobre las cuatro y media de la mañana con el corazón acelerado. Tenía que hablarle de aquel sueño a mi psicoanalista, así que fui al ordenador y marqué su número.

Mi terapeuta se llamaba Ann. Tenía cincuenta y tantos. Había estudiado en Zúrich y luego se mudó a Toronto, donde estuvo ejerciendo muchos años. La conocí en mi época universitaria, en su

clase sobre Carl Jung. Unos cuantos años después acudí de nuevo a ella como paciente. Hacía dos meses que se había mudado a la campiña inglesa para vivir en el granero de la granja donde había

nacido y cuya tierra, ahora sin cultivar, su familia llevaba generaciones trabajando.

Qué afortunada me sentí cuando respondió a mi llamada. Allí eran casi las diez de la mañana. Me preguntó cómo me iba, si había tenido algún sueño. Le conté el que acababa de tener, y me preguntó si había tomado alguna decisión últimamente. No se me ocurría nada, hasta que recordé el desayuno con Margaux y mi deseo de renunciar a la obra.

Ann me preguntó:

—¿Te imaginabas que escribir esa obra te conduciría a un lugar mejor, como el avión?

No sabía cómo responder a aquella pregunta tan obvia.

—¡Claro que sí!

—Pero resultó que escribir se convirtió en algo peligroso, como el avión de tu sueño. Por eso has decidido dejarlo de lado. Del mismo modo, te escabulliste de tu matrimonio, algo con lo que también esperabas llegar a un lugar mejor.

SHEILA

(*a la defensiva*) ¡Un momento! Quiero cancelar la obra no porque sea *peligrosa*, sino porque no me parece que la vida tenga nada que ver con mi estúpida obra, ni con quedarme en mi cuarto *redactando*.

Igual que ya tampoco había vida en mi matrimonio. La vida parece latir en Margaux, *cuando charlamos*, y charlar encarna un intento igual de sincero por lograr algún objetivo, tan sincero como escribir una obra de teatro.

Sheila ve que Ann echa un vistazo a una de las esquinas de su cuarto.

ANN

Pero la vida no es sólo lo emocionante; también está presente allí donde las cosas son complicadas y aburridas. Y charlar por charlar,

sin finalidad aparente… bueno, aquí tenemos dos cuestiones: la

primera es que no te preocupa cómo ganarte la vida; y la segunda es que no te preocupa trabajar hasta el final para obtener algo sólido.

SHEILA

Si exceptuamos lo que ha pasado.

ANN

¿Lo de tu conversación con Margaux?

SHEILA

Tal vez.

Sheila se avergüenza al pensarlo.

ANN

Te escabulles del avión ante las primeras señales de peligro, pero luego vuelves al aeropuerto para coger *otro* avión. ¿Por qué? Tienes ya motivos suficientes para que te den fobia los aviones: uno iba planeando entre las viviendas, y el otro se estrelló. Podías haber ido *andando* a tu destino desde el vertedero. ¿Qué hay de malo en caminar? Puede que te tomara mucho más tiempo… Cuarenta años, comparado con cuatro horas. Pero tienes más posibilidades de llegar sana y salva.

No pude evitar la sonora y repentina carcajada que salió de mi boca.

Parecía tan sencillo… ¡una fantasía! Traté de disimular la risa y hacer como si nada.

ANN

Por un lado está lo de coger aviones y esperar aviones, pero también existe la posibilidad de asumir responsabilidades y tomar

decisiones difíciles. ¿Recuerdas al *puer aeternus*, Peter Pan, el niño que nunca crece, que nunca se hace un hombre? O como en *El principito*, cuando el niño le pide al narrador que le dibuje un cordero. El narrador lo intenta una y otra vez, pero siempre fracasa en su empeño de hacerlo tan bien como él lo desea. Se tiene por un gran artista y no alcanza a entender por qué no le sale. En un arranque de frustración, dibuja una caja, algo que sí que sabe hacer.

Cuando el principito le pregunta dónde está el cordero, el narrador

replica que es el dibujo de un cordero dentro de una caja. Está muy orgulloso de su arrogante solución, y del todo satisfecho de su trabajo. Una respuesta así es típica de todo *puer*. Esas personas te saltan de buenas a primeras con que tienen otro plan, y siempre lo hacen en el momento en que las cosas empiezan a ponerse difíciles. Pero lo peligroso no es lo que eligen hacer, sino su sempiterna inconstancia.

A Sheila se le sale el corazón del pecho…

SHEILA

¿Y por qué es peligrosa su sempiterna inconstancia?

ANN

Porque la gente que vive su vida de ese modo sólo anhela un único destino, compartido con otros de su misma clase… Bueno, esas personas no consideran que encarnen una *clase*; se saben diferentes al común de los mortales, que ellos ven paralizados por las anclas triviales del mundo. Pero mientras otros construyen una vida de verdad en la cual las cosas van adquiriendo significado e importancia, no ocurre lo mismo con el *puer*. Una persona así echa la vista atrás conforme se va acercando el final de su vida con una inevitable sensación de vacío y tristeza, consciente de lo que ha construido: nada. En su búsqueda de una vida sin fracasos, sufrimientos ni dudas, he aquí lo que logran: una existencia

desprovista de todo aquello que da sentido a la vida humana. ¡Y eso que empezaron creyéndose demasiado especiales para este mundo!

…Sheila escucha atentamente, agonizante, asustada, horrorizada…

Pero (y aquí llega la esperanza) sí que hay una solución para esta clase de gente, aunque quizá no se trate de la solución que podía haberse vaticinado. La respuesta es terminar de construir lo que uno ha empezado, y no abandonar los planes en cuanto las cosas empiezan a ponerse complicadas. Hay que *trabajar*, y dejarse de esas fantasías escapistas de ser *la persona que trabajaba*. Y no me refiero únicamente a trabajar por el mero hecho de hacerlo, sino a volcarse en tareas que empiecen y terminen con verdadera pasión, algo que le corroa a uno las entrañas, que no quepa ser evitado sino que haya que llevarlo a cabo y vivirlo a través del trabajo duro y el sufrimiento que inevitablemente acompaña al proceso.

…Sheila empieza a tiritar…

Hay que reforzar y seguir construyendo lo que ya hay en la vida de uno, en lugar de empezar de cero constantemente con la esperanza de hallar una situación desprovista de peligros. Los *puer* no necesitan someterse a análisis. Basta con que recuerden esto: *El peligro reside en su sempiterna inconstancia, y no en sus decisiones*, y acabarán sabiéndose salvados. El problema es que el *puer* siempre se adelanta a la pérdida, a las decepciones y al sufrimiento que intuyen al final de cualquier experiencia, y por eso se plantan desde el principio: se baten en retirada casi a la primera de cambio con el fin de protegerse. En este sentido, al vivir con el temor constante al final, jamás se entregan a la vida. La razón, en este caso, le arrebata demasiado a la vida.

…una personalidad frágil… ¡que lo único que desea es evitar el sufrimiento!

¡Deben entregarse por completo a la experiencia! Uno se plantea a veces cuánto más vivas estarían estas personas si sufrieran. Si no pueden ser felices, que por lo menos sean infelices; infelices de verdad y de una vez por todas. Entonces por fin serán verdaderamente humanos.

Me tumbé, agotada.

Si consigo hacer tal cosa puede que, cuando vuelva la vista atrás, mi vida no se me antoje tan vacía como el corazón de un casanova cualquiera.

Capítulo 7

LA ORACIÓN DEL «PUER»

Hay tanta belleza en este mundo que no sé por dónde empezar. No tengo palabras para expresar mi gratitud por haber tenido esta oportunidad única para vivir, si no ya «Vivir», con mayúsculas. Que otras personas frecuenten las discotecas calzando faldas ceñidas, que Vivan. Aquí estoy yo, en mi piso, loca de contenta por haber tenido esta oportunidad única para vivir.

Estoy escribiendo una obra de teatro. Estoy escribiendo una obra de teatro que va a salvar el mundo. No me daré por satisfecha si salva únicamente a tres personas. Si con esta obra no se supera la crisis del petróleo, y nuestros estándares de vida se mantienen en los niveles actuales, me pondré a llorar por las esquinas. Si esta obra se queda corta a la hora de anunciar el advenimiento del nuevo rabo (digo, Mesías), me pondré a cagar por las esquinas.

A quién de los nuestros se le pedirá que libere al pueblo de su cautiverio para que luego responda: *Dios, nunca he sido un buen orador. Pídeselo a otro. Pídeselo a mi hermano en vez de a mí*. No hay manera de conquistar lo que siento que debo conquistar con esta obra. ¡No hay manera, por mucho que lo intente! No soy la persona más adecuada para hacerlo. Mira qué sudadera roja de mierda llevo. Mira qué deportivas sucias. Tengo las tetas tan pequeñas… Dios, ¿no sería mejor que recurrieras a una mujer con un buen par de aldabas, a quien la gente hará más caso? ¿Por qué recurres a mí, que carezco del escote necesario para captar la

atención del mundo? Pídeselo a mi hermana en vez de a mí: sus melones son mucho más apropiados para cumplir tus designios.

Señor, ten piedad porque soy una gilipollas rematada. Pero vivo en una cultura de gilipollas rematados. No puedo salvarme si no nos salvamos todos. Si toda la gente que tengo a mi alrededor no dice más que gilipolleces, ¿cómo voy a desmarcarme? Mi destino es el mismo que el de todo el mundo. Si un hombre o una mujer son capaces de ponerse en pie y declararse salvados, quiere decir que todos lo estamos. Y yo sé que no lo estoy, de modo que nadie lo está.

Anoche una persona me dijo: *¡Venga ya! Las cinco o seis veces que te he visto ibas completamente ciega*. Anoche también estaba borracha, cuando me lo dijo. Me molestó la suposición de que en esas cinco o seis veces yo había estado más borracha que él.

Porque borrachos estamos todos, todos nosotros, todo el tiempo, y no es justo que me señale y me convierta en la excepción; si hablamos de los hábitos de consumo de alcohol en los círculos en que me muevo, yo soy la regla. Y la regla dicta: bebe todo lo que tu presupuesto te permita. De todos modos, todos nosotros trabajamos mejor cuando estamos borrachos, o cuando nos levantamos de resaca a la mañana siguiente. Sea como sea, carecemos de la capacidad de cuestionarnos.

La gente afirma que no existe un rumbo claro y determinado hacia la evolución; que la metáfora correcta no es el decidido avance hacia los cielos de un árbol, sino la descuidada maraña que forma un matorral. De niños levantábamos los brazos hacia el cielo tanto como podíamos (hasta donde nos daba nuestra estatura),

¡estirar, estirar, estirar! Cuando rememoro las clases de gimnasia y los estiramientos que hacíamos para conquistar la altura del árbol más alto, no puedo evitar pensar que aquellos fueron los momentos más religiosos de mi vida.

Si ahora en cierto modo bebo de más no es porque carezca de respeto por el mundo.

Hoy estoy de ayuno. Una chica que conozco, que ahora es una cantante semi famosa y que siempre aparece muy esbelta y glamurosa en las fotos, me contó una vez que cuando se ha pasado con la comida ayuna durante un día o dos. Decía que Nietzsche le había hecho pensar que su abnegación y su necesidad de purificarse no eran más que pura gilipollez, pero entonces dijo no a Nietzsche; no entendía por qué no había de disfrutar al vaciarse de igual modo que disfrutaba excediéndose.

La otra noche, estando de bares, me enteré de que Nietzsche utilizaba máquina de escribir. Me pareció increíble, y ahora ya no considero que su filosofía tenga la misma validez ni el halo de verdad que antes poseía. Ningún otro detalle que lo ubicara de manera tan evidente en la edad moderna me habría afectado tanto como éste. ¿En serio escribió *Así habló Zaratustra* a máquina? Me cago en la leche, ¡el tío no tenía más conexión con la verdad que un taquígrafo!

Una vez sabido esto, no veo por qué no desisto y dejo por fin de lamentarme acerca de cuánto me preocupa la posibilidad de arrojar más mierda al mundo. El mundo está lleno hasta los topes de su propia mierda. Un poco más dará lo mismo, nadie lo notará. No será ninguna sorpresa. Debería poner mucha mierda en la obra, para que fuera una mierda bien variada.

Todo el mundo valora la moderación por su vínculo con una cierta moralidad, pero si tengo que padecer los excesos de otra gente, ¿por qué no padecer los míos el doble?

Capítulo 8

MARGAUX PINTA

Estuve trabajando en mi obra de teatro varios días, con pocos resultados. Por fin una noche, harta ya de estar encerrada, agarré el portátil y me lo llevé a nuestro taller. Era una noche de viernes, temprano aún, y caminaba despacio cuando oí que alguien me llamaba.

Me di la vuelta y vi a Margaux saliendo del callejón. Iba empujando algo en un carrito, y conforme se fue acercando descubrí que era un árbol, ¡un arbolito en una maceta! Nos abrazamos, y le pregunté si había cultivado un árbol. Me dijo que sí. Margaux cultivaba plantas en su balcón, y tenía mano. Sentía curiosidad por saber cuál era su

secreto. Me dijo que iba a ir a plantarlo en el jardín de un amigo, uno cuyo padre acababa de morir. Decidí acompañarla, y mientras caminábamos juntas nos pusimos a hablar.

SHEILA

¿Sabes qué? Si alguna vez tenemos hijos, me tienta mucho la idea de intercambiar a los bebés.

MARGAUX

(*se ríe*) Sí, sería muy divertido… quedarnos preñadas a la vez. ¡Y sí, tienes razón! Querríamos tantísimo al bebé de la otra… Pero sería muy duro…

SHEILA

¿El qué? ¿Renunciar al tuyo?

MARGAUX

Tal vez… ¿Querrías más a uno que al otro?

SHEILA

Me parece que me lo pasaría mejor con el tuyo.

MARGAUX

¡Ya, seguro que sí!

Risas.

Me parece una idea estupenda. Siempre he querido que la cultura funcione de esa manera. Sería emocionalmente menos complejo si yo criara al hijo de la sociedad. Pero tendrías que acostarte con uno muy alto y con el pelo negro.

SHEILA

No, porque un niño puede salir de cualquier forma.

MARGAUX

¡Pero cuando cumpla veinte, ay!

Se ríen.

Cuando llegamos al jardín, Margaux cavó un hoyo limpio y profundo y plantó el árbol. Me apoyé en la cerca y esperé a que acabara. Le dije que la acompañaría a casa, pero de camino pasamos por la mía para que yo cogiera un jersey. En el piso, Margaux me señaló una pila de papeles que tenía en el escritorio; en la primera página ponía con rotulador negro: *Margaux*.

—¿Esto qué es? —quiso saber.

—Nuestras conversaciones —respondí.

Margaux se quedó callada. Salió al rellano a esperarme.

Durante el trayecto hasta su casa, me comentó que había estado pintando piscinas. Salían piscinas en todos los cuadros que había pintado en el último mes. Me dijo que esa misma noche, antes de salir de casa, había estado trabajando en un cuadro donde salía *yo* en una piscina, inspirado en los desnudos que me hizo en el hidromasaje de la Asociación Cristiana Femenina. Que si quería verlo. ¡Pues claro que sí! Llevaba toda la vida soñando con ser amiga de una pintora que me convirtiera en un icono que la gente admirara.

En su taller de pintura, nos plantamos delante de sus lienzos recién pintados. Reconocí mi delgado cuerpo en una piscina cuadrada de pequeñas dimensiones, presumiblemente al aire libre, con la cabeza muy rígida y tiesa. Se puso las gafas de aumento que yo le había regalado, sin las cuales no veía nada. Cuando se las di, le expliqué que quizá le vendría bien ver sus propios cuadros. Su respuesta fue que nunca se lo había planteado, puesto que las imágenes procedían del interior de su cabeza.

Empezó a explicarme, mientras acariciaba los bordes del lienzo: *Quería titularlo* El genio, *pero al final lo voy a llamar* Hogar para una cabeza. *No creo demasiado en la genialidad, pero sí que creo en tener un hogar para la cabeza.*

Se me saltaron las lágrimas. No quise decir nada, pero el hecho de ser degradada de la categoría de *genio* a, simplemente, tener un hogar para la cabeza me hizo sentir fatal.

Estaba sola en nuestro taller, sentada frente a mi ordenador, decidida a acabar la obra de teatro; sin embargo, en lugar de eso empecé a distraerme y a mirar por la ventana. Comprendí que juntarme con Margaux, salir con Margaux y compartir taller con Margaux no bastaba para que el mundo me considerara un genio.

Aquellas cosas no me ayudarían a liderar al pueblo ni a transformarme en la clase de persona que debería ser. No me

ayudarían a acabar la obra, ni a solucionar ninguno de mis problemas.

Sí que lo haría. Los resolvería todos.

Capítulo 9

DEAMBULANDO POR MIAMI

Aquel invierno, el galerista de Margaux decidió llevarse algunos de sus cuadros a Miami, donde durante una semana la ciudad se transformaría en una feria de arte gigantesca. Asistirían coleccionistas de todo el mundo, y habría representantes de las mejores galerías. En Art Basel, la feria más grande de todas, se exhibían las piezas de arte más caras, mientras que la obra de Margaux estaría en Scope, una de las ferias más modestas que orbitaban en la periferia de aquélla.

Aunque su marchante ya se había ido a Florida, Margaux siguió pintando. Le dije que debía entregar en mano los cuadros más recientes en lugar de mandarlos por correo, y que para mí significaba mucho acompañarla en aquel viaje. Quería grabarnos.

¿Pero yo no tenía que escribir mi obra?, me preguntó. Le conté que acompañarla sería como escribir; la idea era que si hacíamos una escapada juntas, como las madres de mi obra, más adelante podría analizar las grabaciones y descifrar qué ingredientes de realidad le faltaban a la historia; entendería por qué razón la obra no funcionaba, que seguramente sería el mismo motivo por el que no funcionaba yo como persona, y de ese modo descubriría cómo debíamos ser la obra y yo.

La mañana del día en que cogeríamos el transporte público para ir al aeropuerto, Margaux metió en su bolso de lona tres óleos envueltos en plástico de burbujas y veinte camisetas. Sólo íbamos a estar fuera tres días.

Durante el descenso del avión leímos un artículo del *New York Times* acerca de un pintor que acudiría a la feria esa semana, un tío de veinticinco años llamado Ted Mineo que había estudiado en Yale y que iba avalado por una de las mejores galerías del Soho. La Basel sería su fiesta de presentación en sociedad. ¡De la Basel de Miami al cielo! Su marchante tenía la intención de que conociera a todo el mundo. Sin duda, estaría muy ocupado durante toda su estancia. Según lo describían, había orientado su vida a las mil maravillas

durante los últimos cinco años: primero la escuela de Bellas Artes y su descubrimiento, la mudanza a Brooklyn, y así sucesivamente. Citaban sus palabras acerca del mundillo del arte contemporáneo: «Hay unos pasos profesionales. Te licencias, te sacas el máster, te mudas a Nueva York, haces una exposición… Es como ser abogado o cualquier otra cosa. Sé que no termina de cuadrar con el ideal romántico del artista, eso de vivir aislado y ser el héroe de la vanguardia».

Cuando acabamos de leerlo, le pregunté a Margaux si alguna vez se había planteado matricularse en Yale. Me dijo que, tiempo atrás, le estuvo dando vueltas a ese tema durante varias semanas, cuando se dio cuenta (investigando en Internet) de que todos los grandes artistas habían estudiado allí. Ella ya había hecho millones de sacrificios por su arte, y puede que tuviera que rogar, pedir prestado y robar lo que hiciera falta para poder ir. Pero luego se dijo: *No, qué espanto*, porque había demasiadas personas que no podían ir a Yale, y pensó que matricularse en esa universidad no tenía por qué ser la regla.

—Al final —dijo— me parecía injusto hasta el mero hecho de habérmelo planteado; no se correspondía con mi ética y mi fe en el arte. Me habría hecho mucho daño, me habría entristecido. Para mí, era igual que ser miembro de un club de campo que veta la admisión a los judíos o a los negros. Y eso que hay mucha gente que acude a clubes de campo. Pero me habría deprimido

demasiado. Tenía que comprobar lo que ocurría al permanecer fuera del club de campo.

Cuando llegamos a Miami, nos cambiamos de pantalones y de jerséis; nos quedamos medio en cueros en el baño del aeropuerto y la ropa quedó esparcida por el suelo.

—Ten mucho cuidado —le dije a Margaux, en vista de su lealtad

—, que lo que te pongas ahora lo llevarás los próximos tres días.

No hacía mucho, Margaux había tratado de tranquilizarme asegurándome que mi cerebro era del todo normal. De joven nunca me había preocupado por mi cerebro, pero a lo largo del último año me había convencido de que no pensaba igual de bien que el resto de la gente. No, lo estoy formulando de forma muy amable: que no tenía ni idea de pensar. Las otras personas que conocía eran capaces de pensar —así lo creía yo—, tenían opiniones acerca de cosas, su propio punto de vista. Yo no.

Mientras caminábamos a uno de los lados de la autovía de Miami,

enganché mi brazo al suyo, con la pálida luna creciente sobre nuestras cabezas, y volví a sacar a colación aquel temor. Le expliqué que tenía la sensación de que dentro de mí había un espacio vacío, una completa neutralidad.

—¡Pero eso es fabuloso! —exclamó—. *Dios*, la gente parece esos muñequitos que van a cuerda.

—Pero tengo la sensación de que la gente mira, percibe, sintetiza, mientras que yo… ¡yo no hago nada de eso!

—Sí que lo haces, perdona que te diga. Lo que la gente tiene en su mayoría son opiniones en plan *Bueno, ¿y qué te parece el aborto?* A toda la gente con la que nos juntamos se le da bastante bien el parloteo de buen rollo más o menos inteligente, pero tú dices cosas que me ayudan a pensar mejor, ¿sabes?

Me encogí de hombros, aunque por dentro me invadió algo nuevo: ¿sería verdad lo que acababa de decir?

En cualquier caso, para mí esas palabras eran oro puro y las guardé como tal.

Por fin dimos con un taxi y llevamos los cuadros de Margaux al Scope, una carpa enorme que se levantaba sobre un terreno enfangado en medio de un parque; según el taxista, aquél era un barrio muy chungo que el ayuntamiento estaba tratando de rehabilitar a base de arte. Una vez entregados los cuadros, cogimos otro taxi y fuimos a dejar el equipaje a nuestro vulgar hotel.

Pretendíamos ir a cenar al barrio de la Pequeña Habana, que quedaba al otro lado de la ciudad, así que nos echamos a andar en busca de una parada de autobús.

A las cuatro en punto subimos a un autobús, enfrascadas en una conversación sobre lo que hay que saber para escribir y lo que hay que saber para dedicarse al arte. Llegamos a la misma conclusión: hay que saber identificar la diversión; la clave está en reconocerla.

Sentadas en las primeras filas, frente a un asiento con una plaquita que rezaba EN MEMORIA DE ROSA PARKS, pusimos a prueba nuestra teoría.

MARGAUX

David Lynch es bastante gracioso.

SHEILA

Y con Harmony Korine te partes. ¿Crees que con Werner Herzog te partes de risa?

MARGAUX

(*entre risas*) Pues claro que sí. Es divertidísimo, en un sentido algo kafkiano.

SHEILA

Manet es divertido.

MARGAUX

Sí, Manet tiene mucha gracia.

SHEILA

Y Kierkegaard está sembrado.

MARGAUX

¿En serio? A mí me resulta tan dulce… Lo veo mucho más como poeta.

SHEILA

¿Nietzsche te parece gracioso?

MARGAUX

No lo he leído mucho. ¿Y Baudrillard?

SHEILA

Casi no lo he leíd… Mmm… Richard Serra no es gracioso.

MARGAUX

Pues no. Se diría que se toma pero que muy en serio a sí mismo y a su arte. No es que sea malo tomárselo en serio, siempre y cuando dejes abierta la puerta de atrás. O sea, que te bajes los pantalones.

SHEILA

(*entre risas*) ¿Te refieres a resbalarse con una piel de plátano?

MARGAUX

¿Sabes?, nunca me había parado a pensar que… que la única forma de resbalarse con una piel de plátano es cuando está podrida, que fue lo que me pasó a mí.

SHEILA

¿Estaba la parte pringosa hacia abajo?

MARGAUX

Estaba toda negra, así que no lo distinguí.

SHEILA

(*se ríe*) ¿Y Jackson Pollock?

MARGAUX

Ninguna gracia.

SHEILA

¿Y Mark Rothko?

MARGAUX

A ver, todos esos tipos son… Quiero decir que con uno me habría bastado.

Después de cenar volvimos al Scope, poco antes de que echaran el cierre. Un hombre asiático alto y de belleza esquiva salía y entraba de las salas tirando de una col que llevaba atada con una correa. La gente se fijaba en él, pero nadie le hacía ningún caso. Como estaban apagando las luces, recorrimos a todo trapo las casetas: *me gusta… lo odio… no me gusta… indiferente…* A continuación nos dispusimos a salir de nuevo a la noche, no sin antes detenernos para saludar a una rubia y macilenta marchante de Chelsea que ambas conocíamos.

Al salir de la carpa, Margaux se puso hecha un basilisco.

—¡Cómo no! Se acerca a darte un beso, pero a mí ni me mira.

¡Connecticut! ¡Todas las zorras de Connecticut me odian!

Para quitarle hierro al desaire, le pedí que me recitara el que yo sabía que era su poema estadounidense favorito: el poema de Matt Cook.

—Venga: «James Joyce…» —la animé.

MARGAUX

(*suspira*)

James Joyce

era un cretino

no sabía tanto como yo

prefiero dar de comer pilas gastadas a las vacas antes que leerlo

todo iba bien

antes de que apareciera

inició la Guerra de Secesión

intentó involucrar a los franceses

pero ellos hicieron caso omiso

lo atiborraron de postres

y habló de los grandes boxeadores

oriundos de Irlanda

como si él los hubiera entrenado

luego se puso a leer cosas suyas

justo cuando le dijimos que se pirara

sacó el tema de la hambruna de la patata

le dijimos «tus patatas son fetén.

¡Asúmelo! Apáñatelas para superarlo».

Entonces dijo «América debe adoptar el sistema métrico decimal.

Es mucho más lógico». Dijimos «¡No!

¡Nos gustan nuestros gobernantes! ¡Lárgate!».

Thomas Jefferson dijo: «Las personas tienen los gobernantes que se merecen».

SHEILA

¿Te sabes más poemas de memoria?

MARGAUX

No.

Nos sentamos en la acera y esperamos cuarenta y cinco minutos hasta que un taxi nos llevó a la playa donde se celebraba un concierto de Peaches. Saqué mi grabadora —Margaux la miró de refilón— y empezamos a debatir las esperanzas que Margaux tenía depositadas en la feria. Yo no lograba comprender que alguien pudiera hacerse famoso en un lugar así, donde se concentraban miles de artistas y tantísimas galerías, y donde las obras de arte eran como cajas de cereales en la estantería de un supermercado sólo que sin explicaciones de ingredientes siquiera. Para mí, el arte y los artistas habían empezado a confundirse, e hice notar que hasta entonces no habíamos visto a nadie de veras sobresaliente.

MARGAUX

Hombre, ¡claro que hay gente sobresaliente! Pero ¿cómo identificas a esas personas? Pongamos, por ejemplo, que Takashi Murakami expusiera una de sus esculturas; no serías capaz de apreciar su calidad.

SHEILA

¿Crees que no?

MARGAUX

¡No! Pero tanto tú como yo hemos leído artículos muy sesudos acerca de él. Entonces es evidente que si ves *una obra* de Takashi Murakami… pero es porque conocemos los matices por los artículos y el contexto y porque ya hemos visto su obra anterior y todo eso.

Por el contrario, aquí hay cantidad de artistas noveles que tratan de mostrar todo eso de una sola vez.

SHEILA

O sea, ¿que la cuestión no es decidir qué artista es mejor?

MARGAUX

En absoluto. En absoluto. Pero sí que es una buena ocasión para que metan cabeza los artistas más jóvenes. Sí que es una oportunidad para que metan cabeza las galerías más pequeñas. No sé lo que es. No lo es todo.

SHEILA

Si crees que por asistir a una feria de arte y que se expongan tus obras te vas a hacer famoso, estás muy equivocado.

MARGAUX

¡Pero es que nadie piensa eso en realidad!

SHEILA

Mmm. Yo pensaría eso si fuera una de las artistas que exponen.

Estuvimos en el concierto y discutimos porque le dije a Margaux: *Todas las obras de arte que te gustan son* casi *buenas*.

Malhumoradas, quedamos con su marchante y caminamos bajo la lluvia para pillar algo de comer; entramos en un local de pizzas y nos sentamos junto al ventanal. Margaux se pidió un trozo de hawaiana. Mientras comíamos, un chico y una chica de veintipocos

—que formaban parte de la masa de artistas, sin duda alguna— se acercaron y se dirigieron a Margaux.

—¿Eres Margaux Williamson? —preguntó la chica, toda emocionada.

—Sí —repuso Margaux.

—Ay, Dios mío, ¡adoro tus cuadros! ¡Los he visto por Internet!

Nos miramos asombradas.

El chico añadió:

—¡Te conocí en una feria en Los Ángeles! Yo también soy pintor.

Mientras ellos seguían hablando de su trabajo, me dio por recordar un vídeo que Margaux hizo con una canción que nuestro amigo Ryan había compuesto para su grupo, Tomboyfriend. Lo subió a YouTube y un espectador se etiquetó como fan; un hombre, suponíamos, de Afganistán. Para el primer concierto de la banda, Margaux eligió el muy meditado nombre de *Grandes en Afganistán*.

Aquella noche, de vuelta en el hotel, Margaux y yo nos tumbamos en una de las camas y vimos en mi ordenador un vídeo de una niña rica haciéndole una paja a su novio. Parecía muy metida en su papel, nada indicaba lo contrario. Pero entonces le sonó el teléfono, soltó la polla, se atravesó en la cama y contestó, mostrando mucho más entusiasmo que cuando le sacudía el rabo al muchacho. El novio le puso mala cara. Al cabo de quince segundos exclamó: *Deja ya el puto teléfono*. Ella estuvo hablando un poco más, colgó y siguió donde lo había dejado.

Aquella chica era un espeluznante espectro que se mostraba con los pálidos contornos grises de las visiones nocturnas. Los ojos le brillaban como los de un gato. Al mirarla me sentí emparentada con ella: otra chica blanca que iba por la vida en cueros. Me dije a mí misma, en voz queda: *Piensa en todos los guerreros de todas las épocas que carecían de una gran inteligencia (¡como tú!) y que pese a todo le atravesaron el pecho al enemigo. Mantuvieron el pulso firme, y hendieron la espada*.

A continuación, eché una mirada al cuadro de la Estatua de la Libertad que colgaba detrás de nosotras y me pregunté: *¿Qué sería de toda América —acaso no se habría extinguido la llama hace mucho tiempo en el mar— sin el pulso firme de esta chica tan alta?*

MARGAUX

Este vídeo me recuerda mogollón a una vez que estaba en una fiesta, en Texas. Yo tenía unos trece años, y había una chica a la que dos tíos no paraban de incordiar. La pobre estaba más perdida que una cabra en un garaje.

SHEILA

Jo.

MARGAUX

Ojalá hubiera tenido un poquito de lo que tiene esta chica: su libertad, su descaro.

Pausa.

¿Sabes? Algunas veces me emociono cuando pienso en el autismo.

Me digo *¡Ay! Todos esos chavales autistas allí en Silicon Valley*… Y

se me ocurre que a lo mejor es un rasgo humano beneficioso.

Puede que sea maravilloso el…

SHEILA

¿… carecer de sentimientos?

MARGAUX

Carecer de una abrumadora empatía. A veces mis propios sentimientos de empatía me dejan paralizada. Y aún hay otro problema: la vergüenza. Tal vez mi deseo en la vida sea experimentar menos empatía y vergüenza.

A la mañana siguiente, pasamos varias horas en la playa, y luego nadamos tan mar adentro que un socorrista tuvo que venir en moto acuática y llamarnos la atención con el silbato para que volviéramos a la orilla, bajo la atenta mirada de todos los bañistas. Nos secamos en la arena y fuimos a ver la última feria del viaje, Art Basel; para

poder entrar hubimos de guardar cola y pagar veinte dólares. Nos plantamos en la atmósfera fría y cavernosa del palacio de congresos y cogimos un mapa a todo color para orientarnos por el lugar. Había quioscos de café por todas partes por si los visitantes se cansaban, y fue en Art Basel donde vimos a los mecenas más ricos y las obras de arte más caras. La feria la patrocinaba un banco. Se leía el siguiente mensaje en las banderolas que colgaban en el exterior del edificio y en los pasillos que daban a las librerías y a salas donde se celebraban las mesas redondas: **USB LES DA LA BIENVENIDA A ART**

BASEL MIAMI BEACH. Y debajo, una cita de Andy Warhol: **EL SENTIDO**

DE LA BELLEZA DE CADA UNO ES DISTINTO DEL DE TODOS LOS DEMÁS.

Le pregunté a Margaux qué creía que significaba la cita. Tras darle una ojeada, hizo un mohín: *Ah, ya. Dice: puedes ser rico y un completo ignorante del arte. Todos sois bienvenidos*.

Varias horas más tarde nos marchamos, cansadas ya del arte y de

pasar frío. Enfrente de la puerta principal, en el peldaño más bajo de un pequeño tramo de escaleras, había una mujer joven con la mirada perdida que iba desenredando un ovillo de cordel alrededor de su cuerpo y de la baranda. Nos detuvimos a mirarla, y luego continuamos por las calles, en donde cada casa estaba pintada de un color pastel diferente: rosa, amarillo, naranja, verde, azul.

Entonces oí que mi amiga decía con parsimonia:

—Me da igual el éxito. Yo lo llevo en el corazón.

Tras la puesta de sol, Margaux y yo nos dimos un paseo por las grandes tiendas bañadas de luz fluorescente. Nos compramos cada una un vestido amarillo y luego nos juntamos con Cappy, que estaba algo triste debido a sus negocios, y no por sus cuadros, como en otra época.

Los tres caminábamos junto a todas aquellas mujeres con faldas ajustadas, escotes, bronceadas, maquilladas, entaconadas, que se agarraban a sus novios grandotes y corpulentos para no perder el equilibrio.

Cappy nos hizo flanquear las puertas señoriales de un hotel lujoso, y fuimos a la parte trasera, donde había una piscina gigante y unas personas muy elegantes que comían salmón y filetes y bebían cantidad de vino. Nos sentamos en un murete a corta distancia de todo el mundo. Cappy y Margaux empezaron a decir que tenían hambre.

—Esperad —les dije muy entusiasmada; fingí entonces que era una camarera, retiré las bandejas olvidadas y las copas de los ricachones y se los serví a Margaux y a Cappy. Bebimos los restos de vino y nos comimos las sobras.

—¿Y qué, Margaux? —preguntó Cappy, con la boca llena—. ¿Se ha vendido algún cuadro?

—No lo sé —respondió—. No creo. Quizá. No he preguntado.

Después fuimos a dar un paseo por la playa y nos arrimamos a una pareja de viejos ricos para entablar conversación con ellos. La mujer empezó a contar que estaban pensando en comprar un grabado de Ruscha que costaba veintitrés mil dólares, pues acababan de cenar con el galerista que lo estaba vendiendo. Su colección incluía un Gerhard Richter, y les quedaba tan poco espacio en las paredes que cualquier cosa que compraran en Miami iba a acabar *rotando*.

MARGAUX

Los coleccionistas sólo saben decir eso.

CAPPY

Quitan uno y cuelgan otro nuevo.

MUJER

Sí, hacemos eso, pero no los vendemos.

SHEILA

Claro, porque le gustan mucho.

MUJER

Los vamos alternando.

MARGAUX

Pues yo creo que a los artistas les hace mucho bien venir y ver estas cosas.

MUJER

¿La evidencia de que hay mucho arte bueno?

MARGAUX

Y comprender que no tiene importancia.

MUJER

¿El qué no tiene importancia?

MARGAUX

Esto.

Durante la conversación, mi teléfono sonó y respondí. Me fallaron las piernas nada más reconocer aquella voz pastosa, y me aparté de mis amigos. *¿Lo estás pasando bien?* , me preguntó Israel. Le dije que sí. Intenté explicarle que estábamos charlando con una pareja acaudalada. *¿Te gustaría tener mi semen en la boca ahora mismo, mientras hablas con esos señorones? ¿A que estaría muy bien?* Sin saber qué otra cosa podía decir, balbucí: *Sí*. Cuando colgué el teléfono, establecí una regla nueva: que nunca jamás volvería a responder a sus

llamadas (o, al menos, no hasta que no hubiera acabado la obra de teatro; o sea, nunca).

Volví con Margaux y Cappy, y como estaba más perceptiva me fijé en que Margaux se dirigía a la señora rica con la misma cara que ponía cuando una persona no le transmitía nada: un gesto adusto de aburrimiento y desprecio que, sin duda, los ricos también captaban. Yo experimentaba miedo cada vez que veía aquella mirada, pues temía que algún día pudiera dirigirla a mí. Oí que la mujer decía que para ellos no resultaba *necesario* comprar, pero si veían algo que les gustaba poseían la *capacidad* de comprar, *si bien no es que tengamos tropecientos millones*.

A medida que nos alejábamos, Margaux dijo:

—Claro, tiene tanto dinero que se ve obligada a usar una cantidad de dinero que no existe para explicar el dinero que *no* tiene.

Me hacía falta otra copa, así que volvimos al hotel a beber. Allí, les propuse que nos desnudáramos y nos metiéramos en la piscina.

Nos quedamos en ropa interior y nos tiramos al agua. Eramos los únicos que se bañaban. Un cuarto de hora más tarde nos cansamos y le hice señas a un hombre que estaba sentado por allí cerca.

¡Necesitamos toallas! , grité, y entonces el hombre llamó con la mano a un empleado del hotel y nos consiguió tres toallas mulliditas.

Fuimos nadando al bordillo y le dimos las gracias al salir. El hombre sonrió y respondió: *No hay de qué*. ¡Era Keanu Reeves! Margaux se alejó discretamente, pero yo me hice la remolona y estuve charlando un poco con él. Luego, Margaux y yo nos marchamos.

Margaux se va avergonzando cada vez más a medida que se alejan.

MARGAUX

¡Dios! Ojalá, ¡ojalá nos hubiéramos encontrado con un famoso mucho más pedorro! ¡Ojalá hubiéramos visto a un famoso a quien yo no defienda en público! ¡Pero es que me gusta cómo trabaja! Mis referentes son, qué sé yo… Werner Herzog, Laurie Anderson, Gertrude Stein, ¡y Keanu Reeves!

SHEILA

¿¿¿En serio???

MARGAUX

¡Que sí! ¡Arg! Ojalá todas las personas que me caen bien fueran o mis mejores amigos o unos completos extraños. Que es lo que son, claro está, pero…

Paramos un taxi para las seis manzanas que nos separaban del hotel, y subimos a nuestra habitación en el ascensor. En tres horas tendríamos que levantarnos para coger el vuelo de vuelta. Me acerqué al lavabo para intentar quitarle las manchas de vino tinto a mi vestido blanco preferido y me puse a parlotear animadamente.

SHEILA

¡Qué contenta estoy de que todo el mundo se haya puesto celoso de lo bien que lo pasábamos en la piscina!

MARGAUX

¿Cómo? ¡Pero eso es un disparate! Para mí, la diversión era sólo por y para nosotros. No tenía ni idea de que nos estuvieran prestando atención.

SHEILA

Yo lo que digo es que si estás cerca de una piscina, y hay gente bañándose, pero tú no te estás bañando, querrás hacer lo mismo que los que sí se están bañando. Es una reacción natural.

Sheila se mete en la cama que ambas comparten.

MARGAUX

Je, je. No llevas bragas.

SHEILA

No me importa. No tengo manías.

MARGAUX

Pensé que igual no lo sabías.

SHEILA

Me hago cargo.

Me dormí inmediatamente y se me olvidó apagar la grabadora. Diez minutos más tarde se oye la voz de Margaux preguntándome:

¿Estás despierta? No lo estaba, pero emití un leve gruñido para manifestar que sí. Entonces dice Margaux, muy suavemente, quizá medio dormida ella también: *No sé si es un sueño o un muchacho que conozco de Texas; es un chico negro, simpático, despierto, y no… lo único que quería… odiaba jugar al fútbol, pero le encantaba cuando ganábamos. Y hacía camisetas con las fechas de nuestras victorias… y hacía de todo para conmemorar las fechas de nuestras victorias*.

Tras un silencio de veinte segundos, volvió a hablar: *En realidad no le interesaba nada el fútbol*.

Y, después de treinta segundos: *Por eso todo el mundo se enfadaba con él*.

Luego, Margaux se quedó dormida, y al cabo de varios minutos la grabadora se apagó sola.

Capítulo 10

DOS VESTIDOS

Una semana más tarde, ya en Toronto, Sheila recibe un email de Margaux…

1. Sé que a veces me puedo tomar las cosas muy a pecho, y que ahora mismo estás pasando por un período delicado, y que esto no es que tenga mucha importancia, pero quería decirte que en miami me chocó mucho que te compraras el mismo vestido amarillo que yo.

2. me sorprendió que, después de haber mirado mil vestidos para ti (el primero de los cuales fue el amarillo), dijeras que tú también te llevabas ése.

3. te sugerí que te lo probaras porque pensé que solamente había una talla, pero cuando dijiste que te lo comprabas también no supe qué pensar ni qué decir.

4. me parece bastante de cajón que una no se compre el mismo vestido que se va a comprar una amiga, pero traté de convencerme de que quizá no tenía nada de malo; tú me entiendes, intenté enfocarlo de forma positiva, de ahí que dijera «nos los pondremos en nuestro videoclip».

5. y cuando comentaste que nunca te lo pondrías en toronto, sino que lo dejarías para cuando estuvieras en otro lugar, me pareció más o menos razonable.

6. pero no del todo, ya que —claro está— solamente existimos en imágenes.

7. debí haberme mostrado más clara en la tienda acerca de la incomodidad que me causaba, o directamente no comprarme el vestido.

8. me hace mucha falta una parcela de identidad propia. es muy sencillo y beneficioso para la mente.

9. me desharé del vestido, porque me pongo un poco triste cada vez que lo veo.

10. no hace falta que contestes a este correo.

Y, dolida e impresionada, no respondí.

INTERLUDIO PARA FOLLAR

Esa misma mañana, cuando empecé a vestirme, me abroché un sujetador rosa de encaje que me levantaba el pecho y saqué del cajón unas braguitas rosa muy bonitas. Las bragas combinaban de maravilla con el sostén, lo cual me hizo sonreír; pero entonces pensé: *No, un momento. Israel dijo que quería quedar mañana: guarda las bragas rosa para mañana*. Vacilé un momento, pero al final opté por ponérmelas, puesto que no tenía intención de quedar con Israel: ni al día siguiente, ni ningún otro día. Jamás permitiría que me viera las bragas, y no quería perder de vista aquel propósito.

Fueron pasando las horas, y en torno al mediodía recibí una llamada. Israel me había mandado un email después de hablar conmigo en Miami en el que decía que me llamaría el sábado para hacer planes. Yo no le había contestado. Como era viernes, tardé un poco en percatarme de que era él. Comprendí entonces que había estado pensando en mí y que tenía ganas de verme. El corazón empezó a latirme más deprisa. No sabía qué hacer, de modo que le dije que lo llamaría más tarde. Colgué, y aunque había perdido el apetito me obligué a comer una pieza más de sushi; luego, pagué a la joven camarera y me fui. Empecé a caminar en dirección sur, hacia donde estaba mi casa, pero también hacia la suya, que quedaba de camino.

Apenas un rato antes, en el restaurante japonés, había estado

hojeando el *I Ching*, que me había comprado justo antes de ir a almorzar. Esperaba que aquel libro me enseñara algo sobre cómo ser, y de manera aleatoria había abierto una página que rezaba:

«**RENUNCIA**: la retirada voluntaria trae buena fortuna al hombre superior, y perdición al hombre inferior».

Durante la caminata estuve pensándolo: el libro estaba en lo cierto. La única manera de ser fiel a mi ideal de castidad y por lo tanto de acabar mi obra sería retirarme. Llamaría a Israel y le diría que no podía quedar con él hasta el mes de julio, al cabo de siete meses, que era cuando creía que la tendría terminada; entonces estaría lista para poner fin a mi castidad y volver a pensar en hombres. Sonreí, aliviada por aquel propósito. Me di cuenta entonces de que hacía un precioso día de invierno y de que todo estaba cubierto de una capa de nieve blanca y delicada. Mi decisión me puso de buen humor. No necesitaba a ningún hombre.

Con renovadas energías, segura y regocijada, le devolví la llamada. Le dije que no podría quedar con él al día siguiente, pero que nos veríamos en julio, cuando yo hubiera acabado. Le expliqué todo mientras caminaba. Le conté que me había calado hondo, que me gustaba de veras, pero que esos sentimientos no cuadraban con mis planes. Si nos veíamos yo me involucraría mucho más, por eso debía resistirme. Nunca antes me había dirigido a un hombre de ese modo, admitiendo absolutamente todo.

Hablé con tranquilidad y franqueza hasta que él dijo:

—Es lo más pretencioso que he escuchado en mi vida. ¿Acaso no crees en el presente? ¿Quién sabe dónde estaremos en julio?

Comprendí de golpe lo que quería decir. Si no lo veía ese día, en julio estaría con otra chica. Quizá con la chica con quien se casaría.

—Está bien —cedí—. Mañana por la noche no puedo, pero podríamos quedar ahora mismo, para dar una vuelta.

Se alegró. Acordamos el lugar de nuestro encuentro, y ensayé mentalmente lo que diría al verlo: *Lo siento, pero todas las señales apuntan a la renuncia*. Sin embargo, sólo fui capaz de sonreír cuando tuve delante sus pestañas oscuras y tupidas, sus ojazos marrones, su esbeltez, sus labios rosados. La renuncia, ni la menté.

Nos tiramos tres o cuatro horas paseando, siempre en dirección al lago. Cuando nos cruzamos con un grupo de colegiales, un niño

pequeño tropezó con él y se apartó de un salto, asustado; Israel levantó las manos y se echó a reír. Yo me dije: *Es un buen hombre*.

Me contó que a lo largo del último año había pensado en mí con frecuencia. Un amigo suyo tenía alquilado un taller en la segunda planta del edificio de Katharine, justo al lado del que Margaux y yo compartíamos. Cuando quedaba allí con él, a veces nos veía trabajando en silencio. Me dijo:

—Pensaba en agarrar las flores que tenías en el escritorio, metértelas en la boca, subirte en la mesa y echarte un polvo.

No eran flores, sino hojas de menta (regalo de Margaux), pero no lo corregí.

Nos metimos en un callejón, y con una mano me agarró por la cintura mientras con la otra tiraba de la cinturilla de mis vaqueros, ligeramente, como para echar un vistazo.

—Bonitas bragas —dijo.

Está bien, Israel, córrete en mi boca. Y no permitas que me la lave: así, cuando hable con esa gente llevaré tu semen por toda la boca, y cuando les sonría te saborearé. Será lo que tú querías: yo paladeando tu semen y tartamudeando. Y si ves algo que no te gusta, puedes corregirme luego. Puedes agarrarme y apretarme el cuello, y presionar hasta que sientas la carne suave del fondo de la garganta y se me salten las lágrimas, igual que cada vez que me clavas la polla hasta el fondo de la garganta, como nunca antes me la habían clavado. A mí nunca se me habían saltado las lágrimas.

Aunque oigas mis arcadas, tú no pares. Es tu despreocupación la que me hace desear que hagas lo que quieras con mi cuerpo, que puede ser entero para ti y en cambio el tuyo no puede ser mío.

Entiendo que tu cuerpo deben gozarlo varias mujeres, y aunque durante un tiempo pensé lo mismo del mío (que mi cuerpo debía ser

para todo aquel que me deseara), mientras sigas follándome no le daré importancia. No me gustaría que malgastaras tus corridas con una sola chica, no cuando existen tantas chicas que recibirían con gusto tus desinteresados embates. Trajínate a tantas zorras como te apetezca trajinarte. Un día me encontrarás en nuestro hogar, cocinando o haciéndote la colada, como desees, lavando la ropa interior que alguna chica habrá guarreado mientras estabas fuera.

Te prepararé y serviré la comida, te dejaré a solas para que pintes y yo me iré a mi cuarto. Y por las mañanas, al despertar, puedes mirar hacia abajo y tocarte la polla. Está dura. ¿Me necesitarás? No tienes más que decirlo, como la primera vez que me desperté en tu cama: *Me gusta que me chupen la polla por la mañana*.

Está bien, Israel. Me la meteré en la boca. Tú cierra los ojos.

Cumpliré con mi cometido matinal.

No sé qué hacéis todas en las bibliotecas cuando podríais estar siendo folladas por Israel. Ignoro por qué leéis libros cuando Israel podría estar horadándoos, escupiéndoos, golpeándoos contra el cabecero de la cama (la cabeza pega contra el cabecero a cada empellón). ¿Qué hacéis leyendo? No entiendo ese rollo de leer cuando aún hay tanto por follar.

El comienzo es siempre el mismo, muy sencillo: te metes en la cama. Pero en lugar de tener un libro en la mano está Israel contigo, de modo que antes de que te des cuenta su piel suave descansa sobre la tuya, y sus manos se posan en tu piel como si fuera tu propia piel —no como una piel ajena, sino tu propia piel moviéndose desde dentro—.

¿Qué interés tiene el libro, a ver? ¿Qué es eso tan importante que tienes que aprender esta noche cuando podrías estar aprendiendo a comerle la polla a Israel? ¿Sobre qué tienes que reflexionar, si podrías perfectamente dejarte machacar el cerebro contra el cabecero de la cama, y en ese caso no hay manera de pensar en nada?

No entiendo a qué viene tanto entusiasmo, acurrucada con tu librito, so rata de biblioteca, cuando en vez de eso Israel podría estar hincándote la polla y dándote tu merecido; te inmovilizaría los brazos, te sostendría la cara para que él pudiera verla, te metería la mano en la boca y te reventaría a pollazos.

No entiendo cómo puedes ir por la calle tan tranquila sin darte cuenta de que estás viviendo la vida a medias, ni cómo te puedes acercar a la barra a pedir un sándwich de atún como si no existiera nada más en este mundo, cuando no existe más que *una* cosa en este mundo en la que pensar ahora mismo, y es que Israel no te la está clavando hasta el fondo. ¿No te parece eso un problema, pedazo de puta descerebrada?

Lo digo porque te estaba observando y he pensado: *Esta puta zorra imbécil e ignorante necesita que Israel la reviente a pollazos.*

Él nunca ha llegado al fondo de esa gargantita. No podía pensar en otra

cosa cuando te he visto pidiendo un sándwich. ¿De *atún*, damisela? ¿Acaso no tienes dignidad? ¿Tienes medio cuerpo amputado? ¿O es que es imposible tener algo de dignidad salvo si eres dolorosamente follada con nocturnidad por Israel?

Si te apetece llamar a tu madre, anda, ve, llámala. Brilla el sol, son las doce y media: si vas a llorar, que sea ahora. Da saludos de mi parte y dile que creo que su hija es una gilipollas de mierda por pensar que puede pasearse por el mundo exhibiendo su gazmoñería como si fuera una reina en su trono cuando nunca ha conocido la humillación de ser follada por Israel.

Por la tarde. Por la noche. Todo el mundo se va a dormir, excepto Israel, que es un hombre trabajador; esta semana el sueño no quiere saber nada de él; sus horas de sueño están siendo rajadas y degolladas.

Debo reconocer el mérito de todos los tenderos de la ciudad, de los floristas, de los reposteros, de todos los que están en el parqué de la Bolsa con sus ordenadores y sus cintillas de teletipos (las secretarias, los oficinistas que en su pausa del almuerzo se sientan

a comer en lóbregos centros comerciales bajo tierra unos mugrientos fideos chinos o unos mugrientos sándwiches de jamón y queso); esa gente no es dichosa, no folla, no posee nada más que la desdicha de no haber sido follada por Israel.

Ahora es domingo para todas vosotras, cabronas solitarias, pero para mí siempre es domingo por la tarde. Para mí ya sólo existen los domingos a las tres de la tarde; y hasta la medianoche es tan agradable como un paseo, con todo el placer que cabe en ser apaleada y golpeada por Israel. Ay, pobres cabronas solitarias por cuyas vidas yo no había llorado hasta ahora, de cuyo dolor no me había compadecido hasta ahora, cuya tristeza no había considerado hasta ahora. Disfrutad cuanto podáis de una vida sin la magnífica polla de Israel.

Y entonces el amor, que no se puede evitar, se cuela en la pulsión de muerte. La pulsión de muerte busca consuelo y conocimiento del futuro. Anhela la respuesta final y teme a la vida. Está hastiada de la vida. Está hastiada de la autosuficiencia, de seguir con su propósito, del continuo cambiar de las energías del yo. Quiere formar parte de la inconsciencia de otra persona, y su corazón le echa una carrera a la aniquilación. Renuncia y se niega a renunciar en igual medida.

Los precipicios son los amigos de la pulsión de muerte, sobre todo los

precipicios que dan a parar a otra persona. Desea una mutua caída en picado al núcleo, el uno al del otro, como un sesenta y nueve. Tiene la ilusión de sacarte de tu trayectoria, como un coche que se sumerge en el centro de la tierra. Pugna por el amor, la aniquilación, la comodidad, y la muerte. *¡Ahora está claro el futuro!* , pregona. Quiere arrastrarte.

Pero si te quedas muy quieto puede que descubras que deseas quedarte ahí, en la cama, a su lado, y no por la pulsión de muerte sino por otro motivo: es porque disfrutas contemplando su preciosa habitación de paredes verdes, y porque te sientes viva. Entra el sol acompañado de una brisa, y en la pared hay dibujos clavados con

chinchetas blancas y verdes y amarillas y azules, y ya no te importa tanto el hombre que yace a tu lado en la cama como la habitación,

¡qué habitación!

Luego, cuando el corazón se te hunde de nuevo, lo hace desde la pulsión de muerte, como una culebra que repta acechante —

aunque en otra dirección, esta vez—; creías haber cerrado todos los apeaderos pero se te olvidó éste. Te dejaste éste, y la culebra se ha colado por ahí. Es la muerte que se acerca, disfrazada de vida, y bendito es el hombre que ve la pulsión de muerte en la mujer.

Bendito aquel que se marcha por la mañana sin promesas de amor.

Y bendita la mujer que se responde a sí misma: ¿y qué pasa con *la vida*? ¿Qué es lo que quieres de *la vida*?

Por la mañana se levantaba de la cama y se iba. Nunca percibí sentimentalismo alguno en su mirada. Con qué lentitud se enrollaba las mangas de la camisa… Cuando me fijaba en el cuidado que ponía al vestirse, y en los calzoncillos que le sobresalían por encima de la cinturilla del pantalón, sabía que jamás sería mío: aquel desenfado para vestirse ante una mujer, lenta y pausadamente, prestándole tanta atención al más mínimo gesto de acicalamiento…

Aunque me dijo que un hombre nunca debe vestir mejor que la mujer con la que está.

Israel, si algún día quieres un hijo, no quiero hablar del tema. No quiero sentarme en torno a una mesa a analizar, especular y planear. Sujétame y no saques la polla cuando te corras. Hazlo tantas veces como quieras hasta lograrlo. Lo dejo a tu criterio. Yo no te voy a pedir

hijos ni te voy a decir que no estoy preparada.

Inyéctamelo cuando creas que ha llegado el momento. Ya sabes que mis piernas están siempre abiertas, quieras lo que quieras de mí. No montaré ningún escándalo ni me quejaré; pero, te lo ruego, nada de conversaciones, nada de súplicas, nada de plantearnos preguntas. Fecúndame como a un animal, porque eso es lo que soy.

Cuando llegue la hora, inyéctamelo. Puede que una noche te den ganas, después de apagar el cigarrillo. Quizá aparezca como una idea vaga, desdibujada, y quieras probar a ver. Pues prueba conmigo, cólmame de esperma. No rechistaré.

Me es indiferente lo que me hagas, siempre y cuando sea tan bueno como aquellas tres veces. Me es indiferente que me conviertas en una puerca a la que llevas por la casa con una correa, que me fustigues con nocturnidad, que arrojes mi cuerpo a la cama o me tires de ella. Si quieres que mi coño acoja tu semen, o convertirme en un animal que lo pueda recibir, estaré dispuesta a ser de esas que entienden de astrología. Seré la golfa más imbécil que hayas conocido; lo olvidaré todo con tal de besar la punta de lo poquito que me das, si así lo quieres. Y si no quieres, será la punta de tu polla lo que besaré cuando me la aprietes contra los labios. No me importa. Tú duerme, que yo dejaré de dormir sin fatigarme si así es como tu polla decide que sea. Será lo que tu polla quiera.

Me contaste que le dijiste a Alexei, después de que te contara que se había enrollado conmigo, *Tendrías que follártela*. Préstame, pues; a Alexei o a cualquiera de tus amigos. Follaré con ellos como folio contigo, y entretanto pensaré en ti: en tu cuerpo, en la grandeza que hay en ti y que me obliga a hacer tales cosas. Y lameré las huellas que dejes, dondequiera que las dejes. Tú llámame. Allí estaré yo para limpiar todo con mi pelambrera.

Todas las ventanas de la cocina están iluminadas ahora con la luz del exterior, donde estás tú, Israel, mientras yo estoy dentro, al teléfono, para que esta noche me veas con tres tipos mientras fumas en la silla que pusiste en la esquina del cuarto y que solamente abandonarás para agacharte y ver lo que pasa entre mis piernas. Echame el humo en el coño, así podré saborearlo con mi chochito casquivano (casquivano por ti). Haré lo que quieras que haga, y lo que no quiera hacer lo haré también, y lo haré con ganas.

Hoy la luz penetraba por las ventanas con tal belleza que no sabía si lo que estaba viendo era la luz de la luna o la del sol. Allí me quedé,

lavando platos y quebrándolos contra mis muñecas y manos como la sufridora esposa de un gran poeta, cosa que no eres.

Quieres cambiarme ahora por la soledad feliz de tu masculinidad; es tu necesidad de no conformarte con ninguna mujer.

En tus propias palabras: «He acabado aprendiendo a no necesitar a ninguna mujer».

Que mis pechos no te satisfagan, entonces. Que mi coño te aburra soberanamente, tanto que ningún otro coño del mundo consiga sacarte del hastío que te asalta cuando piensas en el mío.

TERCER ACTO

Capítulo 1

DOS ARAÑAS

Margaux se plantó en mi puerta una mañana, ya tarde, llamando muy fuerte. Me levanté, agotada, y fui a abrir. Me dijo:

—¡No puedes quedarte callada sin más después del correo que te mandé!

—Pensé que no querrías volver a saber nada de mí —expliqué.

—¡Que esté enfadada no significa que todo haya terminado!

Habían pasado semanas desde la última vez que estuvimos juntas, y yo no tenía ninguna certeza de que fuéramos a vernos más. Entró en casa y me vestí delante de ella. Yo quería dar explicaciones, pero no había nada que decir. No se me pasó por la cabeza que el hecho de comprarme aquel vestido pudiera enfadarla. Además, sabía que si pronunciaba una sola palabra me echaría a llorar, como me había sucedido toda la vida cada vez que había que tratar un asunto delicado. Siempre me había dado mucho miedo; desde niña, experimentaba la amenaza de que en cualquier momento una relación podría desaparecer de un plumazo por culpa de cualquier cosa que yo dijera o hiciera.

Allí, en mi piso cutre, me sentía como si estuviéramos juntas tras la Caída, expulsadas del Jardín del Edén. Siempre me imaginaba una época dorada —el período que precede a la Caída— entre cualquier persona y yo antes de que la otra persona supiera de mi fealdad. A partir de esa revelación me sentía irremediablemente incómoda,

cuando se anulaba la posibilidad de apelar a su total confianza y admiración, a aquella inocencia precoz y natural.

Pero Margaux estaba en mi sala de estar, y un rayo de esperanza me atravesó: me perdonaría por haber comprado el vestido. ¿Para qué si no había venido? Me senté frente a ella en el silloncito verde y me quedé callada varios minutos, hasta que le pregunté, procurando no ponerme a llorar, por qué le había molestado tanto que me comprara el mismo vestido que ella. Miró por la ventana, soltó un gran suspiro, estuvo un momento cavilando y por fin habló.

—¿Te acuerdas del hotel donde nos quedamos en Miami?

—Claro.

Me preguntó si me acordaba de que, la primera noche, yo había visto una araña en la pared del baño. Se me había olvidado, pero entonces lo recordé vagamente.

—Bien, pues fuiste al baño y viste aquel bicho. Y yo te dije:

¿Quieres que la tire por la ventana? Pero tú dijiste: *No, vamos a quedárnosla. Las arañas son buenas*. Por mí la habríamos sacado de la habitación, pero tú te empeñaste en que no; aunque estuvimos de acuerdo en que no queríamos que acabara en nuestra cama, así que quedamos en mantener la puerta del baño cerrada todo el tiempo. De ese modo, la araña permanecería en el baño y no llegaría hasta nuestra cama, lo cual habría sido muy repugnante.

»Total, que no tardaste en cogerle cariño. Por ejemplo, cada vez que ibas al baño la buscabas, y cuando la tenías localizada te dirigías a ella. Unas veces estaba en la bañera, otras en el techo, o en la cortina de la ducha. Luego, cuando te ibas, te despedías y cerrabas la puerta. Al final le cogiste bastante cariño.

—Se convirtió en una especie de mascota —convine—. Me acuerdo, sí.

—No era algo que pudieras controlar, pero sí querer. Pero si el bicho hubiera salido del baño e invadido la habitación, ya no te habría gustado tanto. Sin embargo, gracias a que estaba en el baño podías quererla. El hecho de mantenerla allí era señal de que la querías.

—Sí.

—Entonces, la última noche, estábamos tan bebidas que se nos olvidó cerrar la puerta del baño; por la mañana te despertaste con la araña al

lado de las piernas y, sin pensártelo dos veces, la aplastaste con la mano.

—Me acuerdo —reconocí, incómoda.

—Bueno, pues comprarte el mismo vestido que yo es más o menos igual. Yo me estoy sacrificando mucho, con lo de que me grabes y eso, pero… Barreras, Sheila. Límites. Los necesitamos. Te permiten querer a las personas. Sin ellos, acabarías matándolas.

Capítulo 2

DEAMBULANDO POR LA CIUDAD BAJO LOS EFECTOS DE LA DROGA

El mundo está compuesto de poetas y retrasados, y todo el mundo es poeta, y todo el mundo es retrasado. El otro día tuve un lapsus y en lugar de decir que quería tener espectadores dije que quería tener espectadioses.

Un hombre entró atropelladamente en un bar y empezó a estampar contra el suelo las jarras de cerveza. El camarero intentó detenerlo, al igual que los clientes que estaban allí bebiendo, pero el tipo era muy violento. La ira que acumulaba dentro de sí dominó a todos los demás, que estaban temerosos. Al final, exhausto, el hombre se dejó caer en una silla.

Dijo *Basta*. Se puso de pie y, tambaleándose, se dijo a sí mismo por lo bajini: *Basta, basta, basta*. La gente, muy tensa, formaba un círculo a su alrededor. Se quedó quieto, vaciló un poco y luego alzó la vista hacia el techo de madera, bajo y oscuro. Lo habría tocado, de haber levantado los brazos. Ya habían llamado a la policía.

¿Llegarían los agentes antes de tiempo, antes de que el hombre pudiera decir algo? Levantó la cabeza. *Quiero decir una cosa*, anunció. *Tengo una cosa que decir. El hombre que ama a Dios ama la libertad. El resto… sólo aman las normas*.

¡Milton! Eso es lo que había estado leyendo aquella mañana, o la víspera, o antes de irse de farra. En eso, llegaron los policías y lo esposaron. En una esquina, una chica rubia lloraba del susto que

había pasado. Un hombre la estaba consolando. Habló uno de los agentes:

—¿Alguno de los presentes conoce a Milton? ¿Alguien ha leído a Milton?

Ryan dijo:

—Yo leí la introducción de uno de sus libros. Sólo leo las introducciones; que es donde está la información, donde reside todo el interés.

Yo tenía ganas de vomitar. El alboroto me había provocado náuseas, y para colmo aquel local tenía fama de rellenar los tanques de cerveza en la trastienda con los restos de jarras y vasos.

Ryan y yo nos habíamos inscrito en un curso de *clown*. Yo estaba emocionadísima. Puesto que los mejores artistas saben distinguir la diversión, me dije que si yo iba a una escuela de *clown* sabría identificarla también.

El curso lo impartían tres antiguos payasos, porque se había apuntado mucha gente. Tuvieron que contratar a dos más para que todos recibiéramos la atención necesaria. Ryan estaba frente a mí con la cara pintada de blanco (se la había pintado yo), mientras le ponía carmín en los labios. Los demás alumnos nos sacaban mucha ventaja. Ya habían pasado a maquillar al compañero, de modo que la mitad de los alumnos estaban del todo maquillados mientras que la otra mitad tenían ya la cara pintada de blanco. Yo ni siquiera había empezado con los mofletes de Ryan. Los dos estábamos cada vez más preocupados. Me fijé en que Ryan tiraba con nerviosismo del papel absorbente que le había colocado en el cuello de la camiseta.

—Recuerdo que en la guardería me decían que no hablara tanto

—le dije—. Mi maestra me llamaba charlatana.

—Vaya —exclamó Ryan—. Yo no tengo anécdotas traumáticas como ésa.

Les estaba diciendo que la vida es como una pelea en un garito en la que un *cowboy* te dispara a los pies. Estábamos Ryan, yo, y una chica pelirroja del curso. Íbamos caminando por la nieve mugrienta, una nieve que se había echado a perder al cabo de tres meses de coches y orines de perro. En ese momento me sentí como si hubiera errado al comprender todo. ¿Cuál *sería* el castigo designado por concebir las cosas erróneamente? ¡La vida no es como bailar al son de los disparos de un *cowboy*!

—¡Chicos! —exclamé—. ¡La vida no es como bailar en medio de una riña en un garito al son de los disparos de un *cowboy*!

A la mañana siguiente desperté dando las gracias por no estar colocada. Voy a dejar de fumar hierba porque me vuelve una paranoica. Pero me mantendré cerca de Dios porque me vuelve paranoica.

Margaux y yo pusimos fin a nuestra austeridad a base de drogas.

Una buena noche de alcohol y porros, o una noche metiéndonos coca, y al día siguiente, lejos de estar resacosas, nuestros cerebros despertaban despejados y apaciguados. Como si nos hubieran reiniciado las entrañas.

Margaux pintó los mejores cuadros de su carrera cuando habíamos pasado ocho horas seguidas bebiendo la víspera. Se despertaba a las nueve, se levantaba, se metía en el taller sin titubear y se ponía a pintar. Yo me levantaba y hacía limpieza en profundidad; hasta lavaba las paredes a mano. No sentíamos la necesidad de llamarnos, y eso que normalmente Margaux y yo hablábamos como poco una vez al día, para darnos aliento.

No tardamos en acostumbrarnos a quedar en el Lot 16 varias veces a la semana para tomar una cerveza; luego, nos apetecía continuar y llamábamos a alguien para que nos consiguiera coca; poco después, todas las noches nos apetecía relajarnos de esa forma tras una dura jornada de trabajo, pero al día siguiente siempre

nos despertábamos frescas y trabajábamos mejor que si no hubiéramos desfasado la noche anterior. Durante todo ese tiempo nos poníamos hasta el culo con total tranquilidad, nos levantábamos con las entrañas reiniciadas, y no nos llamábamos hasta que caía la noche; entonces, alguna de las dos preguntaba a la otra si quería tomarse un descanso, como si fuera la primera vez. *Sí.* De día, austeridad. De noche, inconsciencia. De día, de noche. De día, de noche. Y así fueron transcurriendo los días y las noches, como cuando uno se pasa una pelotita de una mano a otra.

En un momento dado, Ryan trató de hablar con nosotras.

—Nadie quiere ser amigo vuestro, y cuando os ven, os evitan.

Sheila, ya nunca vienes a las clases de *clown*.

—A la mierda el curso de *clown* —respondí, al tiempo que daba un

puntapié en la acera.

Seguíamos nuestros instintos, como siempre habíamos hecho.

Quería coger una tubería enorme e hincársela a alguien en el cuello.

Quería ver un cuerpo desplomándose hacia atrás, y admirar cómo brotaba de la garganta un chorro de sangre muy roja, como al salir del caño de una fuente. Drogas psicoanalíticas.

A pesar del frío, nos pateábamos la ciudad de noche. Ora en una dirección, ora en la contraria. Siempre cambiábamos de rumbo.

¿Nos metemos en esta callejuela? Vale. ¿Te parece que la recorramos de nuevo? Venga. Pero acabamos de cruzarla. No pasa nada, pasaremos por ella otra vez. La cruzábamos y la volvíamos a cruzar, una y otra vez. *Como sigamos paseando por esta callejuela, vamos a acabar dejando un surco. Me da igual, prefiero ir de un lado a otro antes que dirigirme a alguna parte*. Una y otra vez, una y otra vez. Luego, por las mañanas Margaux pintaba y yo lavaba las paredes.

Cada vez hacía más frío. Nos decíamos que aquéllos eran los días más felices de nuestra vida. Yo nunca había tenido una rutina,

ni Margaux había seguido un método que le funcionara tan bien. Por las mañanas, las ventanas tenían escarcha. Yo iba al salón de belleza. En todas partes reinaba la belleza.

La parte teórica de las clases tenía lugar en un aula de la universidad cuyos pupitres formaban una gradería como de anfiteatro. Todos nos sentábamos en penumbra con las botas que nos habían servido para surcar la nieve, de modo que al final de la conferencia se habían formado bajo nuestros pies unos charquitos de nieve medio derretida. Cuando cogíamos los pesados abrigos al final de la clase, procurábamos que las mangas no arrastraran y se mojaran en el charco de nieve y barro. Yo me dejaba puesto el abrigo, y la luz era tan tenue que apenas si conseguía ver la página que tenía delante. Ante nosotros se proyectaba la diapositiva de un hombre en lo alto de una montaña, obra de Caspar David Friedrich.

El micrófono amplificaba la voz de la profesora. *En el siglo diecinueve…*

El siglo diecinueve, pensaba yo, riendo con disimulo

…los artistas se veían constreñidos por la idea de lo sublime, que era la expresión más elevada de la armonía entre el hombre y la naturaleza. Al

contemplar la naturaleza, una persona como este hombre en la montaña recibiría la inspiración a través de la majestuosidad de la creación de Dios, sometido y al mismo tiempo elevado por ella puesto que, en su papel de testigo y observador, posee una relación privilegiada con el conjunto de la creación; se ve sometido y elevado, y la admira desde lejos. A través de la contemplación de la naturaleza, el hombre conquistaba la experiencia de lo sublime, de modo que en los cuadros de esta época…

Nueva diapositiva.

…es recurrente este tema; la belleza y el poder abrumador e indomeñable de la naturaleza, y el testigo de todo ello en alguna

zona del cuadro: un trasunto del espectador y del propio pintor. Sin la presencia de un observador de la escena…

¡Sí! ¡Justo! ¡No es una representación de lo sublime! De repente comprendí aquellos paseos —los míos con Margaux— por las callejuelas que recorríamos una y otra vez bajo los efectos de nuestras drogas.

—No hay nada de sublime en eso —me dijo Margaux.

Ahora también pintaba de noche, y cuando la llamaba para proponerle que se tomara un descanso y saliera conmigo a beber, rehusaba. La única noche que accedió a salir llegó a decirme que solamente estaría una hora. Cuando traté de explicarle lo que había aprendido en clase acerca de lo sublime, juzgó que no tenía nada que ver con nosotras ni con el motivo por el que nos dábamos a las drogas.

—Nos gusta la droga precisamente por lo contrario —afirmó—: por la sensación de nulidad. No por el deslumbrante poder del universo.

—¡No, no! Lo consumimos. Ese deslumbrante poder del universo nos lo tragamos, lo metemos dentro de nosotras. No nos da por otear desde lo alto de una cordillera porque no hay cordilleras en esta ciudad.

—Eso no significa que estemos intentando meter la cordillera dentro de nosotras para poder sentir el poder de ser testigo de una cadena montañosa, como en el cuadro de Friedrich.

—Es justamente así —le aseguré, mirándola de hito en hito.

Margaux negó con la cabeza. Yo afirmé con la mía.

—Estoy convencida —dije.

Y ella negó con la cabeza.

No se veían ni árboles ni montañas desde donde vivíamos. Cuando mirábamos por la ventana veíamos coches, veíamos gente, veíamos semáforos y edificios iguales que el nuestro. Una vez vino el pasado

a saludar, y dos policías montados a lomos de sus caballos cruzaron la calle donde yo vivía; me despertó el sonido de los cascos sobre la calzada. Me erguí en la cama y miré por la ventana. Entonces se aproximó un coche, los policías tiraron de las riendas de sus caballos y éstos se detuvieron; los agentes y sus jamelgos esperaron pacientemente a que pasara el automóvil, mientras uno de los caballos meneaba la cola.

Me gustaba quedarme allí en plena noche, observando la nieve que se arremolinaba bajo las farolas. Se me antojaba como la armonía entre el hombre y la naturaleza, como si nosotros hubiéramos creado esas farolas y la naturaleza hubiera aportado aquella nieve tempestuosa.

No envidiaba a las adolescentes que lucían vaqueros ajustados y unos culos redonditos que asomaban por debajo de sus abultados anoraks. Caminaban por la nieve acompañadas de sus amigas, todas vestidas igual, con las melenas cayéndoles sobre los hombros y cargadas con bolsas de tiendas. Las examinaba como habría hecho con un gamo o con cualquier fenómeno de la naturaleza: algo que no había sido creado específicamente para agradarme, pero que igualmente me complacía.

En medio de la noche permanecía despierta, miraba el techo y, creyendo haber oído el sonido de los cascos, me daba la vuelta para mirar por la ventana; pero los caballos nunca más volvieron a pasar.

Me acordé de aquel tipo que entró en el bar y estampó los vasos contra el suelo. *La libertad es el libre albedrío, y las normas son el libre albedrío a expensas de Dios. El hombre no puede hacer nada que esté en su mano para lograr su propia libertad. Lo que sí puede es manifestar, mediante el derrocamiento de sus ídolos, su inclinación a ser liberado, de modo que la Palabra de Dios circule libremente en la sociedad humana*. Quise hablar de eso con Ryan, pero fui a su piso, y no había nadie. Decidí entonces ir al Communist's Daughter a sentarme en su pequeña barra. Algo me

decía que el tipo que rompía botellas era el héroe. Percibía algo inmutable en su núcleo; tal vez no se tratara de nada digno de

admiración, pero sí de algo fuerte, estable y firme.

Caminaba y era consciente de que el planeta iba girando a gran velocidad, pero que no por ello las cosas cambiaban de lugar ni perdían un ápice de su solidez y firmeza aparentes. Si la tierra no girara sobre su propio eje, las cosas habrían sido muy distintas.

Podía estar equivocada, pero como no tenía a nadie con quien hablarlo, nada contradecía mis pensamientos. Cuando llegué al bar, me alegró —aunque no me sorprendió— ver a Ryan allí. Era el local donde más le gustaba beber, y eso era lo que estaba haciendo. Se corrió un poco, y me senté a su lado. Le pregunté si le parecía de gran importancia que la tierra girara sobre su propio eje, y me contestó:

—No tengo la menor idea.

El camarero oyó nuestra conversación y observó:

—De todos mis clientes, vosotros dos parecéis los menos entendidos en ciencia.

—¿El resto de la gente habla siempre de ciencia? —quise saber.

—Muy a menudo —respondió, y, dejando de nuevo el paño en el gancho, repitió—: muy a menudo.

Deseaba con todas mis fuerzas soltarle una buena réplica que nos redimiera a los dos, pero no se me ocurrió nada antes de que terminara de tirarle una pinta a otra persona, a otro cliente que entendía más de ciencia que Ryan y que yo.

—No importa —dije, dirigiéndome a Ryan, a quien se le había ensombrecido el semblante.

Me dijo:

—Si te piensas que la opinión de ese hombre me va a desplazar de mi eje, estás muy equivocada. ¡Mi eje es sólido, estable y firme, y siempre he girado alrededor de él, *siempre*, y no alrededor de lo que podáis opinar él o tú!

Cayó la noche; por otra parte, siempre hay madrigueras por las que caer.

Ya no quiero reiniciar el contador. Es una trivialidad. Pese a todo, en esos momentos de absoluta perfección en la vida me digo que he

seguido mis reglas con sensatez, y que esos arrebatos de sublimidad que fluyen dentro de mí son una recompensa de los dioses.

Ahora, cuando me despierto por las mañanas, miro por la ventana con la esperanza de que pase un agente de policía a caballo. Como tal cosa no sucede, me desembarazo de las sábanas, me levanto y lo primero que hago es ponerme delante del espejo. Compongo una expresión altanera para obligarme a creer que soy guay, más guay de lo que en realidad soy. Me esfuerzo por que mi mirada sea lo más descreída posible, como la de una modelo; y luego pienso *Eres una embustera. Adoras todo lo que siempre has tenido*.

Yo quiero algo más que transmitir que soy guay con la mirada, aunque eso supondría admitir que toda mi vanidad y mi acicalamiento han sido en vano. Todas y cada una de las miradas en el espejo, y los gestos que me he sacado de la manga para convencerme: en vano. Tal vez sea mejor proseguir la senda rumbo a la belleza que he emprendido, con la ilusión de que, siempre y cuando no me falte constancia para continuar, ese camino me lleve a algún lugar magnífico. Entonces, si de veras triunfo en la empresa de convertirme en un ídolo, todo esto no habrá sido en balde.

No estoy pensando en aquel que dijo que para obtener vida hay que perderla. Si la pierdo, será como si la tierra se saliera de su eje y vagara por el infinito; y quién sabe si daré con el camino de vuelta si no llego a ser algo que pueda escudriñar y admirar.

En cualquier caso, no puedo ni imaginarme lo que sucedería con todas las cosas que pueblan la tierra si ésta se saliera de su eje.

Supongo que los árboles caerían sobre los coches, pero no soy lo bastante entendida en ciencia para poder asegurarlo.

Capítulo 3

ANTHONY Y URI

Durante las semanas que siguieron hice doble turno en la peluquería, para evadirme de la nada que habitaba mis días. Una tarde vino Sholem a que le lavara el pelo. Afirmaba que aún se sentía sucio por haber hecho el cuadro feo, y que quería purificarse.

Mucha de la gente que acudía al salón de belleza lo hacía por el mismo motivo; más de lo que la gente se piensa. Lo senté en uno de los lavacabezas, le puse una toalla alrededor del cuello y le eché con cuidado la cabeza hacia atrás; luego, abrí el grifo y ajusté la

temperatura del agua probándola en el dorso de la mano. Uri me había iniciado recientemente en el arte del lavado. Le puse la alcachofa en la coronilla, y a medida que chorreaba el agua pregunté:

—¿Está demasiado caliente? ¿Demasiado fría?

—Está bien.

Llegado el momento del acondicionador le di un masaje, tal y como me habían enseñado; pero Sholem estaba tenso, tenía el cuello muy rígido y hundido bajo los hombros. Entonces soltó:

—Oh, ¿por qué nos habrá metido Margaux en *esto*?

SHEILA

¿En qué? ¿En el Concurso de Cuadros Feos?

SHOLEM

¡Sí! ¡En el Concurso de Cuadros Feos! Le he estado dando muchas vueltas, sabes, porque no llego a entender por qué motivo quiere

que sufra estas sensaciones tan chungas, y lo único que se me ocurre es que debe de estar pasando por una crisis pictórica. Quiere hacer los cuadros más feos que pueda debido a una pérdida de confianza en la pintura.

SHEILA

¿Una crisis pictórica? ¡Pero si está siempre pintando! Nunca deja de hacerlo.

SHOLEM

Pero aún no ha empezado el cuadro feo, ¿a que no? ¿Y por qué? Cuando le preguntas, le resta importancia. ¡Pero han pasado ya *meses*! La vi anoche en una inauguración, y seguía asegurando que la pintura carece de toda importancia. Me resulta muy deprimente, y no tiene ningún sentido. ¡Es frustrante!

SHEILA

Ella siempre ha dicho eso.

SHOLEM

¿Pero no te parece extraño? Y lo más raro de la dichosa crisis es que es muy tardía.

SHEILA

¿Que es qué? *¿Tardía?*

SHOLEM

¡Tardía! La mayoría de los pintores pasan por una crisis durante sus estudios, que es cuando uno se ve rodeado de gente que asegura que, ya sabes, que la pintura ha muerto. Por eso no alcanzo a entender por qué está atravesando esta crisis justo ahora, cuando todo el mundo adora su trabajo, incluida la crítica, y cuando tiene un

marchante que cree a pies juntillas en la pintura. ¿Por qué *ahora*? Y

yo creo que es porque Margaux desconfía de la pintura. No confía en que sea un método de comunicación convincente, y por eso tiene que hacer cuadros desagradables. Si de un cuadro feo puede salvarse algo de belleza o de valor, recuperará la fe en la pintura.

Llevé a Sholem a un sillón libre que hice girar. Se sentó, y le di la vuelta para que estuviera frente al espejo. Saqué el cepillo del delantal y lo sumergí en el desinfectante, para que comprobara con sus propios ojos (tanto si le preocupaba como si no) que quedaba libre de gérmenes. Sacudí el exceso de líquido y le pasé el cepillo por el pelo, muy concentrada en su cabeza. Ruby se acercó y me puso la mano en el brazo.

—Usa el espejo —me aconsejó—. El espejo es una herramienta más.

Asentí. Miré el reflejo de la cabeza de Sholem. Parecía abatido.

Fui a buscar un poco de loción para aplacar sus rizos judíos, y le pasé las manos por el pelo.

SHOLEM

Claro que es un plan brillante, porque de ninguna de las maneras Margaux sería capaz de crear un cuadro feo. ¡No puede hacerlo!

¿Cómo va a modificar su asombroso sentido de la composición, su pincelada, sus trazos? Debo decir que si Margaux participa en el concurso con algo de lo que se avergüence, con un cuadro que le produzca auténtico y verdadero bochorno, o que sea malo de veras,

me quedaré *de una pieza*.

Fui en busca de uno de los estilistas, porque no tenía la suficiente experiencia para aplicar el secador. Pero antes de alejarme le pregunté a Sholem si se sentía más limpio que antes. Hizo un simple movimiento de negación con la cabeza.

—No. Por extraño que parezca, ahora me encuentro peor. —Tras un breve silencio, añadió—: Oye… Todo lo que te he dicho acerca de Margaux queda entre nosotros y estas cuatro paredes. No le cuentes nada de esto.

—Vale —convine, pues quería que él me apreciara y confiara en mí.

Aquella tarde, mientras iba y venía por la peluquería recogiendo toallas y barriendo el suelo, me estuve fijando en Anthony, uno de los doce estilistas que trabajaban allí. Uri lo hacía todo con mucho cariño, pero yo no podía decir que lo quisiera. Lo admiraba y lo respetaba, pero mi amor genuino se lo entregaba a Anthony. Lo veía con los ojos del corazón, y no con la razón, tal vez porque tenía la sensación de que era como yo. Su puesto estaba en la esquina más apartada de la peluquería, y allí llevaba nueve años trabajando.

Pocas semanas antes empecé a entreoír chismorreos: *¿Por qué no despedirá Uri a Anthony? ¡Anthony es un inmaduro y un arrogante!*

¡Ha hecho llorar a Leslie! Anthony siempre andaba jactándose de haber ejercido en Los Angeles, en Miami y en Nueva York, y de que le habían pedido que impartiera cursos en diversos salones de belleza. Era demasiado bueno para esta ciudad. Si no llega a ser por su esposa, ahora mismo estaría en alguno de esos lugares.

¿Nos había contado ya que una vez le tiñó el pelo a Lindsay Lohan?

Estaba convencido de que nadie en el mundo cortaba el pelo como él, con un método que llamaba *corte en fluido movimiento* que consistía en moverse muy deprisa en torno a la cabeza del cliente.

Era como admirar un espectáculo de atletismo. Le teñía el pelo a la gente sin permiso si juzgaba que así estarían más favorecidos, y aunque algunos se miraban en el espejo con lágrimas en los ojos, nadie le rechistaba, porque todos lo tenían por un artista.

Y así es como se veía Anthony a sí mismo, como un artista; por el contrario, Uri perseguía el sencillo fin de los artesanos: la excelencia. Se dedicaba con tanta abnegación al negocio que

estuvo a punto de morir tres años atrás debido a una hemorragia cerebral. Todo lo hacía a la perfección, y del mismo modo cada vez; sin embargo, empezaba a darme cuenta de que no le faltaba cierta crueldad con la que se ganaba la confianza de la clientela, pues conocía los defectos de cada uno. Era el primero en anunciar la aparición de las canas, antes incluso de que el propio cliente pudiera verlas. O bien explicaba que estaban apareciendo entradas, o que el pelo se debilitaba a la altura de la nuca. Pero era una persona coherente, y resultaba complicado pillarlo en falta. Con Anthony, en cambio, nunca sabías cómo acabarías. Era un hombre nuevo cada día.

Una vez mencioné a Uri los éxitos de Anthony, y me soltó una sonora carcajada. *Ya, claro, ¡el increíble Anthony! Y si es tan increíble, ¿por qué no monta su propio negocio?* Aquél era el mayor fracaso de Anthony, aunque él se cuidaba de manifestarlo. Cuanto más me arropaba Uri, con más denuedo trataba Anthony de ganarse mi confianza. Me arrinconaba en la trastienda y me contaba cosas de su vida, como cuando estuvo a punto de abrir su propio salón de belleza hacía cinco años pero al final el vendedor del local se echó atrás (ignoraba por qué) y un mes más tarde se produjo el hundimiento de la economía y entonces resultó imposible embarcarse en un negocio. También era consultor (¡la peluquería no era todo en la vida!), pero cuando le pedí que me diera una tarjeta se hizo el ofendido con grandes alharacas. ¡Él jamás daba su tarjeta! Valiente horterada.

Ese mismo día, justo antes del cierre, los niños de Anthony entraron en fila india —tres criaturas adorables—, y Anthony me pidió que lavara sus cabecitas infantiles y sedosas. Uri se me acercó cuando me vio concentrada en la tarea, me puso la mano en el hombro y me dijo en voz muy alta: *Ciertos peluqueros se creen dioses porque siempre hay gente que te dice lo increíble que eres. ¡Pero un buen peluquero no se cree ningún dios!*

Eso no quise tatuármelo en un brazo.

Cuando hube acabado, colgué el delantal de goma en la trastienda, cambié las zapatillas planas por las botas de nieve y me fui directa a casa de Israel.

La madre de Sheila reza para que Sheila la ayude…

Voy a alquilar un contenedor para tirar toda la basura que hay en el sótano y en el garaje. Con un poco de suerte lo haré este fin de semana, o, como mucho, de aquí a un par de semanas.

No quiero deshacerme de las cosas de mi hija; tiene montones de cosas maravillosas aquí, fotos y muchas más cosas.

Haz que venga un día y separe lo que es para tirar. No quiero tirarlo todo, aunque me siento tentada.

Sé que mi hija está pasando por un momento delicado. Pero es que lleva pasando por un momento delicado desde que se mudó.

Nunca jamás sacará tiempo para ello, y lo entiendo. No es una de sus prioridades. Pero para mí sí lo es.

Llevo casi treinta años viviendo aquí, y no quiero seguir postergándolo, ¡tengo que hacerlo ahora! Te ruego que la hagas venir ahora mismo, y no cuando saque tiempo, porque nunca va a tener tiempo para hacer tal cosa.

Una vez que alquile el contenedor, podría deshacerme de todas sus cosas. El noventa y nueve por ciento de lo que hay es pura basura. Quizá por eso ella no la tira. ¿Para qué perder tiempo con basura?

No quiero que mi casa siga siendo un punto de almacenamiento de basura. ¡Menudo desbarajuste! Puedo darle un uso mejor a mi sótano. Lo único que quiero es liberarlo de las montañas de basura que lo invaden, empezando por la máquina de pinball de mi ex marido.

Te ruego que la hagas venir, que se porte bien conmigo y lo haga. Si acabo tirando sus cosas, ella no me lo perdonará jamás, y

yo tampoco.

Si mi hija se pasa por aquí, me hará muy feliz.

Ayer, en una barbacoa, alguien me preguntó si tenía hijos. Estuve a punto de decir *Antes tenía hijos*. No creo que la culpa por haber dicho eso sea del todo mía.

Capítulo 4

SHEILA EMPIEZA DE NUEVO

Sheila está con Misha en un restaurante italiano barato, bien entrada la noche, en la parte trasera, bajo los fluorescentes. Todas las mesas están ocupadas.

SHEILA

(*al camarero*) Para mí, la «trucha arcoíris a la parrilla».

Misha asiente con la cabeza al camarero; éste se va.

SHEILA

No sé si habré elegido bien, pero bueno.

MISHA

Está rica.

SHEILA

(*acelerada*) ¡Todo me parece muy confuso con él! Y eso que no es la primera vez que me enfrento a esta situación, en plan: *Oh, no es que vayamos a casarnos*, ¿comprendes? No va unido a ese gran sueño. Y aunque no me considere el tipo de persona que tiene ese

«gran sueño», es obvio que lo soy, porque he estado…

MISHA

… casada, claro. Cuando yo era soltero y promiscuo, gran parte de lo que rechazaba tenía que ver con la idea de que esas dos cosas debieran ir de la mano.

SHEILA

Pero ¿cómo es posible que *no* haya una relación en el plano emocional?

MISHA

Sí que la tenéis, sólo que es de otra clase. Es, mira, es muy *divertido* acostarse con gente. Uno pierde mucho tiempo de su vida saliendo y tomando cafés con personas que no son verdaderos amigos. No quieres que esas personas te llamen a las dos de la mañana cuando estén deprimidos, ni vas a ayudarlos a hacer una mudanza; no son amigos de verdad. Pero entiendes eso de: *Oh, es emocionante que exista*…

SHEILA

… ¿ese intercambio?

MISHA

¡Sí! Y, en conjunto, te convierte en una persona más interesante desde el punto de vista intelectual. Ese mismo razonamiento puede ser válido para el sexo. A mí me parece bastante análogo. En plan: *Oh, es divertidísimo acostarse con éste y con aquél*. Pon que te gustara jugar al squash y que quisieras jugar con distintas personas…

SHEILA

Vale, pero el sexo es diferente al squash, ¿o no?

Misha se encoge de hombros.

Me pasé los días sucesivos en casa de Israel, con el teléfono sin batería, practicando las mamadas, empeñada en hacer de ellas la perfección. Empecé a sentirme orgullosa, como si estuviera haciendo algo de utilidad para el mundo, y ni por un momento se me pasó por la cabeza que debiera estar haciendo algo importante en un sentido más anticuado, como por ejemplo acabar una obra de teatro.

Cuando llegué a mi casa, una noche ya tarde, tenía un sobre amarillo en el buzón. Me lo llevé a mi cuarto, lo abrí, y el polvo que había en el interior me ensució las manos y la cara. Dentro del sobre estaba mi grabadora. ¡Cuánto tiempo sin verla! Ni siquiera la había echado en falta. La encendí, y se iluminó un pilotito (un nuevo archivo) con una fecha en la que yo no había grabado nada, porque había estado en casa de Israel.

Muy suavemente, empieza a oírse la voz de Margaux…

Soy yo. No estoy muy segura de dónde hay que darle para que grabe. Estoy en nuestro taller, pero en tu escritorio. Nunca me había fijado en que es de color celeste.

Parece un escritorio muy raro, ahora que no estás.

Me he acercado al taller esta noche, y abajo había una inauguración; me han dado una copa de vino que estoy mirando en este preciso momento. Este sitio me resulta muy diferente de cuando estás aquí.

Mi regla es que no está permitido borrar nada que haya grabado… Eso mismo me repito después de decir algo que habría querido borrar.

El cielo está precioso hoy, ahora mismo, al otro lado de la ventana.

Anoche, Misha y yo estuvimos navegando en la web de la beca MacArthur Fellowship. Pero me parece que tienes que vivir en

EE.UU. para que te la concedan. Y que tienes que ser un genio.

Fue raro. No experimenté sensaciones de inseguridad al mirar los premios, ni a toda la gente que los habían ganado. Me sentía muy feliz mientras lo consultaba.

Mucho mejor que cuando tengo delante una revista de arte, o cualquier otro tipo de ayuda. Es como una especie de subvención a las capacidades. Me resultó muy agradable pensar que existen personas tan discretas que hacen cosas tan maravillosas, y que hay alguien que procura valorarlo. Me parece una forma muy hermosa de premiar la ambición. O una forma mejor de ambición. Como si no hiciera falta ser un genio, ni ser…

Simplemente, hacer un buen trabajo… Tener madera… Recibir reconocimiento en tu ámbito junto con mucha otra gente, como si estuvierais progresando en conjunto, y no compitiendo.

Creo que se me da mejor lo de grabarme cuando estás tú. Creo que lo que ahora mismo quiero hacer es grabar esto e irme luego a trabajar a mi mesa. Y fingir que estás aquí.

Cuanto más callada me quedo en tu grabadora, más me parece que estés aquí.

(*suspiro*) Siempre he tenido la fantasía de conocer a una chica…

tan seria como yo.

No estaba segura de si aquel envío de Margaux era su manera de pedirme que volviera a concentrarme en mi obra, o de decirme que me echaba de menos en el taller, o incluso de que había dinero reservado para los genios; fuera lo que fuera, todo me parecía verosímil. De pronto se me reveló como la cosa más sencilla del mundo. ¿Cómo es que había olvidado lo natural y fácil que me resultaba trabajar?

La certeza de mi verdadera libertad fue creciendo dentro de mí, me senté ante el ordenador y empecé a transcribir con mucha calma el mensaje que Margaux me había dejado en la grabadora. Luego,

narré lo que nos sucedió en Miami, detallando todo lo que estuvimos hablando y las sensaciones íntimas que sólo yo conocía. Escribí con fluidez durante tres o cuatro horas. Y me sentí muy feliz haciéndolo, muy a gusto. Experimenté paz y seguridad. No era mi obra, pero me hacía sentir bien, mucho mejor que al darle mil vueltas al diálogo

entre la señora Oddi y la señora Sing, como había hecho durante tanto tiempo. Ahora estaba más cerca de conocer algo relacionado con la realidad, más próxima a cierta verdad.

Al imprimirlo y releerlo, floreció en mi interior una sensación de orgullo como si fuera primavera, como si algo nuevo estuviera naciendo.

Capítulo 5

LOS HOMBRES BLANCOS VAN A ÁFRICA

Sheila invita a cenar a un antiguo director de su obra, Ben, y al colaborador de éste, Andrew. Margaux también participa. Sheila tiene interés en saber qué ha estado haciendo Ben desde que trabajara en su obra, y quiere saber qué dirige ahora. Tiene curiosidad por saber en qué teatro está, y compararlo con su situación de hace diez meses. La cena está tocando a su fin. La mesa está plagada de restos de pan, queso, carne y guisantes. La grabadora plateada de Sheila y la grabadora plateada de Ben permanecen una frente a la otra entre las fuentes de comida, como dos armas de fuego metalizadas.

BEN

Ya, qué fácil es hablar.

SHEILA

¿Que hablar es fácil?

MARGAUX

Hablar es muy fácil… Y entonces te fuiste a África.

BEN

Seh.

MARGAUX

Porque África ya no es tan fácil.

BEN

Al revés. África es mucho más fácil.

MARGAUX

Y ¿en qué parte de África estuviste?

ANDREW

En Johannesburgo. Johannesburgo y Ciudad del Cabo.

BEN

Nuestras razones para ir allí eran levemente distintas, creo yo, pero hallamos una expresión mutua en el hecho de ir a África. Para mí, era porque mi vida en el teatro resulta muy absorbente y movida, y es un mundillo muy aislado en muchos sentidos; me producía un gran descontento la falta de sentido en los hechos —lo que yo entiendo por «sentido»—. No creía estar dándole a mi tiempo todo su sentido, y quería aportar un componente más… mmm…

significativo al trabajo que llevaba a cabo.

SHEILA

¿Te refieres a algo más provocador?

BEN

Que pudiera serlo. Básicamente, me harté de mi propio narcisismo.

Me comportaba como un narcisista total. Y empezaba a resultar muy complicado desligar mi deseo creativo de mi narcisismo. Como es lógico, me parecía increíblemente ridículo irme a África, lo veía como una soberana estupidez. Porque, vale, te vas, pero ¿para qué?

ANDREW

También es que está muy de moda.

BEN

Está *muy* de moda, ¿sabes?

ANDREW

Y es una prolongación del narcisismo casi natural.

SHEILA

Me lo has quitado de la boca.

BEN

Pero lo que más me impresionó de allí fue hablar con aquella gente y comprobar que existen millones de formas de ampliar horizontes (sin apenas esfuerzo) y de ser una persona útil y comprometida. Fue facilísimo advertirlo en un lugar como África porque allí todo es muy extremo. Fue una revelación brutal de la colosal injusticia por la que se rige la economía mundial, mientras que aquí…

ANDREW

Eso se disimula.

BEN

Se disimula. Y es muy fácil olvidarlo.

MARGAUX

Parece difícil de olvidar, no sé.

BEN

¿Tú crees?

MARGAUX

Pues sí.

BEN

Yo no estoy de acuerdo. Y allí… En fin, mi experiencia más profunda fue la de conocer a gente que vive en la más absoluta miseria y todo eso; entonces empecé a comprender hasta qué punto he deshumanizado a los pobres y de qué forma hemos despersonalizado la pobreza con el propósito de poder tolerar ese desequilibrio tan increíble y esa falta de justicia que hay en el mundo. Lo que allí experimenté fue en plan: *¡Oh, Dios mío! ¡Son personas! Son un millón de personas que viven en chabolas, y son gente alucinante, son inteligentes y… En fin, que son personas*.

ANDREW

Sí. Y aunque no sean inteligentes: son personas y punto.

BEN

Visitamos a una señora que vivía en un cuchitril minúsculo. ¿Sabes quién te digo?

ANDREW

Sí.

BEN

¿Cuántos crios tenía?

ANDREW

Tres.

BEN

Yo creo que eran cuatro. Varios tenían VIH. Y ella, lógicamente, tenía VIH. Y el marido se había muerto, qué sé yo, el mes anterior, de

Sida. Se había apañado un novio nuevo, y tenía un bebé recién nacido que muy probablemente tenga Sida, y sin duda el novio contraerá también el Sida… No sé…

ANDREW

Es que las mujeres sufren una dependencia alucinante de los hombres. Era sencillamente a-lu-ci-nan-te comprobar lo importante que para una mujer es depender de un hombre, y hasta qué punto han fracasado los hombres…

BEN

… y que las mujeres son las que hacen todo. ¡Todito!

SHEILA

¿Qué quieres decir con que las mujeres hacen todo y los hombres no hacen nada?

BEN

Las mujeres lo hacen *todo*… Crían a los niños, ganan el jornal, son las que…

ANDREW

… organizan las comunidades.

BEN

Organizan cualquier movimiento. ¡Lo hacen *todo*!

SHEILA

Y los hombres, ¿qué hacen?

BEN

Beber.

ANDREW

Beber y pingonear.

BEN

Holgazanear. Son unos perdidos.

Ben se levanta y empieza a dar vueltas alrededor de la mesa.

Cuando te alejas un instante de tus privilegios, de tus preocupaciones y del estrés, te das cuenta enseguida de que hay algo por lo que merece la pena reaccionar. Pero luego vuelves a tu sitio, pasan un par de meses y te dices: *¿Qué era aquello?* Te ves desbordado —o al menos yo me veo desbordado— y no ves que haya tiempo *para nada* en tu vida. A duras penas consigo mantener el tren de vida que necesito. La idea de sumarle a eso la preocupación por los demás, de sacar tiempo para los demás, resulta desalentadora. Pero, al mismo tiempo, ahora soy dolorosamente consciente de la injusticia de las circunstancias bajo las que nacen algunas personas con respecto a otras, y me gustaría ser capaz de encarar esa injusticia porque, en fin, porque el mundo es tremendamente injusto y no debería ser así de injusto para la gran mayoría de la gente.

MARGAUX

Estoy leyendo *Las sirenas de Titán* (la de Kurt Vonnegut), donde se refleja la cultura de la injusticia. Después de la revolución, la gente lleva bolsas con pesos para crear un equilibrio entre la gente afortunada, o más bien la gente que es… Eso, afortunada, y con eso se abarca todo: la clase, la raza, el género…

BEN

Entiendo, sí.

MARGAUX

Y las mujeres que son auténticas bellezas se afean con un maquillaje horrendo para… Y van como encorvadas.

Nadie dice nada.

BEN

Para mí el meollo del asunto es que, bueno, que siempre he querido ser un artista del teatro, y lo he conseguido en la medida en que…

me lo permiten mis sueños. Pero, ¿y qué? ¿Me entendéis? No estoy seguro de que sea una buena manera de ocupar el tiempo. Hay tantísimas cosas a las que uno se podría dedicar en su vida… Es un tipo de experiencia muy particular, eso de ser director de teatro.

Requiere mucha templanza, es una actividad muy pero que muy especial. Una actividad muy narcisista.

MARGAUX

(*habla muy alto*) No paráis de decir «narcisismo»; ¿a qué os referís exactamente?

BEN

A cuando uno está muy comprometido con su propia actividad intelectual.

SHEILA

Pero *todas* las formas de arte son así. Los libros, la pintura, y…

BEN

Ya, ya.

MARGAUX

Incluso lo provocativo tiene mucho que ver con la virtud, ¿sabes?

Silencio largo.

SHEILA

Entonces, ¿de qué va vuestra colaboración? ¿Tratará la obra sobre eso?

BEN

Eh… Tal vez. Espero. En cierto modo. Por explicarlo con pocas palabras, versa sobre nosotros y nuestro proyecto en común, la aspiración de hacer algo juntos como amigos y de sacar al otro de su ensimismamiento y conectarlo más con el mundo, y va evolucionando hacia un compromiso real para con el mundo. Luego, descubrimos algo por lo que nos interesa cambiar.

ANDREW

Estamos trabajando con una actriz, que interpreta muchas voces de las mujeres que conocimos allí; y, de repente, en medio de la obra, Ben y yo abandonamos el escenario para que ella pueda hablar…

BEN

Básicamente, nuestra idea es contar la historia de otros (*suelta una risita*)… Tender un puente que vincule nuestra historia con otra que creemos que es importante contar, y luego narrar dicha historia. Y

nada, ahora mismo actuamos dentro de la obra, y nuestro pequeño desafío personal consiste en que tal vez nos bajaremos del escenario en un momento determinado.

Sheila se levanta.

SHEILA

¿Traigo el postre?

MARGAUX

(*levantándose*) Deja, ya me ocupo yo.

BEN

Ya me entendéis, crear arte sin aburrir al personal…

SHEILA

¿Sí? Qué curioso. A mí me gusta aburrir a la gente. El aburrimiento me parece una virtud. La gente *debería* estar un poco aburrida.

MARGAUX

(*haciendo mutis*) A las chicas no se les da tan bien lo de ser aburridas.

SHEILA

(*haciendo mutis*) ¿Que a las chicas no se les da tan bien lo de ser aburridas?

MARGAUX

Puede ser.

Todos los hombres blancos que conozco se van a África. Quieren contar las historias de las africanas. Se lo toman muy en serio. Me soltaron una clase magistral acerca de mi falta de moralidad. *Ya, claro*, contesté. Claro, si lo que pretenden es erigirse en modelos a seguir para las adolescentes, ¿qué tengo yo, comparado con ellos?

Apenas una empatía natural que nadie podría adivinar por mi modo de vida. Ellos viven la vida desde fuera, esos niñatos blancos que se fueron a Africa. Eso de tener que lucir la curiosidad, la misericordia, la culpa…

Lo único que yo quiero es echar la vista atrás y que no me reconcoma el remordimiento. Y, por qué no, ir a Africa y volver con la historia de una mujer negra necesitada cuyo novio tiene Sida y le da a la botella, y cuyos cuatro hijos tienen Sida y le dan a la botella… Comunicar a los norteamericanos algo más relevante que la pobreza de mi alma.

Esa misma noche, un poco más tarde, Sheila y Margaux han recogido después de cenar y se están secando las manos con una toalla. Se dirigen a los escalones de la entrada y se sientan mirando a la calle. De las farolas, en la acera de enfrente, emana un halo de luz: un inmaculado cristal de luz, translúcido y borroso, que se recorta contra el cielo azul oscuro como si fueran esos discos luminiscentes del artista Robert Irwin con los que la gente se extasió hace un tiempo, y que calificaban de plata lunar, incandescentes, etéreos, caídos del cielo.

SHEILA

¿Cómo es posible que todos esos artistas que estudiamos, y que se casaron cinco o seis veces, tengan tiempo para vivir la vida *y además* crear arte?

MARGAUX

¿ *Y además* ser adictos a la heroína?

SHEILA

O me he perdido algo, o no entiendo qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

MARGAUX

Mira, desde el punto de vista visual, creo que siempre he distinguido la diferencia entre mirar un cuadro de Pollock y mirar una pared de ladrillo… Y, cómo decirte… La pared puede resultarme más

interesante. Pero precisamente porque la pared me suscita más interés, nunca he llegado a entender por qué motivo es tan importante hacer cosas a veces.

SHEILA

(*emocionada*) ¡He hecho una cosa!

MARGAUX

¿El qué?

SHEILA

Espera, que te lo enseño…

Sheila se gira para coger algo, pero se amedrenta y cambia de idea.

Oye, el otro día vino Sholem a la peluquería…

MARGAUX

Ayer me lo encontré por la calle, se estaba comprando ropa.

SHEILA

¡Se siente sucio por culpa del cuadro feo que hizo!

Entonces, le conté en qué había consistido su proceso de creación del cuadro feo: hacer una lista de todo lo que le parecía feo y luego ponerlo todo en el lienzo.

Margaux niega con la cabeza.

MARGAUX

Lo que me temía. Sholem tendría que haber sacado la fealdad de su corazón, de lo más profundo de su ser, ¡no de una lista!

SHEILA

¿A que sí? También me contó que cree que estás pasando por una crisis pictórica.

MARGAUX

¿Que qué? ¿Eso te dijo? Ay, Dios mío, ¡ni de coña estoy atravesando una crisis! Lo que pasa es que no respeto los cuadros de una forma automática, mientras que Sholem *sí*. Es tan respetuoso: *Oh, ¡es un cuadro!* Bueno, ¿y *qué pasa*? Te lo digo sinceramente, me sorprende esa fe ciega.

SHEILA

Pero es lo normal, ¿no crees? Que un pintor se interese por la pintura…

MARGAUX

A mí lo que me interesa es el *significado*, no los cuadros. Los cuadros pueden no significar nada. ¡Qué chaladura! Yo aspiro a crear un sentido completo en el arte, aún mejor que el sentido político. Y Sholem aspira a pintar los cuadros más perfectos del mundo. Y tú… Tú aspiras a ser el ideal humano. ¡Estamos locos!

¡Apuntamos demasiado alto!

¿Por qué era de locos querer ser el ideal humano? Aquello me molestó.

SHEILA

¿Has hecho ya tu cuadro feo?

MARGAUX

Todavía no.

SHEILA

¿Y eso?

MARGAUX

¡Y yo qué sé! *Feo, bonito*… Ni siquiera sé lo que quieren decir esas palabras.

SHEILA

¿Y por qué accediste entonces a participar en el concurso?

MARGAUX

¡Lo estoy haciendo *por él*! Pensé que podría ser interesante para Sholem, porque con esa dichosa obstinación…

No quería seguir hablando de Sholem. Alcancé unas páginas que tenía detrás de mí, enrolladas.

—Toma —le dije, poniéndole el cilindro en la mano. Margaux lo agarró y desplegó.

—¿Qué es esto?

De pronto, empecé a emocionarme. Le expliqué que la noche en que recibí la grabadora me puse a escribir sobre nosotras dos en Miami, y a transcribir las conversaciones que mantuvimos durante ese viaje. Quería que lo leyera.

—¡No quiero verlo!

—¿Por qué?

—¡No lo sé!

Me chocó su mohín de aversión. Me hizo recordar una cálida tarde de mi adolescencia que había pasado con mi novio del instituto en la casa de su padre. Estábamos en el sofá del padre. De repente, sin previo aviso, se bajó la cremallera y se sacó la polla. Me causó tal impresión que rompí a llorar; era el primer pene adulto que veía, y encima sin preámbulos ni ceremonias. Me fui del piso, hecha una furia. Estuve dos semanas sin dirigirle la palabra, aunque luego llegué a amarlo.

—Quiero que lo veas —dije, alargándole las páginas, muy dolida.

Margaux tendió la mano con renuencia, con timidez, y las cogió.

Creció entonces en mí una satisfacción tal que me impedía suponer que el poder y la belleza de aquellas páginas pudieran despertar en

ella algo distinto a la impresión que a mí me causaban.

Capítulo 6

LA MUESTRA

Una semana después, fui a ver una muestra colectiva que comisariaba Paul Petro. Mi intención era dejarme ver durante unos diez minutos y volverme a casa. Cuando llegué, había un grupito de gente fumando junto a las puertas. Una chica a la que apenas conocía me miró y esbozó una amistosa sonrisa, que yo le devolví.

En el interior de paredes blancas, Paul, un hombre muy alto de piel tersa y muy bronceada, se me acercó sonriente. Me preguntó si había visto el cuadro de Margaux. Le dije que no, ¡no tenía ni idea de que participaba en la exposición! Fuimos al fondo y me dio una cerveza; luego, lo seguí hasta el segundo piso. Entramos en la sala principal, y allí nos quedamos, delante del formato más grande que Margaux había pintado en su vida. Todavía no estaba seco. Y

contemplarlo era un espanto.

Se había retratado como una estatuilla de Buda, gorda y mofletuda, con una sonrisa taimada y petulante. De fondo se veían unas bolitas de algodón, y su cuerpo era de porcelana resplandeciente. Llevaba las manos y los brazos cargados de anillos y alhajas. Tenía las piernas cruzadas, su cabello oxigenado le caía, ralo, sobre los hombros, y ostentaba una expresión de ávida autocomplacencia. Era absolutamente grotesco. El título, impreso en una tarjetita, era *Recuerdo de Margaux*.

Me recorrió un sudor frío. Paul se echó a reír; él no entendía nada, pero yo conocía los sentimientos de Margaux hacia el mundo.

Ser Buda no le procuraba ningún placer, y nunca antes se había retratado de esa manera. Buda era quien daba la espalda a las

personas que sufren para hacerse más atractivo a base de buenas sensaciones, unas sensaciones privilegiadas de benevolencia y pureza; igual que sus peores miedos acerca del significado de ser pintora.

Le di las gracias a Paul y bajé despacio las escaleras, con cuidado de no caerme; el corazón se me salía del pecho, y tenía náuseas. Dejé mi botellín a medio beber en su mesa, me dirigí a la puerta principal y fui directa al piso de Margaux, que estaba a tres manzanas.

Capítulo 7

MARGAUX HACE UNA COLCHA

Llamé a la puerta de la casa donde vivían Misha y Margaux, pero no salió nadie. Usé mi llave para entrar y subí a la segunda planta. La puerta de su piso estaba abierta, y crucé la cocina hasta llegar al dormitorio, donde hallé a Margaux a oscuras, sentada en la cama, viendo una peli y haciendo una colcha. Me lanzó la imperturbable mirada de un animal, con el rostro sumido en la penumbra.

Llevábamos una semana sin vernos.

—Vengo de lo de Paul Petro. He visto tu cuadro feo.

—¿Cómo? ¿Te ha parecido feo? —dedicó una mirada fría y adusta a su colcha.

Una sensación imprecisa y aterradora me invadió por completo; acto seguido, empecé a sentirme muy pesada, como si una carga de mierda me lastrara. Quise retirar lo que había escrito sobre nosotras en aquellas páginas, eso que ella había leído y que la había (nos había) transformado en algo tan horrendo. Pero era demasiado tarde para renegar, del mismo modo que mi novio de la adolescencia no podría haber borrado de mi cabeza el retrato que hiciera de mí en su obra. Ya estaba hecho. Consideré la posibilidad de pedir disculpas, pero no podía. En el pasado resolví que las mujeres piden demasiado perdón, y me obligué a dejar de hacerlo; y ahora me resultaba increíblemente difícil decirle a alguien que lo sentía mucho.

Margaux dijo:

—En la escuela de Bellas Artes tenía una amiga con la que compartía taller. Se largó para convertirse al budismo y vivir en una

colonia budista en Colorado. También era pintora, pero cuando fui a verla ya sólo pintaba con bonitos colores el interior de los templos a los que únicamente los ricachones que hubieran alcanzado el plano espiritual más trascendental podían acceder. Siempre prensé que yo nunca sería así.

Agachó la cabeza mientras yo seguía allí plantada, estupefacta.

Ninguna de las dos dijo nada durante un buen rato. Yo quería explicarle que ser pintora no era en absoluto inútil, ni decadente, ni narcisista, ni vano, pero ¿acaso estaba segura de que así fuera? Lo

único que sabía, en lo más hondo de mi ser, era que si vivía cerca de ella la verdadera vida que había dentro de mí, sólo la haría sufrir.

Estaba convencida de que lo que yo pudiera decirle le haría el doble de daño, y no haría sino empeorar las cosas.

—Será mejor que me vaya —dije.

Ella estuvo de acuerdo.

Di media vuelta y salí del piso, titubeante, despacio, con la esperanza de que Margaux me llamara. Pero no lo hizo. Al atravesar el corredor, pasé ante su taller y eché un vistazo. Tras la puerta medio abierta no distinguí ningún lienzo, ni pinceles, ni pintura. Sentí que algo se desplomaba dentro de mí, como si la gravedad se hubiera alterado, como cuando de pronto te percatas de que a la persona que has estado mirando fijamente le falta una extremidad.

Capítulo 8

SHEILA SE ESTREMECE

Ya en la calle, monté en mi bici y pedaleé lo más rápido que pude hasta llegar a uno de los descampados que se extendían al pie de la ciudad, junto al lago, bajo la autopista elevada. Nadie se preocupaba de aquellos terrenos. Nadie los trabajaba. Aquella extensión baldía no existía para nadie.

Había abusado de su confianza y le había hecho daño, había aniquilado lo que obligaba a Margaux a crear arte, lo que le permitía convencerse, cuando se enfrentaba a sus dudas, de que no tenía nada de malo ser pintora. Y sabía cómo y por qué había sucedido.

En lugar de ponerme a escribir mi obra con mi propia voz, usando *mi* imaginación, extrayendo las palabras de la soledad y la intimidad de mi alma, había usado *su* voz, le había robado lo que era suyo.

¡Había plagiado su persona y lo había mezclado con una fealdad que era sólo mía! Ella lo había leído y, como al verse reflejada en un espejo deformante, había creído que esa figura narcisista y decadente era *ella*, cuando en realidad era *yo*. Mi indisposición a quedarme en cueros había provocado que la despojara a ella. No había trabajado con empeño, no había trabajado en absoluto.

Había jugado sucio.

La vergüenza me cubrió las manos y el rostro. Abandonaría para siempre la obra. ¡Jamás volvería a grabarnos! Pasé por debajo del vallado, bajé la colina corriendo y caminé sin rumbo por el campo, desconsolada. Todo temblaba bajo la luz argentina que arrojaba la luna llena. Pensé en la naturaleza, pensé que yo formaba parte de la naturaleza, y luego me dije: *Eres naturaleza*. Algo que había en el

cielo me llamó la atención: era una preciosa valla publicitaria que un fabricante de lavadoras y secadoras había erigido mucho tiempo atrás. Sus bombillas de un blanco radiante con destellos rosa formaban la palabra mágica: «Inglis». Me detuve a mirarla, preguntándome, al borde de las lágrimas, si era posible que en este mundo existiera algo más hermoso que aquel luminoso sobre un campo yermo, y considerando cuán alucinante resultaba lo que la naturaleza humana («Inglis») y la naturaleza-naturaleza (el campo) lograban al convivir en armonía.

Ya llevaba unos veinte minutos allí parada cuando me di cuenta de una cosa: había una pantallita debajo del luminoso por donde discurría una frase hecha con LEDs brillantes. Se había estado desplazando por la pantalla todo el rato, pero no leí lo que decía hasta entonces: QUE SUS DECISIONES BENEFICIEN A TODO EL MUNDO.

QUE SUS DECISIONES BENEFICIEN A TODO EL MUNDO.

Se me paró el corazón. ¡Ay, si supiera cuál era (la decisión que beneficiaría a todos), la tomaría!

De hinojos sobre la hierba, el corazón de Sheila le manda un email…

Qué terrible será el día del juicio. Amén. Qué terrible será el juicio cuando vayas caminando por la calle y te veas reflejada en un escaparate. Serás juzgada.

Destroza la parte superior de las columnas, para que tiemblen hasta los dinteles de las puertas. Haz que caigan las columnas sobre las cabezas de la gente; en caso de que quede alguien con vida, lo mataré con una espada.

Ni uno solo se librará. Nadie escapará. A quien cave un hoyo tan profundo como la morada de los muertos, lo sacaré. A quien se encarame a los cielos, lo bajaré. Olvídate de las drogas, olvídate del sexo, pues te haré bajar si estás arriba y te sacaré si estás en lo

más hondo de la morada de los muertos, para depositarte en el lugar a medio camino que te corresponde. Amén.

No te ocultes en la cumbre del Monte Carmelo, ni en el fondo del mar con los peces tropicales y una pesada bombona de oxígeno a la espalda, pues incluso allí te encontraré. Y si eres feliz, te haré entristecer, y si has sido inocente, te volveré culpable. ¡Ordenaré a una serpiente que te muerda, y te convertirás entonces en otra serpiente para los demás: les contarás tus cuitas y alterarás su inocencia!

Me mantendré alerta para causarles problemas, y no para hacer el bien.

Llora a los muertos, pues «Inglis» no tiene piedad de ellos. Ni siquiera en el paraíso puedes mirar hacia delante o hacia atrás; no hay más que un blanco inmaculado ardiente de luz.

Así pues, sube las colinas y baja las colinas, asciende las escaleras y desciéndelas, siéntate, túmbate, baila, ponte de pie, pues no podrás moverte en la tierra del juicio. No podrás sentarte, ni andar de acá para allá, ni fumar, ni dormir. Únicamente habrá una llama ardiente de luz, sin tu cuerpo. Destruirá todo lo que has conocido, y sólo me conocerás a mí.

Sé como un tembloroso grano de cereal en un tamiz.

Tiembla como un granito de cereal en una criba.

Traquetea y menéate como un terroncillo en un tamiz.

Ni la china más diminuta se cuela por él.

Me iría adonde ella no pudiera verme ni sufriera por mi culpa nunca más, adonde nadie supiera lo que había hecho. Como una araña buena, encerrada y controlada, le dejaría la ciudad a ella.

Tal vez un día, en un futuro, Margaux pintaría de nuevo; cuando todas las penas que le causé hubieran desaparecido de su corazón, y olvidara todos los recuerdos de la obra de Miami, de nuestros viajes y de mí.

Capítulo 9

¿QUÉ ES JUGAR SUCIO?

Ahora nos hallamos en el conocimiento de lo que es el juego sucio.

Jugar sucio es tratarse a uno mismo como a un objeto, o como una

imagen a la que aspirar, o como un icono. Era válido hace cuatro mil años, cuando nuestros antepasados vagaban por el desierto, pero hoy en día es tan válido como afirmar que los iconos somos nosotros.

Los judíos vagamos por el desierto, expulsados de la tierra, pues nada más establecernos creamos un ídolo al que rendir culto.

Fuimos castigados a vagar y ser como gitanos, despojados de todo salvo de lo necesario para vivir, que cargábamos a nuestras espaldas. Así es como se narra la historia del nomadismo y la expulsión, una vieja historia.

La única forma de ser perdonados es decir: Ni siquiera sabemos cómo hablar con nuestras propias madres. Nos abandonaron en compañía de nuestros amigos, perdidos como estábamos. Nos dejaron solos, a nuestra suerte, tan perdidos como nuestros amigos: la oveja sin pastor, esquilada de todo aquello que antaño le daba calor. Ni siquiera podíamos creer que la oveja que nos precedía se calentara con su propia lana. Todo eso parecía muy improbable y lejano.

Hemos llegado al punto en que todas las cartas están sobre la mesa y se puede leer la historia que ilustran. Ahora estamos peor que al principio, pero esto ya se podía haber vaticinado desde el punto de partida. Al principio, los dioses nos concedieron la libertad; al final,

descubrimos el juego sucio. En vez de desarrollar las capacidades intrínsecas, tomamos dos caminos: el del engaño y la inconsciencia de las drogas —el cual no comenzó como juego sucio, sino como la puerta hacia lo sublime—; y el de tratarnos a nosotras mismas como objetos a los que admirar en un intento de convertir a la persona en un objeto de necesidad y deseo a través de la aspiración de ser la imagen de nosotros mismos. En nuestro libre albedrío, hemos querido ser como la coca para el cocainómano, como el alimento para el hambriento, y como la noche oscura para el ladrón.

No obstante, las tres formas en que puede manifestarse el impulso artístico son: como objeto —una pintura, por ejemplo—; como gesto; y como reproducción —es el caso de un libro—.

Cuando intentamos convertirnos en un objeto hermoso, es porque erróneamente consideramos que *somos* un objeto, cuando en realidad el ser humano es precisamente las otras dos cosas: un gesto, y una reproducción del modelo humano. Uno sólo tiene que montar en el metro en hora punta, bajarse en una estación y ver a toda la gente que espera para subir y bajar: quedará deslumbrado por la cantidad de

personas que hay en el mundo. Cada persona es una reproducción del modelo humano: duerme como otros humanos, come como otros humanos, ama como otros humanos, y nace y muere igual que el resto de los humanos. Somos gestos, pero no nos parecemos tanto a un cuadro original como a un ejemplar que forma parte de una edición de cien mil libros a la venta.

Y los gestos que elegimos se revelan como juego sucio. En lugar de ser, uno aparenta ser. Y la tramposa se parte el corazón.

Pese a todo, ¡cuán increíblemente sublime era el sexo en sus inicios! Las cenas, las noches, los cuadros, mi belleza, la de él, la de ella, la de ellos. Al principio, las drogas nos procuraban una sensibilidad para percibir lo sublime en la naturaleza y en nosotras.

Al tomarlas nos quebrábamos en mil pedazos. Nos parecía

entonces que jugábamos sucio, cuando ya estábamos divididas en mil pedazos y el sexo y las drogas no nos quebraban en cien mil pedazos más ni nos recomponían de nuevo.

Pero durante aquellos primeros días en el mundo nadie tenía queja de nosotras.

Capítulo 10

¿QUÉ ES EL DESTINO?

Sigo escribiendo mal *alma*. Es la única falta de ortografía grave que cometo. Me produce tal malestar que procuro no hablar nunca de ese asunto, con nadie. Cada vez que escribo la dichosa palabra me corrijo rápidamente, y me concentro en no pensar más en ello. Es como cuando le pasas por encima a un pajarillo de noche en una calle desierta: mantienes los ojos fijos en la carretera y sigues conduciendo. Nadie te ha visto, es algo que queda entre el pájaro y tú. Ya no tiene remedio… Ya está hecho.

Pues lo de escribir mal alma es igual. Ya está hecho, no tiene remedio. A otra cosa. La vida es muy corta, y ese error tipográfico no tendría que formar parte de las cuestiones que me planteo a lo largo de la vida, igual que tampoco debería preocuparme de si es cierto que he vendido mi alma, o de si en realidad no tengo un alma que vender. No debo obcecarme. A quién coño le importa eso en este mundo de mierda. Hay problemas mucho más profundos e importantes por los que una joven, sola en su dormitorio, podría rajarse el cuello y morir antes que hacerse cruces por el estado de su alma, cuando tantísimos

grandes artistas antes que ella se pasaron décadas estudiando un mismo lienzo en blanco en su taller, quince, dieciséis horas al día, mientras sus matrimonios se iban a pique.

No soy tan tonta como para tirar mi vida por la borda sólo porque dentro de mí sufro la carencia del alma. Porque la vendí. Y ya no recuerdo a quién. Ni por qué. Ni cuándo.

Cuando me despojo de mis sueños, de las capacidades que creo poseer, de todo aquello que nunca he dicho, de lo que creo sentir hacia otras personas pese a no manifestarlo, de todas las reglas que me he impuesto y que no respeto… Compruebo que no he hecho muchos más méritos que cualquier otro para merecer la gran etiqueta «Yo». En realidad, aparte del hecho de ser la única persona que habita este piso, no tengo muy claro qué rasgos me distinguen.

El conocimiento de algunas personas es fabuloso, parecen vivir en un plano de la especie completamente diferente. Por algún motivo, se muestran impávidos ante la nada. Están colmados de historia, de leyendas, de hermosa poesía y de todos los gestos de las grandes figuras de todos los tiempos. Al hablar, se embarcan en un mar de su exclusiva propiedad. Es como si hubieran nacido para ser los padres de todos nosotros. Me encantaría poder empalarlos a todos, un día de éstos. Aunque sé que no lo haré. Nunca se me reconocerá por un gesto como ése, así que mejor nos olvidamos.

Pensar en ello no me ayuda en nada a vivir en el plano de los vivos.

Y, sin embargo, estos días hay una personalidad de la Historia que logra apaciguarme: Moisés. Hasta hace una semana no recordaba que de joven mató a un hombre, a un egipcio, y lo enterró bajo la arena. Al día siguiente vio a dos hombres enzarzados en una pelea.

Cuando trató de separarlos, le dijeron: *¿Y qué pasa si no lo hacemos? ¿Nos vas a matar a nosotros también?* Se asustó. Pensó: *Todo el mundo sabe lo que he hecho*.

Fue entonces cuando huyó de la ciudad.

Y es el rey de los judíos… *Mi* rey. Si así se las gasta mi rey, ¿qué me cabe esperar de mí misma? Si Dios le tuvo que ordenar al rey de mi pueblo que se quitara las sandalias, pues pisaba suelo sagrado cuando se dirigió a él por primera vez, yo (que nunca he hablado con Dios) no debería preocuparme de estar constantemente pisando suelo sagrado con las zapatillas de deporte. Antes me causaba

inquietud no parecerme lo suficiente a Jesucristo, pero ayer recordé quién era mi rey en realidad: un hombre que, ante la petición de Dios de sacar a su pueblo de Egipto, dijo: *¡Pero yo no soy buen orador! ¿Por qué no se lo pides a mi hermano, mejor?* De modo que no debe de ser tan difícil vivir esta vida con un poquito de honradez.

No me hace falta ser tan fabulosa como el líder del pueblo cristiano.

Puedo ser una cobarde e inepta asesina, igual que el rey de los judíos.

Capítulo 11

LA ESTACIÓN DE AUTOBUSES

En la estación de autobuses, en un asiento de plástico moldeado de color naranja, estuve hojeando un tocho titulado *Artistas importantes*, el único libro que metí en la maleta. Me lo había prestado Sholem hacía unos meses. Ahora que había perdido toda esperanza de hallar mi alma si me quedaba allí, estaba dispuesta a emprender otro camino hacia lo único que podría justificar mi fealdad interior: me volvería Importante.

Con el libro apoyado en el regazo, iba pasando las páginas con mucho cuidado, usando un fluorescente rosa y otro amarillo, igual que una jovencita embarazada, bella y angustiada, que estudiara para sus exámenes de Medicina. Soplé un poco de arena que había pegada en el lomo del volumen.

Tras leer las biografías y tomar las notas convenientes, me enteré de que esos artistas habían nacido en ciento once ciudades diferentes; pero, durante la fase Importante de sus carreras, vivían en treinta y nueve. Veintitrés de esas ciudades solamente albergaban a un artista, y las dieciséis restantes acogían al resto. El veintisiete por ciento de los artistas había abandonado su país de origen, y ni uno solo de los nacidos en América había salido del continente.

De las dieciséis ciudades donde vivía más de un Artista Importante, seis solamente contaban con dos artistas que fueran considerados Importantes: Buenos Aires, Río, Vancouver, Leipzig, Tokio y Colonia. Obvié esas seis, pues las probabilidades de volverme Importante en ellas eran bastante escasas, y entonces

únicamente me quedaron nueve ciudades en las que vivían tres o más Artistas Importantes:

Glasgow

4

Dusseldorf

5

Ciudad de

6

México

París

7

Amsterdam

8

Los Angeles

9

Londres

15

Berlín

19

Nueva York

30

¿Incluiría la lista en un futuro…

Toronto

3?

¡Pero no podía pensar en eso ahora! No estaba viviendo el porvenir, sino el presente.

Hice una breve pausa antes de tomar una decisión, arrullando en mi corazón aquellas ciudades-con-sólo-un-Artista-Importante, igual que si estuviera a punto de darles muerte: Amberes, Viena, Varsovia, Barcelona, San Fernando, Douarnenez, Helsinki, Puerto España, Zúrich, La Habana, Frankfurt, Milán, El Cairo, Tarnów, Las Palmas, Hermosa Beach, Seúl, Altadena, Matsudo, Ho Chi Minh, Santo Bello Jesús, Rheydt.

La respuesta era evidente: Nueva York. Ya lo era antes de empezar con los cálculos. Podía estar allí en doce horas, tirando por lo barato, en autobús. Allí aumentaban las probabilidades de conocer a alguien Importante, y de esa manera volverme Importante yo también. Me dirigí a la ventanilla, y la señora me explicó que un autobús saldría al cabo de dos horas justas. Le tendí mi tarjeta de

crédito, firmé la promesa de pagar ochenta y nueve dólares, y me guardé el billete en el bolsillo.

Llamé a Ryan para decirle que podía quedarse en mi piso, visto que era más grande que el suyo. Luego, hecha un manojo de nervios, llamé a Israel y le conté que me iba a Nueva York. Cuando me preguntó por qué razón, le dije que para acabar la obra. No era verdad, pero quería dejarlo perplejo. Hubo un silencio al otro lado de la línea.

Entonces, dijo: *Que escribas hasta que se te caigan los putos dedos*.

Al salir de la estación para fumarme un pitillo, desconsolada, pasé junto a dos adolescentes con sus mochilas que estaban paradas frente a un bar de bocadillos, examinando el menú iluminado.

—A todo esto, ¿qué es «queso americano»? —oí que decía una de ellas.

Y la amiga respondió:

—Debe de ser algo con sustancias químicas.

Capítulo 12

SHEILA VAGA POR NUEVA YORK

Llamé a Jen, la chica que me alojó en Francia, y le pregunté si podía dormir en su casa las primeras noches que pasara en Nueva York hasta que encontrara piso. Había vuelto a Estados Unidos y, con su acostumbrada amabilidad, se prestó a ayudarme. Estaba deseando verla, y nos imaginaba haciéndonos íntimas amigas.

Durante el trayecto estuve mirando por la ventana y rememorando los días felices que pasamos juntas en París.

Recordé un día que fuimos al Museo de Orsay y me quedé al fondo de una de las galerías, contemplando embelesada durante un cuarto de hora un lienzo diminuto que retrataba un simple espárrago. Era lo más conmovedor que había visto en mi vida, y estaba pintado con una ternura y una pincelada tan suelta que apenas si parecía un

«trabajo». Cuando por fin miré quién era su autor, descubrí que era Manet, uno de mis pintores predilectos. En ese momento me pregunté si no habría algo en su mano o en su alma —o en cualquier otra parte — tan esencialmente suyo que me atraía y me hacía amar cualquiera de sus creaciones, aun ignorando que lo fueran.

Cuando Jen y yo salimos del museo, le conté mi experiencia con el cuadro del espárrago. Entonces, ella me dijo cuál era su cuadro favorito: *La lucha de Jacob con el ángel*. Mientras caminábamos entre la brisa leve y ligeramente húmeda de París, me explicó por qué le gustaba:

—Personalmente, siempre que lucho me imagino forcejeando con un demonio. Pero cuando vi ese cuadro me di cuenta de que

no, de que es un ángel. Ahora trato siempre de recordar, cuando lucho, que lo hago con un ángel. —Guardó silencio un instante, y añadió—: Y me dan muy mala espina esos seminarios de crecimiento personal en los que uno trata de ser mejor, ¿sabes?

Seguramente necesitamos sufrir para… En fin, para romper los hechizos.

Llegué a su piso del Lower East Side a las diez de la mañana del día siguiente, toda sudada tras una noche entera de viaje y notando la suciedad por todo mi cuerpo. Era un día soleado. Arrastré mi pesada maleta por el metro y las calles. Recogí las llaves en un local de bocadillos que había cerca de su casa, entré en el piso y me tumbé en el sofá, que estaba vestido con sábanas blancas a modo de cama. En la almohada había una nota de Jen, en la que me decía que nos veríamos cuando saliera de trabajar. Habíamos quedado en asistir aquella misma noche a una conferencia que daba un joven novelista gráfico muy importante.

Me quedé allí tumbada un buen rato, con los ojos bien abiertos.

Era un piso muy amplio y moderno, decorado en tonos marrones y rojos muy vivos, propiedad del novio rico de Jen. Ella se pasaba la mitad del tiempo sola debido a los constantes viajes de él.

Trabajaba en algo de tecnología, y una vez Jen me contó que tenía síndrome de Asperger. Luego, me aseguró que el sexo con los chicos de Silicon Valley no estaba tan mal, porque se habían leído todos los manuales.

Aquella noche estuvimos un rato charlando mientras Jen comía una cena fría. Empecé a ponerme cada vez más nerviosa. Pasaba el tiempo, y me dio la impresión de que nunca saldríamos del piso. ¡Yo quería mezclarme con la gente Importante! Tenía miedo de llegar tarde. No quería pasar toda mi estancia en Nueva York metida en el piso de nadie. Me puse la chaqueta, con la esperanza de que Jen pillara la indirecta, pero en vez de seguirme me enseñó un regalo

que le había hecho su novio: un loro de felpa que estaba posado en el filo del tablero de cristal de la mesa del comedor. Se acercó al papagayo y empezó a meter y sacar una galletita de goma que llevaba en el pico. *¡Come! ¡Come!* , le decía. Al final, opté por plantarme en el recibidor. Jen vino a mi encuentro, pero después de coger el bolso volvió a mirar al loro por encima de su hombro.

Parecía angustiada y contrita. *Me parece que aún tiene hambre*, declaró, y volvió a toda prisa a meterle de nuevo la galletita de plástico en la boca. Yo me apoyé en el quicio de la puerta y me quedé mirando, muy enojada. Nos pasamos el resto de la noche en ese plan.

Así fueron mis primeros días en Nueva York. Pero le pasa a todo el mundo, lo sé.

Capítulo 13

EL DESTINO ASOMA SU FEO ROSTRO

Al día siguiente deambulé por la ciudad mirando las fachadas de todos los edificios por si veía algún piso en alquiler. Aquella misma mañana había escrito un email a las del teatro en el que le pedía a la productora que cancelara la obra. Su respuesta llegó diez minutos más tarde, y en ella aseguraba estar muy decepcionada. Me dio igual. Mientras pateaba las calles, mis únicos pensamientos eran para Israel.

Allí, bajo la luz del sol, evoqué todos los recuerdos que tenía de él: una tarde, al principio, cuando aún se sentía conmovido por mí, sacó de su ropero un lienzo en el que solamente había pintado mi nombre sobre un mar púrpura, como una vagina abriéndose, y después de mostrármelo, en cueros, durante un momento, lo devolvió a su lugar con timidez. Hasta yo, que estaba cegada por lo que sentía por él, sabía que no era bueno. Era un genio, pero no un genio de la pintura. Era un genio del follar. Si pintara tan bien como follaba, el mundo entero lo habría colgado de sus paredes sólo por admirar su polla y sus caderas.

Su piel era del color de los tomates, y sus ojos del color de la mostaza, y las orejas del color del conejo estofado, y los pies del color de la hierba. Y los aromas que despedía eran de tomate, mostaza, conejo y hierba. Y cuando sonreía, era como mostaza en los labios de una herida. Cuando me tocaba, mis células se multiplicaban como conejos: más sangre, más carne. Todo mi ser cobraba vida para reproducirse y sentirlo el doble, el triple; mi cuerpo se multiplicaba para satisfacerlo.

Los ojos empezaron a escocerme y se me colmaron de lágrimas calientes al considerar, desde su punto de vista, la primera vez que nos acostamos. Habría vuelto a su casa con la polla y los pelos de alrededor impregnados del olor de mis fluidos, y tal vez se hubiera pasado la mano por ahí para recuperar mi aroma e inhalarlo en la intimidad de su propia casa, en la cama, y tal vez se hubiera embriagado de él.

Yo casi no le había hablado de él a Margaux, pues se volvía muy irritable cuando la conversación versaba sobre relaciones sentimentales u hombres. Pero muy al principio de mi relación con Israel me acerqué a su piso una tarde; llevaba cuarenta y tres horas sin saber nada de él, y me puse a dar vueltas por su cocina igual que una fiera enjaulada, hasta que ella se decidió a sosegarme. Me instaló en la otra habitación, delante del televisor, y me puso una película mientras ella pintaba en la estancia contigua. Era una peli francesa que iba del amor, el sexo y la servidumbre. Total, que dos horas más tarde aparecí

en su taller exclamando, al borde del llanto:

—¡El amor es una batalla entre sexos, en la que el hombre gana siempre porque así resulta más erótico para todo el mundo!

Sin darse siquiera la vuelta, Margaux dijo:

—Tenía que haberte puesto otra película.

La noche siguiente fui con Jen a una fiesta donde conocí a una chica que se llamaba Anjali. Era una muchacha delgadita, y su oscura melena, muy pulcra y lustrosa, le caía por debajo de los hombros. Su padre era francés, su madre hindú, y ella había vivido en ambos países y ahora estaba en Nueva York. Me cayó bien enseguida, como a veces pasa. Resultaba imponente, con sus ojos brillantes y apasionados; empezamos a departir animadamente en un rincón, y pronto nos encontramos hablando del amor.

ANJALI

Había decidido que no podía tener novio justo entonces, porque no me iba a hacer ningún bien… Necesitaba definirme, aprender a disfrutar conmigo misma sin sacrificarme por otra persona.

Solamente me apetecía pasarlo bien, comportarme de forma frívola, dislocada, despreocupada, y gozar de la vida, y beber, salir por ahí y, en fin, follar. Bueno, pues estaba en una fiesta en París y conocí a un italiano, y conectamos. A las siete de la mañana nos fuimos cuatro (un paquistaní, una griega, él y yo), y como yo vivía muy cerca de donde se celebraba la fiesta les propuse que fuéramos todos a mi casa a dormir, porque estábamos reventados.

SHEILA

Ajá.

ANJALI

Bueno, pues la griega y el paquistaní prefirieron irse a sus casas, pero el italiano se apuntó a dormir en mi piso. Llegamos, y salimos al balcón a fumarnos un cigarrillo; a él le entró frío y volvimos adentro. Estábamos en el sofá, muy cerca el uno del otro, y de pronto me suelta: *Mira, me parece que me voy a ir*. Yo me quedé en plan: *Vale*… Y añade: *Pero dame tu número y todo eso*. Le doy mi número, sin pensar que me fuera a llamar ni nada, y al día siguiente va y me manda un mensaje diciendo: *Oye, si necesitas que te echen una mano para hacer*

chapucillas en casa llámame y me pasaré a ayudarte.

SHEILA

(*avergonzada*) ¡Yaya, muy bonito!

ANJALI

Le contesté que no me hacía falta ningún manitas, pero que si quería tomar un café, por mí estupendo.

Ambas se echan a reír.

SHEILA

¡Qué extraño ofrecimiento!

ANJALI

Así que quedamos para comer, y se puso a contarme su vida sentimental, la cual era muy, pero que muy complicada…

SHEILA

(*con una risita*) ¿Su «vida sentimental»?

ANJALI

Así se dice en francés… *La vie sentimentale*… Su vida amorosa.

SHEILA

Qué bien.

ANJALI

Empezó a contarme que había estado muchos años con una chica, que él la quería y ella lo quería a él, pero ella quería tener un hijo desesperadamente y él no. No podía asumir el concepto de la paternidad, así que ella le dijo: *Vale*. Lo abandonó, y en menos de un año se quedó preñada. Había conocido a otro. Y ahora la otra tenía un niño, y él seguía sin resolver sus problemas con la paternidad. Entretanto, conoció a una chica mucho más joven, y, mmm, él era la clase de tío al que le gusta ejercer de padre, y ella necesitaba una figura paterna, pero ahora él estaba en plan: *Vale, no puedo seguir jugando a ser papi porque debo resolver el tema de asumir la paternidad y tengo que aprender a ser el padre de una criatura y no de una mujer, de*

modo que me iré un año a París a

reflexionar acerca de todo esto. ¡Y en ese fregao estaba metido entonces, el tío! Y va y me cuenta todo eso…

Sheila se ríe.

Y yo me quedo en plan: *Mira, el sábado pasado ¿por qué no…? A ver, te vienes a mi piso y veinte minutos más tarde te largas. ¿Qué pasó? ¿Te asustaste?* Y a él le pilló por sorpresa que se lo dijera tan de sopetón, y me dice que sí, que se asustó. Que tenía muchas ganas de besarme, y que por eso se asustó y se marchó. Y yo me quedé: *Ajá, bueno, qué pena. Primero tenías que haberme besado, y luego irte*.

Se ríen las dos.

SHEILA

A lo mejor es que es muy sensible, y cree que se va a enamorar de ti.

ANJALI

¿Pero eso no es cosa…

SHEILA

… de mujeres?

ANJALI

¡Sí! Los tíos en Francia están fatal. A todos les dan miedo las mujeres. No están preparados para comprometerse ni para ser padres (algo que ciertas mujeres suelen exigirles), y por eso no quieren juntarse con el tipo de mujer-madre, por así decir. Pero luego, al mismo tiempo, las mujeres que son más tirando a amantes o putas son demasiado dominantes, y tienden a mantener todo bajo control, lo cual también asusta. Por eso de repente ha aumentado

tanto la homosexualidad. O sea, siempre ha habido homosexualidad en Francia, pero ahora es en plan: *Vale, es más fácil estar con un tío porque no tengo que preocuparme de estos problemas*.

SHEILA

¿En serio? ¿Tan fácil crees que es volverse… ser homosexual?

ANJALI

Ah, sí, en Francia sí.

SHEILA

Pero, a ver… ¿Para un ser humano? ¿Para un hombre?

¿Simplemente cambiar el…?

ANJALI

No sé si se les altera la libido, pero lo que sí que cambia es…

mmm… su área de asunción de riesgos. Perciben que el sufrimiento que implica estar con un hombre es menor.

Después de la fiesta, Jen y yo estuvimos paseando. Me sentía llena de vida, y enamorada de Anjali, y segura de que estaban a punto de pasarme cosas buenas. El aire era cálido, y como no era muy tarde, fuimos a la segunda sesión de las charlas del novelista gráfico. Nos acomodamos en el auditorio para ver al autor en el escenario. En un momento determinado, durante el turno de preguntas del público, afirmó que muchas veces se le acercaba gente al final de sus intervenciones para manifestarle o más bien quejarse del hecho de no ser tan buenos dibujantes como él, pese a trabajar con ahínco.

Solían preguntarle cuál era el secreto. A menudo eran personas de treinta y pocos años, como él. El autor, que siempre accedía a conversar, se enteraba entonces de que la mayoría de esa gente había empezado a dibujar hacía tres o cuatro años. ¿De qué se quejaban? Él se puso a dibujar en serio cuando tenía dos años.

Durante el camino de vuelta a casa, Jen me desveló sus inseguridades, espoleada por aquella charla. Ese tipo representaba precisamente la clase de persona que conseguía que su vida le pareciera una mierda. Le angustiaba no ser nunca sobresaliente en nada. Se había pasado gran parte de su vida preguntándose dónde estaría su padre, y durante la veintena no había hecho otra cosa que ir de fiesta y acostarse con unos y con otros. No había elegido precozmente un camino profesional que pudiera seguir y que le permitiera ir prosperando como persona.

Nada deseaba más que animarla. Me armé de valor y le dije:

—¿Y qué si no llevas dibujando cómics desde los dos años? *¡Da igual!* Estoy convencida de que todo el mundo lleva haciendo *algo* desde que tenía dos años. Y apuesto a que el genio no es aquel que lleva

dibujando cómics desde chico, sino la persona que, desde que tenía dos años, ha estado preguntándose dónde estará su padre…

Jen aligeró entonces el paso, y yo hice lo mismo.

Más tarde, ya en casa de Jen, Sheila recibe un email de Israel…

1. hola, Zorra:

2. mira, vas a hacer una cosa para mí.

3. quiero que este fin de semana o el que viene, da igual, salgas en minifalda y sin bragas. irás a un bar o a una terraza con mucha gente.

4. y allí me escribirás una carta, a mano. el estilo de la carta debe ser el de una chica en primero de carrera, o de campamento, que escribe a sus padres.

5. me contarás lo mucho que añoras tener la boca llena de mi lefa, y que estás deseosa de volver a casa y complacerme hasta que acabe el verano.

6. también tienes que escribir sobre cómo mi rabo te ha cambiado la vida.

1.mientras escribes, quiero que tengas las piernas abiertas para que, cuando alguien te mire, te vea el coño mojado.

2. escoge a alguien del lugar que consideres digno de admirar tu coño, un viejo, por ejemplo. pero tienes que ir de tímida, que no se note que sabes que te está viendo el coñito.

3. concéntrate en escribir, y levanta la vista de vez en cuando para comprobar que te esté mirando.

4. compórtate con naturalidad, y cuando termines la carta, me la mandas.

Se me congeló la sangre en las venas.

Capítulo 14

SHEILA SE PASEA POR LA COPISTERÍA

A la mañana siguiente salí a comprar folios, sobres, sellos y un boli.

Anduve sin rumbo durante unas quince manzanas hasta que me fijé en

un cartón desgastado que colgaba del ventanuco del sótano de un edificio rojizo de piedra, en el cual habían escrito con rotulador negro: COPISTERÍA. Debajo, una línea que representaba un pan ácimo y cuatro palabras: TENEMOS LECHE DE PÁJARO. ¡La leche de pájaro era el dulce preferido de mi padre! Mi madre se lo hacía durante sus primeros años de casados. Era una especie de sopa de natillas sobre la que flotaban unas nubecitas de clara de huevo. Ese sitio me estaba llamando, como por obra del destino; allí encontraría justo lo que necesitaba.

Bajé el tramo de escaleras y entré en un local alargado y angosto con las paredes forradas de estantes abarrotados de tinta, papel, bolis, pegamento, grapadoras, reglas y algunos artículos que no logré identificar. Casi al fondo había un mostrador diminuto y desordenado con un ordenador centenario que en la parte superior tenía pegadas unas notitas de colores en hebreo. Detrás del mostrador había un pequeñísimo espacio a modo de oficina, separado del resto por un murete. Por todos lados se veían cajas apiladas. De entre el polvo surgió un hombre no muy alto y medio calvo con un jersey andrajoso y unos pantalones de color beis.

Tenía la cara redonda y bien afeitada, y mientras yo trataba de avanzar entre aquel desbarajuste se me quedó mirando con sus ojillos.

—He visto el cartel de la leche de pájaro —declaré.

—¿Pero sabes lo que *significa*? —preguntó en un tono acusador y agraviado—. ¿Sabes acaso lo que *es* la leche de pájaro?

Le contesté que era el postre favorito de mi padre.

—¿Cómo? ¡No! ¡Esos carteles los cuelgan los tenderos de Praga! ¡*Tenemos leche de pájaro* quiere decir *Tenemos de todo*!

Se aclaró la voz, indignado, pero resultaba obvio que quería seguir hablando, pues a continuación añadió:

—Soy judío. Judío de nacimiento. A propósito, un judío es un judío, ¿lo sabías? Aunque te conviertas a otra religión: seguirás siendo judío.

SHEILA

Sí, creo que sí.

SOLOMON

¡No hay «creos» que valgan! ¡Se trata de nuestra religión!

SHEILA

Siempre y cuando tu madre sea judía.

SOLOMON

Explícame a qué viene eso de que la madre sea judía y el padre no.

SHEILA

Porque siempre se sabe quién es la madre, mientras que el padre no está tan claro.

SOLOMON

Bah, gilipolleces.

SHEILA

No se sab… ¡No siempre se sabe quién es el padre!

SOLOMON

Eso es una gilipollez. Una gilipollez como un castillo.

SHEILA

Porque es el padre el que transmite el judaísmo cultural, el que enseña las leyes, pero la madre transmite…

SOLOMON

No, no, eso es completamente absurdo.

SHEILA

¿A qué se refiere con absurdo?

SOLOMON

Es absurdo, porque en la antigüedad el judaísmo no funcionaba así.

Se produjo un cambio entre los siglos seis y nueve.

SHEILA

¿Y por qué ese cambio?

SOLOMON

¡Ajá! ¡Eso digo yo! *¿Por qué?*

SHEILA

¿Y bien?

SOLOMON

Existe un buen motivo.

SHEILA

Pues dígamelo.

SOLOMON

No lo sé.

SHEILA

¿Que no lo sabe? ¿Sabe *cuándo* sucedió, pero no sabe *por qué*?

SOLOMON

Es uno de los debates más candentes de las escuelas judías desde hace veinte…

SHEILA

¿Y cuáles son las conjeturas?

SOLOMON

¿Qué conjeturas? ¡Nadie sabe el motivo! En realidad no hay una respuesta. No tiene nada que ver con los genes.

SHEILA

O sea, que me está diciendo que hubo un cambio entre los siglos seis y nueve. Que, de ser el padre quien transmitía la religión, se pasó a la madre…

SOLOMON

Personalmente, opino que tiene algo que ver con la ocupación.

SHEILA

¿Qué ocupación?

SOLOMON

La de los padres.

SHEILA

¿A qué se refiere con la ocupación de los padres?

SOLOMON

¡A lo que *hacen* los padres!

SHEILA

Desarrolle.

SOLOMON

¿Qué *hacían* los húngaros? ¿Cómo es que tenemos húngaros? ¿De dónde *son originarios* los húngaros?

SHEILA

De Hungría

SOLOMON

¡No, no! ¡No proceden de Hungría!

SHEILA

¿Pero de qué habla? Explíqueme lo que quiere decir con eso de la ocupación de los padres. ¿Se refiere a las cosas de las que se ocupaban… o a que sufrieron una ocupación?

SOLOMON

Verás, es que nadie lo sabe con certeza. ¿Por qué en ese período de tiempo acaeció un cambio tan drástico? No hay respuesta.

SHEILA

Pero tiene sentido, ¿no? Si los padres no están presentes, ¿quién si no la madre transmitirá las tradiciones y la cultura a los hijos?

SOLOMON

Las madres no pueden hacer eso, porque no están lo bastante instruidas.

SHEILA

Pero las mujeres son las que mantienen las festividades, así que conocen las tradiciones. Son las que cocinan. Lo sé porque en mi casa es así. De modo que tiene sentido que las mujeres conozcan las tradiciones sólo por el ámbito doméstico, y que ellas las transmitan a los hijos.

SOLOMON

Ciertamente, eso que dices es una buena posibilidad. No digo que sea del todo mentira…

SHEILA

Si son tonterías o si estoy en lo cierto, no lo sé, pero tiene sentido.

SOLOMON

Lógicamente, lógicamente. Pero ése no es el motivo.

SHEILA

¿Y cuál es el motivo, entonces?

SOLOMON

Ése no es el motivo.

SHEILA

¿Y cuál es?

SOLOMON

Ése no es.

SHEILA

¿Cuál es el motivo?

SOLOMON

No lo sé.

SHEILA

¿Y cómo puede decir entonces que no es ése el motivo?

SOLOMON

Porque *no puede* ser el motivo.

SHEILA

¡Por qué!

SOLOMON

¡Porque no puede ser! Para que se produjera un cambio de esas dimensiones en una religión tan preponderantemente masculina como es el judaísmo tuvo que ocurrir algo muy drástico para que fueran las madres las que transmitieran la religión. Nos faltan piezas del rompecabezas, (*a un repartidor*) ¿Qué hay? (*volviendo a la conversación*) Por cierto, un tipo de Yale ha estado tratando de escribir sobre el tema, pero hasta ahora no hemos conseguido una explicación convincente…

REPARTIDOR

¿Cómo se escribe?

SOLOMON

«Solomon»: ese, o, ele, o, eme, o, ene… ninguna explicación convincente al respecto. Es crucial llegar a comprenderlo. Y los rabinos tampoco hallan respuesta. Mira, te voy a explicar dónde está el problema. Cuando se fundó el estado de Israel en el 48, se decidió no redactar una constitución. ¿A ti eso te parece bien o mal?

SHEILA

¿Tienen pensado escribirla algún día?

SOLOMON

Bueno, cuando se produzca el advenimiento del Mesías. ¿Qué opinión te merece?

SHEILA

¿Y cómo van a vivir hasta entonces? ¿Por qué principios se regirán?

SOLOMON

Por los principios de… sabe Dios. ¡Por *sus propios* principios!

SHEILA

¿Principios individuales?

SOLOMON

¡No tengo la menor idea! Los judíos se las apañan bien. Ellos saben vivir mejor que nadie.

SHEILA

(*se ríe*) Tienen un pacto con Dios.

SOLOMON

Lo que tienes que hacer es… Pensar es una cosa muy compleja, algo que ya no se hace. ¿Me entiendes? Pensar es una cosa que la gente ya no practica, porque hemos dejado de pensar, porque si la gente pensara, no nos habríamos metido en el lío en que nos hemos metido nosotros solitos.

SHEILA

Pero la gente siempre se ha metido en líos.

SOLOMON

Olvídate de eso. Total, que lo que tenemos es un caos judicial, y ese caos judicial es el causante de todas las guerras que se libran ahora mismo. Han echado a perder sus oportunidades de supervivencia debido a su incapacidad para redactar una constitución. Ésa es mi teoría… Mi teoría filosófica. Si no estableces unas reglas mediante las cuales gobernar, estás abriendo la puerta a toda una serie de cosas que, sabe Dios… ¿Sabes que no existe ni un solo testimonio en toda la historia de Egipto de los esclavos judíos?

SHEILA

¿Cree entonces que es mentira?

SOLOMON

Yo no he dicho eso. ¡Cómo iba yo a decir eso!… No tiene nada que ver con mentira o verdad.

SHEILA

¿Y por qué no dieron testimonio? A lo mejor es que no pensaban que fuera importante.

SOLOMON

No, no, yo me refiero a los egipcios.

SHEILA

Sí, pero ¿para qué iban a hablar los egipcios de sus esclavos?

SOLOMON

¿Y por qué no? Hicieron jeroglíficos para todo. Quiero decir que decoraron con jeroglíficos…

SHEILA

Pero tal vez los esclavos de uno queden por debajo de toda consideración.

SOLOMON

No, pero aquí manda el rey, y existían siete mil esclavos. ¿Por qué no iban a mostrarlos, cuando muestran todo lo demás?

SHEILA

¿Hablaban de insectos?

SOLOMON

¡Claro que sí! ¡Los insectos eran muy importantes!

SHEILA

Quizá es que los esclavos están por debajo de los insectos.

SOLOMON

No creo, no creo.

SHEILA

Bueno, pero para mostrar algo tienes que tenerle cierta estima.

Sheila empieza a repasar una pila de papeles, basura y libros.

SOLOMON

Lo que yo digo es que… Vamos a ser realistas. Si no hay testimonio histórico, la cuestión es: *Tenemos un problema*. ¿Y cuál es el problema? ¿Comprendes? No digo que tus preguntas no tengan su razón de ser. *Puede* que tus preguntas sean las adecuadas. Pero, mira, tiene que haber una reflexión más profunda.

SHEILA

Espere un momento. ¿A qué se refiere con una *reflexión más profunda*?

SOLOMON

Te lo explicaré. Yo reflexiono mucho. Vale, pues… No toques eso.

SHEILA

(*con un libro en la mano*) Y este libro, ¿qué es?

SOLOMON

No toques eso.

SHEILA

¿Qué libro es éste?

SOLOMON

No lo toques… Son cosas mías. No puedes… Escúchame: no toques lo que tengo aquí porque como te pongas a toquetear esto se va a convertir en un… en un…

SHEILA

En una leonera.

SOLOMON

Sí, en una leonera, déjalo ya, porque a mí no se me ocurriría tocar tus cosas. Pues, eso. ¿De qué estábamos hablando?

SHEILA

(*soltando el libro*) Quiero saber cómo es eso de pensar en el desierto y en qué se diferencia de pensar en la ciudad.

Un joven ha estado mirando las desordenadas estanterías sin mucho interés.

SOLOMON

Caballero, ¿puedo ayudarlo en algo?

JOVEN

¿Tiene bolis?

SOLOMON

Sí. ¿Y usted dinero?

JOVEN

Claro que sí.

SOLOMON

¿Qué clase de bolígrafo buscaba? ¿Quiere algo que enriquezca su mente, o que enriquezca su bolsillo?

JOVEN

(*tras una pausa*) Me conformo con algo que escriba en condiciones.

SOLOMON

Está bien

Solomon saca algo de debajo del mostrador.

¿Qué le parece éste? Es un bolígrafo de gel.

JOVEN

Un bolígrafo de gel…

SHEILA

Es bueno. Yo acabo de comprarme uno. Es el mejor con diferencia.

SOLOMON

Ay, Dios.

SHEILA

¡Es un buen boli!

JOVEN

¿Cuánto vale?

SOLOMON

¿Cuánto está dispuesto a pagar?

JOVEN

Un dólar

SOLOMON

Dos. Lo vendo a dos con cincuenta.

JOVEN

Vale. Me lo llevo.

SOLOMON

¡Vaya negocio! (*gritándole a su mujer, que está en la trastienda*) Enid, ¡acabamos de ganar dos dólares! Bueno, ¿y qué quiere hacer usted cuando crezca?

JOVEN

Esperaba estar ya lo bastante crecidito.

SOLOMON

Nunca termina uno de crecer, que lo sepa. Espero que se haga cargo. ¿Qué estudia?

JOVEN

Pues… rollos de ordenadores.

SOLOMON

Estamos en los inicios de la revolución… ¡De la revolución de los ordenadores! O de la evolución. Yo creo que en China acabarán fabricando personas que en realidad son robots…

El joven sale de la tienda.

Bueno, hay muchos elementos que no casan. Por ejemplo: cuando estuve en la universidad de Tel Aviv conocí a uno que estaba escribiendo un libro sobre esos siglos en blanco. ¿Sabes cuál es mi tema preferido?

SHEILA

Israel.

SOLOMON

¿Qué es un israelí? Es mi nacionalidad. De hecho, tengo escrito un preámbulo a la Constitución israelí. Te lo enseñaré para que lo leas,

son cinco minutos, no tardarás mucho. Como mujer inteligente que eres, tardarás a lo sumo tres. Y te voy a explicar por qué Martin Buber es un cretino.

SHEILA

¡Tengo que decir otra cosa!

SOLOMON

¡No, no, no!

SHEILA

¡Tengo que decir otra cosa! ¿Ha oído usted hablar de Margaret Mead?

SOLOMON

Pues claro que sí, me encanta. Estamos a punto de iniciar una conversación sobre antropología.

SHEILA

Escuche lo que decía Margaret Mead: «La más importante tarea de toda civilización es conseguir que los padres participen en el proceso de crianza y educación de los hijos».

Pausa.

SOLOMON

(*a voces*) ¡Enid! ¡Enid! ¡Enid!

ENID

(*a voces, hastiada*) ¿Qué?

SOLOMON

¿Has oído lo que acaba de decir de Margaret Mead? ¡Anda, explícale que suspendí el curso de Lamaze!

ENID

(*a voces*) Fue el único.

SHEILA

¿El único que suspendió, el curso de Lamaze? ¿Y eso por qué?

ENID

(*a voces*) ¡Porque se rajó!

SHEILA

¿Que se rajó?

SOLOMON

Por cierto… En ese tema, Margaret Mead es un fracaso total.

SHEILA

¿Por qué?

SOLOMON

¡Porque es un fracaso total! Porque… Te lo voy a explicar… El problema es el siguiente. Esas corrientes que llegan de cerca de China, y de Mongolia… ¿Sabes lo que traen? El chamanismo.

¿Sabes lo que es un chamán?

SHEILA

Un guía espir…

SOLOMON

Un intermediario entre Dios y tú, y un curandero también. Yo soy chamán, ¿sabes?

SHEILA

Vale.

SOLOMON

¿Lo sabías? Soy curandero. De hecho, lo soy de forma oficial.

SHEILA

¿Qué es eso del curso de Lamaze?

SOLOMON

Olvídate de eso. Es para el parto. Lo hicimos cuando Enid estaba embarazada. Fuimos al hospital a aprender aquello. Lo que pasa es que… No lo aguantaba.

Respira hondo.

En fin. Es totalmente absurdo. Al final dio a luz sin mí. Y… eh…

bueno. El problema no es el dichoso curso. El problema es otro.

Cuando salí de la copistería estaba molesta y frustrada. Solomon no era más que otro hombre que pretendía instruirme en algo.

Capítulo 15

¿QUÉ ES LA EMPATÍA?

Aturullada y con la sensación de que se me acababa el tiempo, fui a toda prisa a un restaurante que había cerca del río: una terraza cara, turística y abarrotada de gente. Las mesas eran de hierro forjado, con manteles negros. Había familias, parejas jóvenes, y a mi llegada todo el mundo bebía refrescos y comía ensaladas enormes.

Una camarera vino a mi encuentro y me acomodó más o menos en el centro del restaurante; pedí un Campari con soda y barrí con la mano unos granitos de arena que había sobre la mesa. Miré a mi alrededor

para examinar a mis vecinos y determinar cómo debía sentarme. A unos tres metros de distancia había un hombre mayor de aire circunspecto que vestía traje azul marino y sombrero.

Llevaba una camisa muy almidonada, y unos gemelos blancos asomaban por debajo de la manga del grueso traje. Atisbé sus piernas velludas en el espacio que quedaba entre el dobladillo del pantalón y los calcetines. En la mesa tenía un café y un periódico doblado, y pensé en lo que decía Israel en su email: *escoge a alguien del lugar que consideres digno de admirar tu coño, un viejo, por ejemplo*. ¿Por qué no este hombre, de entre todos los demás?

Di un sorbo a mi bebida y saqué del bolso el papel y el bolígrafo que acababa de comprar. La excitación me coloreó las mejillas cuando separé las piernas y miré el folio en blanco que tenía delante, concentrándome en actuar como si aquello fuera lo más natural del mundo. Mi actitud debía ser de indiferencia. Me metí el extremo del boli en la boca, lo saqué y empecé a escribir.

Procuré que la redacción reflejara lo perfecta y servicial que era (que seguía siendo, pese a haberme marchado), así como lo complaciente y abnegada que podía llegar a ser. Puse todo mi empeño en escribir de tal modo que Israel se pusiera aún más cachondo que con una carta real escrita por una adolescente desde el campamento de verano.

Llevaba unas tres páginas explicando al detalle cómo me había cambiado la vida su polla cuando empecé a sentirme presa de una extraña sensación: qué perverso resultaba llevar tanto tiempo atascada con la obra de teatro y, en lugar de ponerle todo mi empeño, estar allí escribiendo aquella carta de mierda, ¡una puta carta de mierda para deleite de Israel!

Alcé la vista y me percaté de que el hombre de enfrente se había marchado y que su lugar lo había ocupado un niño gordito que se reía abiertamente de mí por estar enseñando todo el coño. Se me hizo un nudo en la garganta, desplacé la mirada a sus padres y, colorada como un tomate, saqué torpemente un par de billetes, los tiré a la mesa, puse el vaso encima y salí corriendo.

Iba dando empujones a la gente mientras me abría paso a la carrera para alejarme de allí, con la cabeza gacha y el corazón a toda pastilla. Las lágrimas me empañaban los ojos, y los árboles empezaron a caer sobre los coches. Mi cerebro producía imágenes sin ton ni son, y me asaltó con gran vehemencia el recuerdo de un cuadro de Eli Langer, uno de los que formaban parte de aquella fatídica exposición: aparecía

una niña pequeña desnuda, con una tripita redonda, sentada a horcajadas sobre el cuello de un anciano también desnudo y tumbado boca arriba en una cama. Las piernas de la criatura se ceñían en torno al cuello del hombre, y el chocho quedaba en el lugar más destacado, justo debajo de la barbilla del tipo. *¡Esa niña no debería adoptar esa clase de postura!*

A medida que el cuadro se iba apoderando de mí, comencé a considerar que lo peor del abuso a menores debía de ser empatizar con el adulto, que se ve obligado a hacer esas cosas. Peor aún

sería experimentar ternura hacia el adulto porque lo amas, porque crees firmemente que algo en su interior lo compele a llevar a cabo esas cosas tan espantosas. Tu deseo sería ayudarlo para conseguir que se sintiera mejor, y para ello te someterías, obedecerías sin emitir un juicio. Si no, te sentirías culpable por hacerle sentir tan mal.

Pero lo siguiente sería confundir su deseo con el tuyo, con la diferencia de que tu deseo sería el de amar, y no el del acto en sí.

En lo sucesivo, sin embargo, resultaría muy complicado distinguir lo que los demás esperan que hagas y lo que *tú* quieres hacer. ¿Cómo ibas a saber siquiera lo que deseas, cuando a tan tierna edad el deseo se ha confundido con la empatia y la culpa?

¿Cómo pude castrar mi mente (¡mutilarla!) y desarrollar una completa inmunidad a discernir entre lo que era mío y lo que era del resto, para estar por fin en el mundo a *mi* manera? Aquella infinita capacidad de empatizar… ¡Había que sofocarla para poder actuar con libertad, para conocer mis propios deseos!

¿Quería escribirle esa carta a Israel porque *quería* hacerlo?

¿Quería liberar al pueblo de su yugo porque era un deseo que había absorbido del mundo, o de la historia de mi religión? ¿Era por eso por lo que quería acabar la obra? ¿Por qué había aceptado hacerla?

¿Por qué había venido a Nueva York? ¿Habían sido mis actos, todos, producto de una empatía impregnada de culpa por las perversiones de este mundo?

Al virar hacia la calle de Jen me mareé de pronto y tuve que apoyarme en un poste. Me dieron ganas de vomitar. Lo vi todo muy claro: había venido a Nueva York como si la ciudad fuera a ser mi maestra y yo la alumna. ¿Acaso no me había movido *siempre* por el mundo haciendo de todo y de todos una lección acerca de cómo

debería ser yo? Por algún motivo, me había convertido en lo peor que pueda existir: ¡yo no era más que otro hombre que pretendía instruirme en algo!

Capítulo 16

¿QUÉ ES EL AMOR?

Ignoraba por completo cómo había llegado hasta ese punto, y qué necesitaría hacer para arreglar lo que tenía dentro de mí. Me di cuenta de que mi vida estaba del revés, y de que me había convertido en lo que más odiaba. Pero ¿cómo enmendarlo?

No podía seguir más tiempo en casa de Jen. Cogí mis bultos, dejé una nota de despedida y me dirigí a la estación de autobuses.

Compré un billete para Atlantic City. Necesitaba estar cerca del mar.

Aquella noche caminé por el paseo marítimo, y luego abandoné el paseo y estuve andando descalza por la orilla. Hice todo lo posible por permanecer en silencio, y por no hacerme preguntas ni buscar a nadie que pudiera responderlas por mí. Me senté en la arena a contemplar las olas. Era horrible estar sola. Era capaz de sentir dentro de mi cabeza el peso del cerebro, cargado con todas las preguntas que llevaban años repitiéndose.

Por encima de mí volaban las gaviotas recortadas contra un cielo oscuro por la noche y las nubes. A lo lejos, donde se abrían las nubes, el azul era algo más claro. Ante mí, el océano tenía el color del acero. Las olas llegaban a la orilla para luego retirarse. Me resultó agotador pensar en la cantidad de tiempo que el mar llevaba haciendo aquello: siempre, sin interrupción ni final. No tenía sentido que, desde el inicio del mundo, los mares hubieran estado limpiándose y purificándose. ¿Cómo podían hacer eso las olas a cada momento y de forma tan natural…? Como si fuera la primera vez, como si fuera la última vez, como si fuera la vez de en medio,

como si fuera a durar eternamente, y como si fuera a parar algún día. El mar avanzaba y se alejaba meciendo todas esas posibilidades, todas ellas ciertas. Y sin embargo no se cansaba de sí mismo, como me pasaba a mí. ¿Por qué?

¡Es igual! Nunca encontraría respuestas para mí. Quería perder todo lo que poseía, o recuperar todo lo que había perdido. Me eché a andar en dirección a los casinos.

Yo no era un hombre en la cumbre de una montaña como los de los cuadros de Friedrich; yo no conquistaba lo sublime gracias a la sublimidad que me rodeaba, al imponente océano que dejaba tras de mí. Era todo lo contrario, y así sería eternamente. Volví al paseo marítimo y me detuve donde estaban todos los casinos.

Jugué a las tragaperras y perdí. Fui a la mesa de la ruleta y perdí.

Puse cincuenta al rojo, y perdí.

No me apetecía entablar conversación con nadie. Lo último que buscaba era la compañía de un hombre, pero eso resulta casi inevitable cuando estás en un bar, como estaba yo. No tardó en acercárseme un tipo de mediana edad con acento de las Indias Orientales y con una cara simpática y amable —pese a no estar yo de humor ni para la más amable de las caras—. Se sentó a mi lado y me sonrió, tendió la mano y dijo que se llamaba Ron. Le pregunté:

—¿Crees que todo el mundo va al cielo, o hay quien va al infierno?

RON

No creo que el padre afectuoso que nos creó sea capaz de juzgarnos.

SHEILA

¿No?

RON

Dios es un padre cariñoso y protector, igual que tu propio padre.

¿Por qué iba a mandarte al infierno por cometer errores? Lo dice la Biblia, en Salmos 91: *Y antes de que me reclamen, responderé yo*.

Significa que si crees en Dios, él ya se hace cargo de ti. Puede que no lo comprendas en este momento, pero con el paso del tiempo, te darás cuenta: *Oh, lo que pasó fue lo mejor para mí*. Yo siempre me siento guiado. Y si algo sale mal… Le digo a Dios: *Tú sabes más que yo. Lo dejo en tus manos*. Esa sensación es la mejor. Y sigues adelante. Algo acontecerá justo en el momento adecuado. Cuando hablo con Dios, Dios me escucha. Una vez me perdí en el norte de las selvas de Michigan…

SHEILA

¿En las selvas de d…?

RON

Al norte había una zona boscosa. Me extravié, y dije: *Señor, ayúdame*. Había nevado, no sabía cómo salir. Dije: *Señor, necesito tu ayuda*. Y, de repente, vi a un cazador que me dijo: *Es por allí.*

Siga, siga.

Pausa.

Todos los momentos son así, pero de diferentes formas.

Sheila se fija en que lleva alianza.

SHEILA

¿Tu mujer es tu alma gemela?

RON

(*vacila*) No, no lo es. Pero tengo una amistad muy afectuosa y muy pero que muy divertida con mi hijo. Creo que por eso estoy con ella.

SHEILA

¿Por eso estás con tu mujer…? ¿Por tu hijo?

RON

Creo que sí. Creo que sí.

SHEILA

¿Y *un hijo* puede ser el alma gemela? ¿Podría ser que tu alma gemela fuera tu hijo?

RON

(*se le ilumina el rostro*) Oye, pues puede ser. ¡Puede ser! (*breve silencio, frunce el ceño*) Pero con una mujer tienes relaciones sexuales. Y yo creo que el sexo es muy importante en esta vida. Por decirlo con otras palabras, la intimidad, amarse, abrazarse, besarse… ¿Qué estás bebiendo?

SHEILA

Whisky escocés.

Él pide lo mismo.

RON

Amarse, abrazarse y besarse. Pero ahí no acaba todo. Pasear, charlar, discutir, quererse. Divertirse en esta vida. Y compartirla con alguien… Ya sabes: eres mi esposa, y no estoy en casa, y te llamo y te pregunto: *Oye, ¿dónde estás?* Vuelvo a casa. *¿Dónde estás?*

Que te falte algo. *¿Dónde estará?*

SHEILA

¿La echas en falta?

RON

Sí.

SHEILA

¿Y tu mujer te echa de menos cuando no estás?

RON

Nunca me lo ha dicho. Su forma de pensar es muy diferente de la mía.

SHEILA

¿Cuál es su forma de pensar?

RON

Nunca la he llegado a entender. Y por eso estoy triste. Por eso bebo. Quizá.

SHEILA

Ah, y si tu mujer no es tu alma gemela, ¿crees que hay alguien que sí?

RON

Creo que ya he conocido a mi alma gemela, pero no estoy con ella.

SHEILA

Vaya.

RON

No lo sé a ciencia cierta, pero te lo digo con el corazón en la mano, (*bebe*) Conocer a un alma gemela es una de las cosas más hermosas y placenteras de la vida. Yo he visto parejas que son

almas gemelas. Nunca se separan. Pero cuando *no* es tu alma gemela… Nunca sale bien.

SHEILA

(*dando una calada*) El peor puro que me he fumado en mi vida. Y

me ha costado ocho dólares.

RON

¿Vives aquí?

SHEILA

No.

RON

¿Te vienes conmigo esta noche?

SHEILA

No puedo.

RON

O mañana por la noche.

SHEILA

No puedo. (*da otra calada*) ¿Para qué has venido a Atlantic City?

RON

Para conocer mujeres.

SHEILA

¿Para conocer mujeres?

RON

No, no necesariamente. Para disfrutar de la naturaleza. Y para conocer mujeres y hombres. Personas interesantes. Para conocer gente. Y observar animales. Y para gozar de la naturaleza de Dios, que es muy importante. Hacer ejercicios de respiración y pensar en Dios. Meditación.

Hace una larga pausa para beber. Ron deja el vaso en la mesa.

Mi mujer no es mi alma gemela. A mi alma gemela la conocí hace dos años. Y que Dios me perdone. Dios lo entiende. Dudo que mi mujer piense que yo soy su alma gemela. ¿Tú crees que es normal llevar… *seis años*? ¿Que una mujer no se acueste con un hombre?

No es mi alma gemela. Tu alma gemela te echa de menos cuando no estás.

Sheila deja de dar caladas al puro.

Aquella noche, en la soledad de mi diminuta habitación de hotel cuya ventana daba a los coches viejos y a la luz azulada del aparcamiento, dormí profundamente bajo las ásperas sábanas y tuve un sueño. Soñé que navegaba en una barca; al llegar a tierra, me apeaba y subía una montaña herbosa en cuya cima se extendía un descomunal cementerio. Miré a mi alrededor para averiguar qué hacer allí. Y vi una caja de marfil. La agarré y me pasé un buen rato mirándola, observando los dibujos geométricos mezclados con figuras diversas que formaban una perfecta simetría en sus cuatro lados. La caja resultaba ligera y pesada a la vez, era muy extraño.

Me acerqué al borde del precipicio con ella en la mano.

Me arrodillé y empecé a escarbar con las manos, pero entonces me detuve. Fui a otro lugar y comencé a remover la tierra. Pero de nuevo tuve la sensación de estar cavando en el sitio equivocado, de modo que me levanté y empecé a escarbar por todas partes, aquí y allá, hasta que el sol empezó a ponerse por detrás de la colina. Yo sabía que se me acababa el tiempo y que no podía postergarlo más,

así que hice un hoyo pequeñito y me di la vuelta para coger la caja.

La abrí, y tuve ante mí la cabeza de Margaux, amputada del resto del cuerpo, que con los ojos muy abiertos y asustados miraba en todas direcciones.

Me horroricé. Saqué la cabeza de la caja, la eché al hoyo con violencia y la cubrí con tierra; los ojos seguían parpadeando. No quería ver

aquella cabeza. Sabía que yo era una persona horrible.

No tenía ni la voluntad ni el valor de enterrar su cuerpo entero. La había profanado. Todo el mundo sabía que mi fortaleza no daba más que para enterrarle la cabeza.

Cuando desperté a la mañana siguiente, lo hice segura de cuál era mi auténtico cometido en el mundo. Me dije, sin titubear: *Vuelve a casa*.

Capítulo 17

ÉXODO

Aún no he encontrado la maleta. No recuerdo dónde la puse.

Supongo que acabaré encontrándola, y luego me pondré en marcha. Dios no mandó a Moisés al desierto solo. Mandó a Moisés con toda aquella gente. Así iré yo, me confundiré entre ellos con una sonrisa tan amplia que nadie se dará cuenta de lo difícil que me resulta.

¿Y qué si no he recibido la llamada? Ojalá una pitonisa no me hubiera asegurado que yo era una líder cuando resulta que en realidad soy una de las que van detrás. Va a ser difícil cambiar el chip después de tanto tiempo preparándome, de la forma más mediocre y humillante, para el papel de líder. Cada vez que pasaba ante un espejo me miraba de reojo con desenvoltura para cerciorarme de que el rictus de mi mandíbula inspirara confianza a la gente. Todas las mañanas, al lavarme los dientes, me miraba a los ojos y ensayaba una actitud arrogante… ¡para arredrarme *a mí misma*! Me esforzaba en caerle bien a la gente para que, llegado el momento, todo el mundo estuviera en condiciones de decirse, sin aliento e impresionados: *Guau, nunca pensé que sería ella, pero…*

Claro, se entiende. Ansiaba dejar huella en las personas que nunca volvería a ver, para que algún día pudieran decir: *Ah, sí, yo la conocí La recuerdo, claro… No se veía venir, pero ahora está clarísimo*.

Tal vez al cabo de diez años repasaría los acontecimientos y entendería por qué era mejor ser una más de la pandilla. Aun así, no mola nada ser el último mono. Qué poco emocionante, ser un bailarín *del montón* de la compañía, cuando las grandes estrellas se

lucen en el centro, micrófono en mano. Haberme acostado con unos pocos tíos buenos no me convierte en una persona digna de amar.

Nunca me ha agradado lo lenta que soy para leer. De hecho, si me lo

planteo, nada en mi vida apuntaba a que yo sería la elegida. No sé por qué lo creí.

Pronto nos iremos. Pronto emprenderemos la travesía. Y no le susurraré a nadie: *¡Pensaba que sería yo!*

Me puse en la fila, subí al autocar con destino a Toronto, deposité la maleta en el diminuto portaequipajes superior y escogí un asiento de ventanilla, sola. Sacudí la arena del asiento y me senté. Al cabo de cinco minutos, el conductor arrancó el motor y nos mezclamos con el intenso tráfico matinal.

Estuvo lloviznando toda la mañana, y el ambiente en el interior del autobús estaba muy cargado. No tardaron en flotar por el aire los olores de los cuerpos. No veía los árboles desfilar debido a la condensación que velaba las ventanillas. No veía la carretera.

Arrullada como un bebé, y exhausta a causa de los sueños de la víspera, me sumí en una profunda modorra.

Cuando desperté y eché un vistazo afuera, me di cuenta de que estábamos llegando a Gravenhurst, donde el autocar paraba siempre un rato para que los pasajeros almorzaran. Me bajé del vehículo junto con los demás, y los seguí hasta la cola de los bocadillos en el interior del viejo restaurante de carretera. El conductor se quedó fuera, fumándose un pitillo junto al autobús.

Nada me apetecía más que un sándwich de queso a la plancha, así que pedí eso y un café. Me moría por uno con mucho queso: un sándwich de queso a la plancha rebosante de queso. Me regodeé en aquel antojo hasta que el empleado del mostrador me tendió un plato blanco de cartón que contenía un sándwich envuelto en un papel blanco por fuera y plateado por dentro, para que no se enfriara.

Fuera, en los bancos de la zona de picnic, desenvolví el bocadillo con muchas ganas; pero al primer mordisco me desencanté: estaba pastoso y casi no tenía queso. No era lo que deseaba, no era lo que me había imaginado, pero me amoldé a la realidad. *Mejor tener una buena imaginación que un buen sándwich de queso a la plancha*, me dije.

A continuación, pensé en Margaux: *Y mejor tener el fracaso ante tus propios ojos que una quimera en la cabeza*.

Capítulo 18

¿QUÉ ES LA TRAICIÓN?

De vuelta en mi piso, me metí en la ducha para lavarme hasta que toda la arena se fue por el sumidero. Después, me quedé de pie en medio del baño, desnuda y chorreando. Al otro lado de la puerta, Ryan recogía sus cosas.

Estaba molida. Durante todo el trayecto había estado ensayando lo que le diría a Margaux: que no tendría que preocuparse, porque no escribiría sobre ella nunca más. Que había dejado la obra, que había claudicado. Mi mayor deseo era hacerle entender que, a su debido tiempo, recuperaría su equilibrio interior y confiaría de nuevo en la pintura, y en ella como pintora.

Pero, de momento, sólo quería dormir. Solamente había pasado catorce horas en el autobús, pero a mí me habían parecido catorce días.

Antes de meterme en la cama pasé por la cocina, envuelta en una toalla, para revisar el correo. Habían dejado un sobre, sin sello, y mi nombre estaba escrito con la letra de Margaux. La fecha era de esa misma semana.

1.Querida Sheila:

2. Estoy en nuestro taller, furiosa. Me resulta inevitable sentirme traicionada.

3. Has sido mi amiga más íntima, me has grabado, ¡y en cuanto has comprendido cómo debería ser una persona, te has desecho de mí!

4. Ahora que has llegado a algún sitio, tu búsqueda ha terminado, y eso para ti implica el fin de nuestra amistad.

5. Siempre he temido que algún día se te olvidaran los motivos por los que queríamos vernos en todo momento, cuando ya no los experimentaras o no quisieras verme, y que te ofendería que yo aún quisiera quedar contigo.

6. ¿Para qué ibas a seguir saliendo conmigo? Ya estás en el siguiente escalón que te ayudará a convertirte en un genio.

7. Pero yo no puedo ser tu amiga a ratos.

8. Lo cual quiere decir que no puedo ser tu amiga.

Me eché en la cama y consideré la posibilidad de rajarme las venas en la ducha. Tenía ganas de pegarme un tiro en la boca con una pistola

de esas que descargan varias balas a la vez, para que toda mi cara se desintegrara y se convirtiera en puré. Intenté relajarme, pero no lo conseguía porque estaba acalorada y me picaba todo. Ni una sola parte de mí se libraba del dolor. Sabía que siempre acabaría perdiendo las cosas buenas. Sería esa clase de persona toda mi vida. Me parecía increíble aquella pena desgarradora e irrespirable, esos latigazos que me azotaban la parte baja de la espalda, el dolor de la mandíbula. Más allá de esa sensación, no había nada; el amor de Margaux, que yo había conocido, se transformaría en la negra espalda de Margaux; eso sería lo último que vería de ella mientras se alejaba, y yo recordaría lo generosa que había sido cuando fui digna de ello.

Mientras dormía aquella noche, visualicé una habitación en el duodécimo piso de un edificio con un patio central; en ese edificio vivían jóvenes y trabajadores sociales, educadores, mucha gente. A una habitación de la última planta empezaron a llegar envíos con cuchillos grandes y afilados, cuchillos pequeños, retorcidos, toda clase de cuchillos; armas, cuerdas y enormes cargamentos de droga. Llegaban cuchillas, limas, ganzúas, esposas, tijeras, instrumentos de tortura, cepos, cadenas, todo en esa línea. Nadie

que viera el cargamento y amara a su hermana sería capaz de dejarla en aquel sitio con aquellos tipos; y, sin embargo, hubo alguien que *sí lo hizo*. Mucha gente lo hizo. Una persona bajó en el ascensor y dijo a los trabajadores sociales: *Tengo miedo, ¡Creo que le va a pasar algo a mi hermana! ¡Creo que algo raro pasa en esa habitación!* Pero los trabajadores sociales no entendían nada; una aseguró que iba a subir, pero no estaba tan asustada como la persona que había dejado a su hermana, que seguía yendo de acá para allá en el centro del patio de la planta baja, indeciblemente preocupada, y convencida de que ya era demasiado tarde. La trabajadora social subió, pero ya no había nada que hacer porque habían llegado más chicos, todos vestidos de forma aterradora, cargados con cubos de pintura. Los chicos subieron, y la habitación se fue abarrotando de gente que quería formar parte de la orgía, pues ¿por qué no, por una vez? ¿Por qué quedarse siempre al margen? ¿Por qué no participar y clavar aquellas barras metálicas en las bocas de los demás? Querían pasar un buen rato. Aunque la estancia no era muy grande, albergaba a todas las mujeres que te puedas imaginar, a los hombres que te han dado miedo alguna vez en tu vida (por la calle o simplemente en tu imaginación) y a los hombres que más quisiste. Entonces empezó la fiesta. Tanta gente se agolpaba desde la misma salida del ascensor, que la trabajadora social apenas si lograba abrirse paso hasta la habitación, y al final no consiguió llegar y volvió con el semblante pálido y el pelo tieso de miedo por no haber podido acceder a aquella sala llena de instrumentos y droga, que era

donde había empezado la orgía. Allí comenzó, desprovista de toda ingenuidad; aunque, comparado con lo que vendría después, parecía un juego de niños. Había cuchillos, y chicas desolladas y aún vivas, y una mujer que gritaba tratando de tomárselo a risa: *¡Mira lo que le han hecho a mi cara!* Llevaban a cabo amputaciones allí mismo, cortaban extremidades e introducían barras por la boca, y se hacía todo aquello que se le puede hacer a una persona, arrancaban y arrebataban hasta lo que, sin saberlo,

amamos en una persona —la integridad, la perfecta integridad— y aquellos atributos que componen a una persona; las muchachas estaban aniquiladas, tan destrozadas que no había forma de diferenciar a una de otra salvo porque algunas eran más altas y otras más delgadas, pero no se apreciaba nada en sus caras aparte de la carnicería; parecían animales vueltos del revés. Y en el patio y los balcones de los doce pisos que daban al patio se congregaba el público al completo: tipos alborotadores e infelices que agitaban sus banderas y observaban y aguardaban, pues en cada planta tenían sus cubos de pintura (naranja, amarilla, morada, azul), y cuando los de arriba terminaban con las chicas, o cuando aún estaban atareados haciéndoles de todo antes de desecharlas, una por una, para pavor de las muchachas, las lanzaban desde la habitación, doce pisos de caída libre hasta el suelo de hormigón del patio; al precipitarse chorreaban sangre —no tenían piel, ni cara, pero aún estaban vivas—; entonces, de los balcones manaba la lluvia de colores, y las chicas caían atravesando once plantas de espesa pintura, pintura plástica y pintura de cemento que les quemaba una piel que ya no era piel sino un verde clarito, un feliz amarillo, naranja, morado, rojo, un arcoíris.

Había infligido a Margaux un daño irreparable. El sonrojo de la vergüenza me caldeaba el cuerpo. No había una sola célula de mi cuerpo no corrompida por lo que había hecho.

Capítulo 19

FRENTE A LA TIENDA DE BIKINIS

Al día siguiente me desperté por la tarde, y con el alma encogida me acordé de la carta de Margaux. Me resistía a pasarme por su casa, pero debía hacerlo. Sabía que tenía que ir lo antes posible, aunque no supiera qué decir. Me obligué a recorrer las tres manzanas que separaban mi piso del suyo, con el pelo suelto y enmarañado, y nada en la mirada salvo la nada.

Llamé a su puerta y la vi bajar las escaleras. Me abrió haciendo un

mohín. Tenía el pelo todo revuelto, como si se acabara de levantar. Se apoyó en el umbral.

Me dijo:

—Te llamé, pero ya te habías ido. Fui a tu casa, y te habías marchado. ¿Cómo pudiste abandonarme cuando las cosas estaban tan mal? ¡Te largaste sin despedirte siquiera!

Me preparé mentalmente, y me quedé tan tiesa como una armadura. Lo único que sentía era la necesidad de pasar página.

—¡Pero si estaban mal era por mi culpa! ¡Me fui para que las cosas te fueran mejor! Para que pudieras olvidar lo que te hice.

—¡Después de haber removido cielo y tierra para encontrarte!

¡Toda mi vida había querido una amiga! Y justo cuando más la necesito, desaparece.

Me eché a llorar.

—¡Pero me he comportado tan mal que ya no puedes pintar!

—Mira, accedí a que me grabaras. Pero tú… ¡Averiguaste cómo debería ser una persona y te largaste a Nueva York para ponerlo en práctica!

—¡No! Además, no voy a usar las grabaciones ni nada de eso.

He abandonado la obra.

—¡Genial! O sea, que encima todo esto ha sido para nada. Todo lo que hemos pasado ha sido en vano.

Me cubrí el rostro con las manos. Había pensado que las cosas mejorarían al decirle eso, pero sólo conseguí que se enfadara aún más.

Los israelíes tardaron cuarenta años en llegar al río Jordán desde Egipto, una distancia que en realidad podían haber cubierto en unos pocos días. No fue cosa del azar. Esa generación tenía que morir.

No podían llegar a la Tierra Prometida. Una generación nacida en la esclavitud no está preparada para las responsabilidades que exige la libertad.

Mientras caminaba por el barrio, divisé a Sholem en el interior de su

cafetería preferida. Estaba garabateando algo con aire taciturno.

Entré y le pregunté si podía sentarme un ratito con él. Me dijo que vale. Le quería contar mis problemas y pedirle consejo, pero él se me adelantó y empezó a contarme los suyos. Me explicó que, varias semanas antes, durante mi estancia en Nueva York, Margaux había hecho un vídeo protagonizado por él; su papel consistía en hacer como si no lo estuvieran grabando y comportarse con naturalidad, y aquel día estuvo reviviendo con asombro el bienestar que le procuraba actuar —sin tan siquiera haber visto el vídeo estaba convencido de su estupenda actuación—, mucho mayor que el que le proporcionaban los cuadros. Ser actor por un día, continuó con amargura, le había hecho sentirse vivo y feliz, igual que años atrás, en el instituto.

SHEILA

¡Bueno, pero eso es genial! Revivir…

SHOLEM

¿Pero es que no te das cuenta? Tengo un miedo atroz… Siempre ha sido mi mayor miedo… ser mejor como actor que como pintor.

SHEILA

¿Y qué? Si es así, puedes ser actor.

SHOLEM

¡No, Sheila! (*lanza un suspiro*) ¿Conoces al tío de Misha, Ezra?

Bueno, es un hombre muy obstinado, y discutir con él es prácticamente imposible. Una vez, en una fiesta, se puso a rajar de un profesor mío de la escuela de Bellas Artes, que era pintor y al que yo respetaba muchísimo. Ezra dijo: *Me resulta muy extraño que alguien que sabe tanto de pintura, que habla tan bien del tema y que tiene ideas tan interesantes al respecto… no sea capaz de hacer cuadros bonitos*.

SHEILA

¿Y eso te dejó pasmado? ¿Te diste por aludido?

SHOLEM

Lo que pasa es que… en el preciso momento en que dijo aquello me di cuenta de que yo jamás querría convertirme en eso, y quise evitarlo por todos los medios.

SHEILA

Pero ¿cómo se puede evitar algo así?

SHOLEM

Es que… si yo rezara, a eso orientaría mis plegarias.

Así pues, Sholem se fue a casa a rezar. Rezó y rogó no convertirse en alguien de quien pudiera decirse: *Qué curioso que hable de*

pintura tan maravillosamente pero no sea capaz de hacer cuadros bonitos. Y continuó, con más rigor si cabe, la senda que había emprendido. Hacía todo lo que se le ocurriera para convertirse en un pintor sobresaliente. Trabajaba día y noche y solamente pensaba en cuadros; pintaba, y no hacía nada más.

Y fue así, despacio y con el paso del tiempo, igual que el mar al erosionar la roca, como Dios fue desgastando la belleza y la valía de todo aquello que él pudiera haber afirmado de la pintura; suavizó los bordes de sus ideas, empañó la intensidad, la precisión y la confianza que antes alumbraran cada uno de sus trazos y con las que en otra época evocaba los temas de una forma sencilla, y amena también. Sus hermosas palabras se volvieron como el cieno en el fondo del mar.

Capítulo 20

EL TEMOR DE SHEILA

Me había saltado una barbaridad de turnos en la peluquería sin llamar siquiera para excusarme, y me abochornaba tener que explicar por qué lo había hecho. No se me ocurría ninguna excusa convincente. Uri me admiraba como empleada, y ahora su imagen de mí se habría desmoronado. Dimitir se me antojaba como la única forma de mantener mi dignidad y buen nombre. Se me ocurrió explicar que necesitaba concentrarme en acabar la obra, que no me quedaba tiempo, y que gracias a la profesionalidad de Uri había aprendido la más valiosa de las lecciones: debía aspirar a ser tan buena profesional como él, pero en *mi* terreno y no en el suyo. Fui al salón de belleza con la carta de dimisión en la mano. Al entrar, percibí que reinaba un silencio extraño. No había corrillos chismorreando, y los estilistas rehuían la mirada. La recepcionista, siempre sonriente y dispuesta a dejar lo que estuviera haciendo para saludarme, casi ni me miró cuando llegué. En la trastienda coincidí con una de las estilistas, Amy, y le pregunté a qué se debían aquellas caras. Lanzó una mirada a su alrededor y habló dirigiéndose al espejo que colgaba de la pared rosa.

Los peluqueros nunca se miraban cara a cara, sino a través de los espejos.

—Uri ha anunciado que se va a jubilar y que va a vender la peluquería. Seguirá trabajando a media jornada, pero, según parece, Anthony pensaba que algún día Uri le vendería el negocio a él. Claro está que Uri no piensa hacer tal cosa. Cuando esta mañana se ha enterado de que se lo va a vender a Paul y a Raoul, Anthony le ha gritado delante de todo el mundo (también de los

clientes): *¡Eres un mierda, Uri!* Ha roto el espejo de un puñetazo y ha dejado todo lleno de sangre. A continuación, ha agarrado sus tijeras y se ha marchado.

—Jo-der.

—Pero todos sabemos que mañana volverá como si no hubiera pasado nada.

Vi que Uri entraba en la trastienda. Como sabía que durante la jornada sería muy difícil abordarlo, aproveché para acercarme y le tendí la carta de dimisión, llena de formalidades y de gratitud, que había redactado la víspera.

—¿Quieres que la lea ahora? —me preguntó. Yo afirmé con la cabeza. Lo seguí a su despacho y me quedé de pie mientras leía la primera página, luego pasaba a la segunda, y luego a la tercera.

—Vaya, será una lástima perderte. Te valoramos mucho. Pero, si es lo que quieres… —Entonces cambió de tema—: ¿Te has enterado de lo de Anthony?

Asentí.

—Pretendía que le vendiera la peluquería, dice que siempre pensó que yo se la vendería. ¡Pero de ninguna manera! No es una persona coherente, no sabe dominarse. ¿Cómo voy a confiarle mi negocio a alguien así? No es un miembro fiel del equipo. Sólo piensa en sí mismo. Y no hace falta que te diga que jamás pedirá perdón por ese arrebato. ¿Qué clase de hombre no es capaz de disculparse? Nunca he oído a Anthony reconocer que se ha equivocado. —Se encogió de hombros—. Les he pedido a Paul y a Raoul que no lo despidan, porque quiero ver cuánto tiempo puede pasar una persona sin pedir perdón.

Tras un breve silencio, Uri añadió:

—Ven, déjame que te arregle un poco el pelo. Es tu último día, te voy a hacer unas mechas.

—Gracias —respondí; a pesar de que no me apetecía que me hicieran mechas, me sentí conmovida por ese último detalle

conmigo, que denotaba su profesionalidad y que hacía de él, una vez más, un hombre intachable.

Me senté en su sillón y Uri se concentró en mi cabello sin decir ni una palabra. La carta me hacía sentir violenta, y empecé a arrepentirme de habérsela entregado. Tenía la sensación de haber cometido un error; era una completa memez dejar el trabajo de la peluquería. ¡Si me encantaba! Y, además, ¿cómo me ganaría la vida ahora? Lo tuve claro: en el salón de belleza había experimentado una felicidad *genuina*, y estaba renunciando a ella por culpa de mi desacertado orgullo y de la necesidad de preservar mi imagen a ojos de Uri. A medida que iban pasando los minutos, la decisión se tornaba cada vez más irrevocable y mi vida en la peluquería se iba alejando. Pronto no habría lugar para mí en aquel salón. Mi pánico fue en aumento cuando traté de inventarme alguna forma de retirar mi dimisión, y al mismo tiempo me recordaba que el propósito de esta vida no es evitar el sufrimiento, que toda elección implica padecimientos; y que al renunciar a la peluquería elegía un tipo de sufrimiento, mientras que si decidía quedarme sufriría de otra forma, y que, a fin de cuentas, mi indecisión era el peor de los sufrimientos, pues simbolizaba una tentativa de evitar la vida totalmente estéril.

Mi cerebro echaba humo bajo las manos de Uri, que me sacaba mechones del gorro de goma ceñido a mi cabeza. De pronto caí en la cuenta de lo ridiculamente fácil que era finiquitar las cosas. Le había dado la carta, y antes de que me diera tiempo de decir nada ya se había agotado mi tiempo. Me teñían el pelo… y a la calle, para siempre. ¡Qué gran error había cometido!

Seguí a una de las mozas al lavacabezas, y mientras me enjuagaba el pelo empecé a notar que la tensión se me acumulaba en el cuello. Cuando me llevó de nuevo al sillón para secarme con la toalla, vi en el espejo lo que había hecho Uri: ¡me había decolorado toda la melena! Aquello no eran mechas. El peróxido me había dejado el pelo gris y quebradizo, nada que se pareciera siquiera al

blanco suave y atractivo de Marilyn Monroe ni al plateado de Andy Warhol. Era el pelo de una anciana. Parecía estar en las últimas de mi vida y, lo que era aún peor, al final de *esa* vida. Uri volvió y, abriendo

los brazos, me sonrió y preguntó: *¿Qué tal?*

No fui capaz de devolverle la sonrisa. Tenía la impresión de que me habían borrado, que nadie se fijaría en mí nunca más. Pero, por lo menos, ya no me tentaba la idea de mirarme en el espejo e inclinar un poco la cabeza.

Capítulo 21

QUÉ MARAVILLOSO ES SER ADULTO

De pequeña, cuando creía que los niños crecían y los padres menguaban hasta que el niño se convertía en el padre y éste en el niño, mi idea de los adultos era impresionante. Estaba convencida de que mi padre lo sabía todo, y de que mi madre era una persona muy segura y resuelta. El interior de mi cabeza era una parcelita colmada de asombro.

Me sentía tan lejos de ellos como si habitaran una nave espacial que orbitara fuera de la tierra, en una oscuridad que no alcanzaba a comprender. Pero ahora que soy una adulta entre adultos, estoy ahí.

Ahora estoy aquí, en lo que antaño me parecía la estratosfera, una estratosfera totalmente diferente que sin embargo es ésta. Ésta es la frontera más remota del universo humano.

Capítulo 22

UN EXTRAÑO SE HACE AMIGO DE OTRO

EXTRAÑO POR SU COMÚN EXTRAÑAMIENTO

DEL MUNDO

Mi madre llevaba semanas llamándome, dejándome mensajes en el contestador y mandándome unos emails largos y desesperados, así que al final pensé: *Hoy es el día*. Iría a hacer lo que quería que hiciera: despejaría el sótano de mis porquerías, que eran mi vida entera, y las tiraría todas para que ella pudiera seguir su vida con la mente clara.

Tomé el autobús en dirección norte. Cuando llegué, quince minutos más tarde, no había nadie en casa, cosa que sabía y esperaba. Mi madre estaba trabajando. Bajé al sótano. Había dejado bolsas de basura en el suelo para que lo metiera todo en ellas. El sótano lo recordaba muy distinto: ahora, más que un lugar cargado de significado, era un lugar a secas. Pero la familiaridad de su atmósfera,

aquel cálido aroma a moho, me reconfortó.

Miré a mi alrededor en busca del desorden, pero no vi nada de eso: ni los papeles, ni los libros que imaginaba abarrotando todo el espacio. Habían pasado la aspiradora recientemente por la moqueta marrón oscura, y junto a la pared había dos sombrereras no muy grandes, una encima de la otra.

Me acerqué a las cajas, me arrodillé y las abrí. Dentro estaban mis cosas. ¿ *Aquello* era el caos que había dejado tras de mí?

¿Aquello era lo que había estado martirizando a mi madre durante tanto tiempo?

Eché un vistazo a las cajas, deseché unas disertaciones que sabía que no querría leer jamás, y me quedé con un montoncito de papeles y fotografías, más una carta dirigida a mí y que nunca había abierto. Me la metí en el bolsillo. Salí del sótano y de la casa con ambas cajas en la mano. Una de ellas la dejé en el contenedor. La otra me la llevé a casa.

Eran las nueve de la noche. Monté en el autobús que iba al sur, pasé bajo los brillantes fluorescentes y me senté al fondo. El ambiente estaba muy húmedo. Solamente había tres pasajeros más.

Cuando el vehículo se puso en marcha, saqué el sobre del bolsillo y me puse a mirarlo por todos lados. No reconocía la caligrafía, aunque en realidad sí, me sonaba. ¿Por qué no había leído nunca aquella carta? La abrí.

1. Querida Sheila:

2. El domingo por la noche, mi hijo me explicó que habéis terminado. No me esperaba semejante noticia, y todavía me cuesta creer que sea verdad.

3. Pensaba que erais almas gemelas, que teníais muchas cosas en común y que juntos seríais capaces de superar cualquier dificultad.

4. Recuerdo cuando, en primavera, me contaste que estabas locamente enamorada de él y que nadie más que él te hacía sentir así.

5. Sé que él te adora también, y que quiere cuidar de ti. Esa clase de amor es una suerte poco habitual.

1. Ha sido un año muy difícil tanto para ti como para él, lleno de preocupaciones inesperadas que os han complicado la vida.

2. Pero ahí es cuando más os necesitáis; el mero hecho de saber que alguien cuida de ti es importantísimo.

3. Existen muy pocas respuestas, o eso creo yo, para muchos de nuestros problemas.

4. En esta vida hay ciertas cosas por las que hay que pasar.

1. Así es como yo me planteo el reciente fallecimiento de mi marido; no me queda otra opción que confiar en que las cosas irán mejorando.

2. Por muy frustrante que resultara la vida con él, ahora que él se ha ido la siento vacía.

3. Compartimos muchas cosas, tanto buenas como malas, y habíamos alcanzado un punto en que ambos éramos capaces de valorar lo que poseíamos como algo muy especial.

1. Has formado parte de mi familia a lo largo de los últimos años; se me hace muy difícil pensar en mi vida sin ti.

2. Te aseguro que no encuentro palabras salvo para decirte que estoy muy triste, que es como imagino estarás tú también.

3. Un fuerte abrazo, Odile.

Apreté la carta contra mi pecho, como si de un animalillo se tratara.

Capítulo 23

FRENTE A LA TIENDA DE BIKINIS, OTRA VEZ

Cuando llegué a casa no hacía más que pensar en Margaux. Lo único que quería era que se sintiera bien, que no tuviera miedo.

Haría lo que fuera por recuperar su confianza. Así que empecé a pensar en ello. Había dos cosas acerca de Margaux que sabía con seguridad: que nunca había abandonado nada, y que le agobiaba su exceso de empatía. Esperaba ser capaz de arreglar las cosas. Tenía la esperanza de que pudiéramos pasar por esto y superarlo.

Pero ella había hecho un sacrificio por mí al permitirme que la grabara, y yo en cambio no había sacrificado nada por ella. No había hecho frente a ningún miedo o peligro por el bien de Margaux.

El desequilibrio era evidente. Pero ¿qué podría compensar? ¿Qué necesitaba ella que hiciera? Tendría que ser algo que le demostrara

que yo no estaba utilizándola, y que no la iba a dejar tirada cuando hubiera sacado de ella lo que me resultara de utilidad. Pero ¿cuál podría ser ese sacrificio? No paré de darle vueltas, tumbada en la cama, y aunque esa noche mis sueños parecieron girar en torno a ese asunto, cuando desperté a la mañana siguiente seguía sin tener la más remota idea de cuál debía ser aquel gesto.

Sólo una persona me podía ayudar.

Margaux y yo estábamos sentadas en las escalerillas, frente a la tienda de bikinis; ella se miraba las manos mientras yo observaba a la gente que pasaba por Queen Street. Margaux no se movía, y respiraba sin hacer ruido. Por fin me miró y dijo:

—Quiero que acabes tu obra.

—¿Cómo? ¿Esa obra imposible y bochornosa?

—¡Sí! Y quiero que encuentres la respuesta a tu pregunta, a cómo debería ser una persona, para que no tengas que pensar más en ello. Para que nada de lo que hagas a partir de entonces tenga que ver con esa pregunta, y nuestra amistad tampoco. Y puedes recurrir a mí todas las veces que quieras para hallar la respuesta: mis palabras… Lo que sea, pero acaba con eso.

Aquello era lo peor, lo más difícil que me podía haber pedido. Y

no cabía duda de que ella sería la única persona que podría quererme, pues nadie más se interesaría por mi amistad una vez mi fealdad quedara expuesta ante los ojos de todo el mundo. Durante unos instantes no me moví, enfrascada en mi abatimiento. La mirada de Margaux se posó en mi melena gris.

—Y hazlo rápido —añadió—. Vas a tener que emplearte más que en toda tu vida.

Me quedé callada, y luego me giré hacia ella.

—¿Tiene que ser una obra de teatro?

Reflexionó un momento, y luego sonrió:

—No.

Capítulo 24

EL CASTILLO

Fui detrás de Margaux escaleras arriba hasta el taller de su piso. Me invadió un gran alivio al ver cuadros nuevos, algunos recién pintados y otros apenas esbozados. En el centro había instalado un escritorio donde había un ordenador con dos monitores viejos, y en las paredes colgaban con celo varios papeles: tablas de colores.

Empezó a contarme la conversación que había mantenido hacía un par de semanas con su nuevo galerista de Nueva York, que la había incluido en una muestra colectiva. ¡Yo no sabía que iba a exponer en Nueva York!

MARGAUX

(*emocionada*) Le expliqué por qué hago las cosas que hago, y hablé mucho acerca de mis cuadros; le dije que cuanto menos autobiográficas son mis obras, más fácil me resulta poner elementos de mi propia vida en ellas. ¡Me pareció la conversación más provechosa del mundo!

SHEILA

¿Y qué dijo él?

MARGAUX

¡Que estoy muy equivocada! Quiso saber si en Canadá a la gente le gustan los pequeños formatos, y le dije que sí, y me dijo: pues aquí en América nos gusta que los cuadros sean grandes, y no nos gustan sobre tabla ni con pintur…

SHEILA

(*encantada*) ¡Debe de estar contentísimo contigo!

MARGAUX

Mmm, no sé qué decirte.

Margaux se gira hacia una de las tablas de la pared y la toca con dulzura. Baja la voz.

¿Sabes qué? Aquella noche, después de que te marcharas, seguí pensando y haciendo la colcha. Casi se me hizo de día, y entonces lo supe: supe lo que necesitaba para deshacerme de mis malas sensaciones. (*Dándose la vuelta*) Sabes que nunca he necesitado que tú lo hicieras por mí.

Sheila agacha la cabeza.

La solución no era hablar *menos*, sino hablar *más*, y no a través de ti, sino de *mí misma*. Eso era lo correcto. Pero ¿qué tenía yo que decir? Me puse delante de mi escritorio y empecé a pensar en todas las cosas que *tengo*, ¿vale? Lo que pretendía era conocer el significado de lo que me rodea. Así que anoté todos mis recursos, las cosas que tengo. Por ejemplo, tengo la casita de campo de la madre de Julia, tengo lo de Hamlet, tengo a Sholem, tengo cuatro mil dólares. Supuse que uno trabaja a partir de lo que *tiene*. Me planteé *¿Cuál sería el mejor resultado posible si tomara todo lo que tengo?* En realidad, se trata de usar las variables y… ¿cómo se dice…? Las invariables.

SHEILA

¿A qué te refieres con *invariables*?

MARGAUX

Pues es que en la vida… uno tiene unas variables y unas invariables, y aunque quieres usarlas todas, al final el trabajo se articula en torno a las invariables.

Margaux se queda callada un momento.

A ti te tenía por una invariable… Y vas y te largas sin decir ni media palabra.

SHEILA

¿Piensas *en mí* como una invariable?

MARGAUX

Sí.

Entonces, muy dentro de mí, algo vibró. Yo era una invariable. Una *invariable*. Ninguna otra palabra me había inspirado nunca tanto amor.

MARGAUX

Así que estas últimas semanas he estado examinando todo lo que tengo, observando, y poco a poco lo comprendí: ¡una película! ¡Voy a rodar una película usando todo lo que tengo! Construiré las escenas basándome en todo lo que tengo, y cuando acabe de grabar las ordenaré de forma más o menos instintiva. No sé cómo será el resultado, pero confío en que el núcleo del filme será una especie de

castillo invisible, y cada una de las escenas será como ir echándole arena. Las partes del castillo que entren en contacto con la arena se irán iluminando. Al final se percibirá el castillo en su totalidad, aunque en realidad nunca llegará a *verse*.

SHEILA

Comprendo.

MARGAUX

(*sonríe, aliviada*) Me pasé toda la semana sentada delante del ordenador pensando *¿Soy subnormal? ¿Soy subnormal? ¿Soy subnormal?*

SHEILA

Entiendo perfectamente lo de ser subnormal.

Si a alguien se le hubiera ocurrido afirmar en aquella época que no serían los egipcios ni los faraones los que sobrevivirían y cambiarían el panorama moral del mundo, sino un grupito de esclavos hebreos, lo habrían tomado por el mayor de los disparates.

Capítulo 25

ISRAEL SE HACE NOTAR

De vuelta en casa, Sheila se encuentra con un email de Israel…

1. estoy empalmado ahora mismo en el cibercafé vietnamita.

2. hay un tío a mi lado que está entregado al porno. acaba de ir al baño y me parece que se está pajeando.

3. acaba de volver y, sí, huele a sebo. da un poco de mal rollo, parece un ex militar o algo así, pero el porno que está viendo es muy bueno.

1. bueno, vas a hacer una cosa para mí.

2. quiero que te compres una revista guarra, y que la mires y te pongas muy cachonda pensando en que te estoy follando como a una puta perra, y que me corro con todas mis ganas en el fondo de tu garganta.

3. luego, coges la revista y la enrollas, bien compacta. ponle celo para que no se abra, y cúbrela con un condón. úntate vaselina en el coño, y en la revista también.

4. ábrete de piernas al máximo, métete la pollarrevista y fóllate.

5. hazte fotos mientras te follas, y mándamelas.

1. sé que una vez me dijiste que no te excitaba la fantasía de que un viejo te follara en un retrete portátil, pero eso me da igual.

2. lo que importa es que a mí me ponía cachondo imaginarte haciendo algo así para mí.

3. lo que me pone no es la idea de que te folles a un viejo asqueroso dentro de un urinario de festival, no, lo que me gusta es pensar que haces las cosas que te pido.

4. hasta muy pronto.

Me di cuenta de que no había forma de escapar de un hombre así.

Aunque me fuera al último confín del mundo; seguiría habiendo conexión a Internet y me encontraría. Sólo estaría a salvo si dejaba de consultar mi cuenta de correo electrónico, pero yo *siempre* miraba el correo, hasta cuando me proponía no hacerlo. El único sitio donde estaría fuera de peligro sería en Corea del Norte. Y ni aun así, porque allí aún lo tendría en los recuerdos; de modo que no había escapatoria posible.

Capítulo 26

EL DESTINO ES DESPEDAZAR A LOS ÍDOLOS

Mi obligación era pasarme la noche en casa escribiendo y descubriendo cómo debería ser una persona, ése era mi cometido, pero tenía miedo. No estaba preparada. Así que salí. Quedé con Israel. Acudí sin saber lo que pasaría. Acordamos vernos en un sitio, en un bar de la calle más larga del mundo. Cuando llegué, él ya estaba allí, fumando. Me dedicó una mirada sin entusiasmo que me partió el alma y dijo: *Bonito pelo, señora*. Entramos juntos en el bar y me preguntó si había llegado a escribir la carta desde el campamento. Me sentí muy violenta. Le dije que no.

En el local me mantuve en silencio mientras él me contaba su proyecto de abrir una cafetería; yo lo miraba. No podía creer que lo que tenía delante fuera una persona de verdad. No me hizo ninguna pregunta. Yo no habría sabido qué responder.

Cuando nos estábamos terminando la segunda copa, dijo: *¿Nos vamos?*

Y nos fuimos. No era capaz de discernir si lo amaba, si me gustaba, o si no sentía nada en absoluto por él. Nos metimos en un taxi (idea suya) y no tardamos en llegar a mi piso. Pagué yo. Nos fuimos directamente al dormitorio, y me excusé para ir al baño. Al volver, Israel me quitó toda la ropa y luego se quitó la suya. Me quedé mirándolo: su vientre me parecía más liso, y tenía las piernas muy robustas. Cuando me sonrió, no me sentí ni especial ni rara.

Había un vacío en nuestras caricias, un profundo pozo hueco.

Aquello tan radiante que alguna vez había existido entre nosotros había desaparecido. Estuve magreándole el pene hasta que llegó el

momento de follar. Yo estaba boca arriba, y él encima de mí. Titubeó entonces y dijo:

—Tal vez sería mejor que no.

—Vale.

Ignoraba por qué había dicho eso, o si le apetecería seguir al cabo de diez minutos, o por la mañana, o a la semana siguiente, o nunca más. Nos quedamos en la cama, callados, y fue entonces cuando mi cuerpo sintió, tranquilo y profundo, lo que yo quería hacer: algo que nunca antes había experimentado. Sin darme tiempo para reflexionar sobre ello, me metí bajo las mantas al tiempo que le decía:

—Quiero dormir al lado de tu polla.

Repté hacia abajo y me apoyé en él, rozándole el rabo con mis labios. Noté que las piernas se le tensaban.

—Levántate de ahí.

—No.

—Vuelve aquí —repitió, esta vez más enérgico.

Pero yo sabía que si le obedecía aún seguiría deseándome, y lo que quería era que su deseo se apagara por completo. Tenía que comportarme de una forma tan fea que la humillación a la que me estaba sometiendo lo salpicara a él también. Tenía que despojarme hasta del último hilito de oro de mi piel (de todo el oro con que me había cubierto) y hacer lo mismo con él para que ni su oro proyectara mi reflejo ni mi oro lo reflejara a él; nos sumiríamos juntos en una oscuridad total. Me ovillé contra sus piernas. Sabía que Israel jamás

comprendería por qué hacía eso, que malinterpretaría mi intención. Pero me dio igual que lo tomara a mal.

Él no me veía como yo era.

Permanecí alerta cuando sentí que se le contraía la polla, por asco o por vergüenza. Pasaron unos cuantos minutos. Luego, me dio la espalda. Introduje la nariz en su culo, y noté los pelillos contra mi piel. Un calor me arrebolaba las mejillas y el alma, pero allí me quedé, estoica.

Había descendido, me había hundido, y cuando varios minutos más tarde emergí de las sábanas sofocantes me sentí como si de veras estuviera saliendo a la superficie de un mundo completamente nuevo. Israel no cambió de postura. Ya no hablamos más en toda la noche.

A la mañana siguiente permanecí, muy tranquila, en mi lado de la cama mientras él se vestía en medio de la habitación. Después de abotonarse la camisa, rebuscó en el bolsillo y sacó una moneda.

Con mucha intención, la depositó en el poyete de la ventana, donde yo tenía apoyada la cabeza, y luego dio media vuelta y se marchó.

Miré por la ventana para admirar aquel maravilloso día.

Sentía que lo que había hecho durante la noche había sido la primera decisión que tomaba sin esperar ser admirada por ello. No lo había hecho para satisfacerlo. No había sido con intención de ganarme el aprecio de nadie. En ese momento brotó de mi interior una felicidad genuina, una nitidez y una liviandad como si estuviera flotando hacia los cielos.

Capítulo 27

¿QUÉ ES LA LIBERTAD?

Pongamos que mi primer novio estaba en lo cierto. Pongamos que es verdad que si vivo la vida que hay dentro de mí y muestro mi voluntad al mundo acabaré sin amor, perdida y sola, con la cara metida en el culo peludo de cualquier extraño.

Pero si mi destino es de verdad mi destino, si intento escapar de él haciendo lo posible por que mi vida parezca algo más hermosa, lo único que conseguiré será llegar todavía más deprisa a ese desenlace que tanto temo. Si no hay escapatoria de mí misma, lo que debo hacer es llegar al final con honradez, en condiciones de decirme, al menos,

que he vivido mi vida con todo mi ser, escogiendo y tomando decisiones, recorriendo todo el camino.

¡Da igual! Si alguien tiene que acabar los días de su larga vida de hinojos en un vertedero ante un nazi, y tengo que ser yo, ¿por qué no? ¿Acaso no soy humana? ¿Quién soy yo para mantenerme al margen de los terribles designios del mundo? Mi vida no necesita ser menos fea que la de los demás.

CUARTO ACTO

Capítulo 1

SHEILA SACA SU MIERDA

Había llegado la hora de escribir. Fui directa a mi estudio y me puse a pensar en toda la basura y la mierda que había dentro de mí.

Entonces empecé a sacarla, la basura y la mierda, y el castillo fue dibujándose.

Nunca antes había querido destapar todas las moléculas de mierda que formaban parte de mi yo más profundo, pues, una vez liberadas, despedirían para siempre el olor a la mierda que yo era y nada (ni el exilio, ni la fama) lo haría desaparecer. Pero saqué la mierda, la basura y la arena, y empleé años enteros en tirarla. Y

empecé a iluminar mi alma con escenas.

Hice lo que pude con lo que tenía. Y por fin me convertí en una chica de verdad.

ENTREACTO

Estaba haciendo cola en el vestíbulo del teatro para comprar un refresco en el bar, cuando noté que me daban un toque en el hombro. Me di la vuelta y vi que tenía detrás a mi marido, de quien llevaba seis meses sin saber nada. Me contó lo que había estado haciendo en ese tiempo, y yo le conté algunas de las cosas que había hecho desde la última vez que nos vimos. Sentí, al mirarlo, la misma ternura que siempre había experimentado por él, y de cuya autenticidad empecé a dudar nada más casarnos.

A medida que íbamos avanzando hacia el mostrador fui notando un aleteo de amor dentro de mí. Allí, en aquel teatro, no me cupo duda de que esa sensación procedía de mi interior, de que iba destinada a

él, y de que era mía y de nadie más.

Nuestras conversaciones siempre habían sido agradables y fluidas, y mientras comprábamos nuestras bebidas le pregunté qué creía que nos empujaba a contarnos historias a nosotros mismos sobre nuestras propias vidas, por qué inventábamos cuentos que tan poco tenían que ver con nuestra vida real. ¿Por qué escogíamos ciertos puntos y los uníamos, y no otros? ¿Por qué resultaba tan irresistible la idea de convertirnos en personajes de tragedia, a cuyos funestos defectos hacíamos responsables de nuestras penas? Quizá no había forma de evitar las desgracias; quizá era pura mala suerte. ¿Por qué entonces nos empeñábamos en achacar nuestros mayores fracasos a las perversiones de nuestra alma?

—Puede que tenga que ver con la evolución —sugirió—. Si tuviéramos una percepción realista de nuestras proporciones, de lo diminutos que somos y de la escasa habilidad que poseemos para evitar un sufrimiento que inevitablemente forma parte de la vida, el desaliento nos impediría sobrevivir.

—O tal vez —dije yo— la verdad sea tan difusa que nuestra mente no es capaz de abarcarla.

Cogimos las bebidas y salimos a fumarnos un cigarrillo. Me fijé en que llevaba debajo del brazo el periódico del día siguiente. Era redactor en un diario. Cuando vivíamos juntos, era muy emocionante verlo llegar de la oficina con el periódico recién salido de la rotativa y aún caliente, antes de que se hiciera el reparto. Pero aquello fue hace mucho tiempo. Por los viejos tiempos, fumé en silencio mientras él me leía en voz alta el editorial, igual que hacíamos cuando estábamos casados.

—Lo ha escrito una chica de catorce años —declaró; luego, se aclaró la voz y empezó a leer.

Quienes formamos parte de una cultura, compartimos un secreto con los demás; y esto se puede aplicar a todas las civilizaciones que han existido a lo largo de la Historia. Ni el arte, ni las leyes, ni los instrumentos, ni la literatura, la filosofía, las guerras, ni los cuencos de piedra pueden revelar el secreto de una civilización. Ni siquiera en la actualidad: a pesar de todas las cosas que hemos construido y que nos sobrevivirán, no desvelaremos el secreto que nos une. En este sentido, somos como cualquier familia en cuyo núcleo existe un secreto que ningún miembro, ni siquiera el más chivato y poco fiable, sería capaz de revelar aunque se lo preguntaran. En este sentido, somos todos

como una familia en el presente, y ninguna civilización futura conocerá nunca nuestro secreto, el secreto de nuestra existencia compartida, de la misma forma que nosotros ignoramos los secretos que vivieron y murieron en el pasado.

Se detuvo y alzó la mirada.

—Hum. El titular está mal. Lo sé porque lo escribí yo. Los de imprenta debieron de quedarse sin tipos suficientes para escribir la palabra *apocalipsis*.

—¿Y qué palabra han puesto entonces? —quise saber.

Me tendió el periódico para que lo viera:

—Obras.

—¿ *El mundo teme obras inminentes*?

—Sí. En realidad suena bastante bien, ¿no te parece?

—Hombre… —vacilé—. Sí que me he topado alguna vez con obras bastante potentes.

Pensé entonces que las obras de teatro tienen entreactos porque el público se cansa. Me pregunté si alguna vez llegaría el entreacto de la obra que mi novio de la adolescencia había escrito sobre mí y que, en cierto modo, se había convertido en mi vida. ¿Llegaría a terminar dicha obra? Si realmente era una obra de teatro, puede que sí. Y por primera vez lo comprendí: quizá no estaba abocada a una vida de pérdida y sufrimiento con un desenlace tan degenerado y mezquino.

Aquellos pensamientos y fantasías eran los *de él*. Y esa chica de catorce años había logrado enunciar una verdad aún mayor que la que mi novio del instituto ostentaba: que por muchos temores y certidumbres que nos asalten, los lazos que nos unen siempre serán un misterio para nosotros.

Oímos entonces un tenue sonido, la señal que indicaba que el último acto iba a empezar. Las luces del vestíbulo parpadearon y, junto con los demás fumadores, tiramos los cigarrillos al asfalto y nos dirigimos al interior.

QUINTO ACTO

Capítulo 1

EL CONCURSO DE CUADROS FEOS

Sheila lee un email de Margaux nada más despertarse…

1.he estado pensando: ambas somos personas de una libertad inusual, pero creo que nuestros mecanismos de libertad son distintos.

2. en tu caso, es como si no terminaras de creer que influyes en las personas. tal vez piensas que no eres una persona porque no has decidido qué clase de persona ser.

3. siempre crees que nadie puede verte, lo cual, claro está, te concede una loca libertad que te permite hacer lo que te plazca.

4. en mi caso, de niña siempre me moví mucho, así que nunca tuve constancia física ni registrada de nada que tuviera que ver con el pasado. nunca en mi vida me vi limitada por el pasado porque, literalmente, no había pasado.

5. cuando era más joven y empecé a salir en prensa, aun en los medios más insignificantes, y sin importarme lo positiva o banal que fuera la reseña, veía mi nombre escrito y durante una semana sentía el peso de una condena. era una mezcla de pánico, depresión y ansiedad que me atrapaba y me gobernaba hasta que desaparecía sola.

1. quiero que sepas que he empezado a cogerle el gusto a nuestras conversaciones, a las grabaciones, a la nueva libertad que experimento al dejar que mis palabras se escindan de mi cuerpo.

2. creo que, de haber crecido en un pueblecito, habría sido una mala persona, me habría convertido en la artista prepotente, sofisticada y pretenciosa que se queda en un rincón; una incomprendida, una persona deliberadamente impenetrable.

3. pero quizá no me haga falta salir ahí fuera con ese discursito del artista acerca del deseo de cambiar la sociedad.

4. quizá lo mejor sea actuar con honradez y transparencia, y no traicionarse ante nada.

1. la primera vez que me pediste permiso para grabarme sentí como si me preguntaras: *¿te puedo arrebatar tu libertad?* ; y durante un mes sufrí el mismo pánico, la depresión y la ansiedad que solía experimentar cuando alguien escribía mi nombre.

2. sin embargo, era perfectamente consciente de que lo que más temes

acabará cruzándose siempre en tu camino, y que lo que yo más temía era que mis palabras se separaran de mi cuerpo.

3. así que accedí, porque para mí la única manera de avanzar es haciendo aquello que más temo.

4. yo diría que mis problemas personales los he resuelto siempre de una forma dolorosa.

Margaux, Sholem, Misha, Jon y Sheila se reúnen en el salón de la casa de Jon y Sholem. El muy esperado Concurso de Cuadros Feos va a celebrarse por fin. Todos han tomado asiento, en el sofá o en sillas, salvo Sholem, que está de pie delante de todo el mundo.

SHOLEM

Vale, os digo las reglas básicas de la escuela de Bellas Artes. Las reglas básicas son que la presentación tiene que… La intención es la estrella, las intenciones de la obra es lo principal… Tenemos que hablar de nuestras intenciones y de lo que hemos hecho, y explicar si lo que pretendíamos ha quedado reflejado en el resultado.

Risas. Todo el mundo empieza a hablar al mismo tiempo.

¡No acapares! ¡Acaba ya!

¡Esperad!

¡Todos a la vez no!

Danos tiempo para…

SHOLEM

El otro asunto que debemos abordar es si consideramos que la iniciativa de hacer un cuadro feo ha salido bien. Venga, lo echamos a suertes. ¿Cara o cruz?

MARGAUX

Cruz.

¡Yo iba a decir que tú eligieras cruz!

¿Quién tiene una moneda?

¿Te sirve un cheque?

Aquí hay una, toma…

Sholem coge la moneda que le da Jon.

SHOLEM

Si sale cruz, empieza Margaux.

Sholem lanza la moneda al aire.

Cara. ¡Empiezo yo!

Sholem se quedó donde estaba y nos enseñó el cuadro que había hecho a partir de todo lo que odiaba que hicieran sus alumnos, y todos convinimos en que era feo con ganas. Nada en él podía

calificarse de hermoso, nada te invitaba a seguir contemplándolo.

Sholem se sentó. Y llegó el turno de Margaux.

MARGAUX

Oh, guau, sólo estar aquí me pone nerviosa. En plan: *¡A lo mejor no es lo bastante feo!*

¡Qué emocionante!

¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama?

MARGAUX

No os lo puedo decir hasta que lo veáis. Cerrad todos los ojos. No hagáis trampa, cerrad los ojos.

Le da la vuelta al cuadro.

Vale, ¿listos?

Risotada.

¿¿¿Qué es eso???

MARGAUX

¡Se titula *Tiempo de mujer*!

¡El peor título de la Historia!

¡¡¡Me encanta!!!

¡Qué risa!

SHOLEM

Te tienes que sentar; espera, te pongo una silla.

Margaux toma asiento.

MARGAUX

Es completamente de escuela de Bellas Artes.

MISHA

¿Y eso cómo es?

MARGAUX

Es… No sé.

SHOLEM

Lo primero: ¿cuál era tu intención?

MARGAUX

Pues, es un poco confuso, porque la palabra *feo* me resulta poco clara, pero… Vale. Lo que yo quería hacer en realidad, pero no hice porque me parecía demasiado conceptual y podía terminar siendo hermoso, era embadurnarme en pintura y tumbarme sobre el lienzo, y que luego de un agujero surgieran un amanecer y un arcoíris. Yo estaba en plan: *¡Es genial! ¡Es enorme! ¡Y divertidísimo!* Quería que fuera de uno veinte por uno cincuenta. Pero luego pensé: *No*…

Porque ya lo tenía muy pensado… *Así no, tengo que seguir más mi instinto*. De modo que se me ocurrió hacerlo instintivamente, ¡y me salió lo mismo!

SHEILA

¿Y por qué uno veinte por uno cincuenta?

JON

No tiene sentido.

MARGAUX

Porque es un formato feo.

SHOLEM

Yo opino que noventa por uno veinte es un formato feo. Forma parte de la categoría más-ancho-de-la-cuenta.

MISHA

¿Me puedes explicar —porque yo nunca he estudiado Arte— por qué el cuadro no es feo-guay sino feo-feo?

MARGAUX

Bueno, es difícil porque muy a menudo me gusta lo feo, así que me concentré en algo feo que no me gustara o que me produjera una ligera repulsión.

SHEILA

¿Crees entonces que tu instinto es tan bello que tenías que ser anti intuitiva?

MARGAUX

A ver, todo lo que me gusta es feo-bonito. Para mí, lo realmente feo es, por ejemplo, unos vaqueros ajustados con unas botas de *cowboy* y una gruesa capa de maquillaje… Las cosas muy pensadas son feas de verdad. O un dibujo muy minucioso de un caballito de madera. En mi opinión, cualquier cosa encorsetada es fea. No lo es para el resto del mundo —a la gente le encanta ese rollo—, pero a mí me parece un espanto. La muerte.

SHOLEM

¿Y no hubo nada que, durante el proceso, no saliera como tú tenías planeado?

MARGAUX

No seguía ningún plan.

MISHA

¿Hubo algo que te sorprendiera?

MARGAUX

Empecé a hacer una película, y luego pinté esto, y luego volví a pintar y… ¡ahora pinto de otra manera!

SHOLEM

¿En serio? ¡Explícate!

MARGAUX

No sé decirte…

JON

Tengo una pregunta: ¿te importaría que lo tiraran a la basura?

MARGAUX

No.

SHEILA

¡Pues a mí me gusta! Quiero colgarlo en mi cocina.

MARGAUX

¡Te lo regalo!

SHEILA

¿Y cómo supiste cuándo parar? ¿Entiendes lo que te quiero decir?

MARGAUX

¡Ah! Tuve que contenerme mucho para no ponerme a retocar,

¿sabes?

SHEILA

¿Te parecen feos los colores?

MARGAUX

(*un poco cansada*) No sé. Estudié todos los colores de mis tablas, y mi instinto me dictó: negro y amarillo, negro y amarillo. Fue todo muy rápido, ¿entiendes? En plan: *Debería incorporar una esfera anaranjada,*

para armonizar. Misha vio eso, y dijo: *¡Justo me imaginaba unos círculos naranja sobre un fondo blanco!*

Todo el mundo se echa a reír.

O sea, es que lo abstracto es muy difícil de mantener, porque te dejas llevar por tu instinto; *era* abstracto, lo que pasa es que luego se transformó en una vagina.

Sholem se pone de pie y se acerca al cuadro.

SHOLEM

Vale, se confirman mis temidas sospechas. Los colores son feos.

Amarillo y negro es… feo de libro… Esa forma de la parte inferior derecha que casi parece un pulgar… Me parece *espantosamente* desagradable. Y estos goterones son feos, porque nada me molesta más que ver una gota. Es como expresarse a lo bestia con abreviaturas…

MARGAUX

¡Me gusta esta crítica! ¡Esto es fabuloso!

SHOLEM

Pero, fíjate, si algo lo salva es tu impronta. Lo no-feo es tu toque.

¡Sabía que pasaría esto! Mira cómo esta línea dibuja una espiral sobre sí misma, y estos dos preciosos trazos en un rojo espléndido…

MARGAUX

¡Sabía que se pondría así! Pensé: *¡Debería retocar esto!*

SHOLEM

…y cómo reposa sobre el espléndido fondo naranja-carmesí. Repito: es muy especial. Tu impronta se deja ver en todo el cuadro. Esa línea tuya serpenteante y ávida está por todas partes. Es uno de los puntos fuertes de tus cuadros. No has borrado la acción de tu mano.

Aunque digas que querías hacer una cosa horrenda, tu fuerza sigue estando presente. ¡Dejas tu marca en todo lo que haces!

MARGAUX

(*entre risas*) ¡Nunca en mi vida me había sentido tan halagada!

SHEILA

Si, por cualquier motivo, acabara en una muestra colectiva, ¿te avergonzarías de asociar tu nombre al cuadro?

MARGAUX

No. Lo podría colgar en una exposición si indicara: *Concurso de Cuadros Feos con Sholem*. No me importaría. Pero no quiero comprometer mi trabajo. Mi obra puede abordar aspectos de mi propia vida a veces, siempre y cuando lo haga de forma muy razonada; en este caso, debería cambiarle el título.

SHEILA

¿Te atreverías a exhibirlo en la galería de Katharine Mulherin? ¿Y si ella llegara a tu taller un día y te dijera algo así como: *Margaux, ¡me encanta este nuevo rumbo que has tomado!* ?

MARGAUX

¡Pero si está siempre con lo mismo! Y yo le respondo: *¡Que no está acabado!*

Sheila sonríe.

Volví sola a casa. Aquel miedo a qué decisiones me harían menos humana seguía ahí; miedo a que un fallo fuera como pasar la goma y dejar un borrón. Era como si mi vida estuviera en manos de un estudiante de Arte, un estudiante de Arte nietzscheano e inmisericorde. Yo me esforzaba en ser el trazo para que esa mano dibujara a un ser humano de verdad. Ambas, la mano y yo, viviríamos, y no experimentaríamos nada que no fuera humano.

Entonces, oí que una semilla susurraba algo nuevo: *Todo lo que acaece al hombre se ajusta a los manidos modelos de la humanidad*.

Capítulo 2

EL SACO

Al cabo de pocas horas sería el cumpleaños de Margaux: había llegado el momento de llevarle el champán que tanto tiempo atrás le había prometido, cuando me perdí su fiesta de cumpleaños y empezamos a forjar nuestra amistad. Saqué la botella del frigorífico, bajé las

escaleras y salí a la calle. Cuando llegué a la casa, Margaux me abrió la puerta, sonriente. Fuimos directas a su taller, que olía a grasa y a pintura, y nos sentamos en el suelo a bebemos el champán en sus mejores copas.

Estuvimos hablando varias horas, cada vez más animadas y borrachas. Luego, Margaux me acompañó, pues siempre se nos hacía muy cuesta arriba separarnos, y permanecimos un rato en el jardincillo delante de mi casa, mientras una suave brisa soplaba a nuestro alrededor. Nos llegaba el nítido aroma de los pinos mezclado con el ligero hedor de las bolsas de basura que los vecinos habían sacado.

Escuché el final de la historia que Margaux me estuvo contando, la de la chica con la que estudiaba en la Escuela… la que lo dejó todo para unirse a una colonia budista y pintar el interior de los templos con bonitos colores. Muy poco antes de la partida de su amiga, un día estuvieron charlando en un aula, ya de noche, sentadas con las piernas cruzadas sobre una mesa. La chica quería hablarle acerca de las vidas pasadas de Margaux, le tomó las manos y cerró los ojos con mucho respeto. Aunque Margaux albergaba sus dudas, accedió con ganas. Pasaron un buen rato en silencio, hasta que la chica abrió los ojos súbitamente y dijo: *He*

tenido una visión. Una persona va caminando por un mercado atestado de gente en una tierra lejana. Carga con un saco que pesa mucho. El peso es insoportable. Así que la muchacha tira el saco.

Los ojos pardos de la chica se colmaron de lástima, y le apretó las manos a Margaux. *Ella no sabía que en su interior había algo muy valioso*.

Margaux se echó a llorar al oír aquello, y al recordarlo ahora se le saltaron las lágrimas.

—¿Todavía te caigo bien, aunque esté llorando? —dijo, riéndose.

Yo sonreí y asentí con la cabeza.

—Me has estado grabando todo este tiempo… Me has estado *observando, ¡observándome!* —Era como si no se hubiera percatado antes de ello, y abrió los ojos de par en par—. ¿Será verdad eso de que…? Bueno, una persona no emplearía todo su tiempo observando algo que carece de valor, ¿no?

Asentí con ternura.

Margaux se recompuso y soltó un resoplido que le levantó el flequillo. Volvió entonces a ser la chica dura y me dio una palmada en un brazo. Hizo por salir del jardín, pero antes de cerrar la cerca se dio la vuelta, volvió adonde yo estaba, y me susurró al oído: *Nunca había tenido una amiga tan buena… ni tan difícil*.

Mientras Margaux se alejaba, pensé en lo que deseaba hacer. Lo haría. Conocía el valor de lo que contenía el saco. Cargaría con él sin soltarlo jamás. Lo llevaría conmigo hasta el final.

Pero en ese momento estaba cansada. Lo único que me apetecía era descansar. Cada uno de los seis días de la Creación tiene su mañana y su noche, que marcan cada principio y final. El único que no tiene mañana ni noche es el séptimo día. Permanece al margen de la Creación, y únicamente forma parte del orden divino.

Yo quería un día sin mañana ni noche. Necesitaba un día de descanso.

La luz brillante de una estrella que asomaba entre las nubes alumbró el jardín de mi casa. Contemplé el cielo nocturno, cuajado de todas aquellas estrellas rodeadas de una oscuridad protectora.

Ellas estaban allá arriba, mientras que yo estaba aquí abajo, y me asaltó la imagen de una cerca. Cada vez que posees algo valioso, construyes una cerca a su alrededor. Como alguien dijo una vez: *El diezmo cerca la riqueza. Los votos cercan la abstinencia. El silencio cerca la sabiduría*. Esos cercados no protegen lo que consideramos valioso de los demás, como las vallas que previenen los robos, sino que los levantamos contra nosotros mismos, contra aquella parte de nosotros capaz de ahuyentar lo que más valoramos. Me dije: *Enumera lo que más valoras y protégelo con una cerca*. Una vez has cercado algo, sabes que tiene valor. Levanta una cerca alrededor de lo que quieras convertir en sagrado, y culmínalo con el séptimo día. Rematálo con un descanso. La cerca y el descanso lo convierten en sagrado.

Yo valoraba de veras a Margaux, pero hasta entonces no había comprendido una cosa: Margaux no era como las estrellas que pueblan el cielo. Margaux no hay más que una; no hay varias Margaux desperdigadas por ahí, en medio de la oscuridad. Y si sólo había una, no iba a haber una segunda. Con todo, por algún motivo, siempre había creído que si perdía a Margaux podría buscarme otra Margaux.

Ahora aquella idea se me antojaba espantosa. ¿Acaso no lo aclaraba todo? Yo nunca había querido ser una persona, ni había creído serlo, por eso nunca había considerado la auténtica singularidad de

cualquier otra persona. Pensé: *Solamente tienes una oportunidad*. Y esa única es la que hay que proteger con una cerca. La vida no es una cosecha. El mero hecho de tener una manzana no significa que poseas un huerto de manzanos. Lo que tienes es una manzana. Así que cércala. Cuando hayas levantado

una cerca alrededor de todas las cosas valiosas que tienes, obtendrás el círculo completo de tu corazón.

Capítulo 3

EL SEPULTURERO

En la ciudad vivía un hombre que trabajaba en el cementerio de Mount Pleasant. Sus colegas lo tenían por un hombre leal, firme e inquebrantable. De joven, vagabundeó por muchas de las grandes ciudades del mundo, pero después de comprobar lo que era aquello, tomó unas cuantas decisiones y empezó a poner en práctica los dones comunes y corrientes que los dioses le habían concedido para lo que él juzgaba importante. Aceptó el empleo de sepulturero, y treinta años más tarde seguía ejerciendo.

Una mañana, un cavador de zanjas que ya no era joven —

aunque él pensaba que sí— cruzó a toda prisa el cementerio, pues llegaba tarde al trabajo, como de costumbre. Pasó por delante del sepulturero, que ya llevaba varias horas cavando. El hombre lo saludó haciendo un movimiento de cabeza.

El cavador de zanjas le devolvió el saludo y, sin aliento, se detuvo para descansar un poco. Se encendió un cigarrillo. Estuvo un rato viendo cómo faenaba el sepulturero, y luego dijo con desazón:

—¿Está usted seguro de que hace bien cavando ahí? En aquel lado da más el sol… ¿O no sería mejor allí, donde están los árboles?

El sepulturero miró hacia donde le señalaba el hombre.

Comprendía el motivo por el que le sugería aquellos sitios, pero su experiencia le decía que no era necesariamente mejor un lugar bajo el sol o pegado a una arboleda. Todo tenía sus ventajas e inconvenientes. ¿Quién sería capaz de determinar qué punto era mejor, si éste o ése o el de más allá?

—Aquí está bien —respondió el sepulturero—. No se trata del sitio, se trata de la sepultura.

El otro negó con la cabeza y se echó a reír.

—Si yo tuviera este trabajo, viviría con la duda de dónde cavar.

¡No me decidiría! Este terreno estaría lleno de hoyitos de medio metro de fondo.

El sepulturero asintió y sonrió con amabilidad, imaginándose una pila de cadáveres formando una montaña junto a la verja de la entrada. A él podía haberle pasado lo mismo, pero mucho tiempo atrás se había dado cuenta de que su inteligencia no llegaba tan lejos como para distinguir entre lo bueno y lo mejor, de modo que se hizo el firme propósito de cavar bien, y así lo hizo.

El hombre siguió pendiente del trabajo del sepulturero. Apenas si hacía ruido cuando apartaba los montoncitos de tierra, y ponía mucho esmero al hincar la pala en el suelo. ¿Por qué procedía con tanta delicadeza, aislado como estaba en el cementerio? ¿A quién trataba de satisfacer?

—¡Venga ya! —le gritó de pronto el operario, con impaciencia, como si estuvieran perdiendo un tiempo precioso—. ¿A qué tanto empeño? Si esta misma tarde la va a volver a cubrir, y terminará plagada de larvas y gusanos.

El sepulturero interrumpió su tarea para contestar, pero el otro ya se había largado a trabajar, dando zancadas entre las lápidas, ya muy alejado.

—No todo el mundo puede ser sepulturero —se dijo el hombre, solo —. Hay que hacer un trabajo intachable. Una vez conocí a un hombre que cavaba zanjas. Quiso ver una sepultura. Se quedó impresionado cuando me vio cavar tan profundo y con tanta precisión. Le dije: *Ha de ser así. Esta sepultura albergará a un ser humano*.

LOS DIOSES

Varias semanas después, Sholem llamó a mi puerta. Me contó que no se sentía a gusto. Se había celebrado el Concurso de Cuadros Feos, pero no habíamos declarado el vencedor. Reconocí que a mí también me había turbado un poco aquel detalle. Sencillamente, no llegamos a precisar si el ganador del Concurso de Cuadros Feos sería el que pintara el cuadro más desagradable o bien aquel que, aun habiendo puesto el mismo tesón, hiciera un cuadro involuntariamente hermoso. Sholem me aseguró que había hablado de ello con Margaux, y que habían dado con una solución bastante justa. Disputarían una partida

de squash. Si ganaba Margaux, se consideraría ganador a quien hubiera pintado el cuadro más hermoso; y si ganaba él, la victoria sería para la persona con el cuadro más feo. Me preguntó si me apetecía acompañarlos. ¡Claro que sí! Estaba deseosa de conocer al ganador.

Al día siguiente, por la tarde, todos nos juntamos vestidos con el chándal. Margaux y Sholem se dirigieron a las pistas, mientras Misha, Jon y yo subimos al observatorio y nos acomodamos junto al muro de hormigón, con los brazos apoyados en el bordillo y mirando a la cancha que quedaba bajo nuestros pies. Las paredes blancas de la pista se estrechaban formando un severo escorzo, y daban al espacio la apariencia de un cono o embudo. El resplandor de la madera oscura y lacada del suelo se proyectaba sobre nosotros, y eran visibles las marcas de las zapatillas de suelas oscuras que habían llevado los anteriores jugadores.

Ninguno de nosotros hablaba. Estábamos expectantes. Flotaba en el aire el sofocante olor a sudor del gimnasio. Entonces, vimos salir a la pista la cabeza rubia con raíces oscuras de Margaux;

detrás de ella, el pelo negro rizado de Sholem y sus flacas piernas al descubierto.

Seguimos esperando en silencio, bebiendo de nuestros botellines de agua hasta que empezaron a jugar, muy despacio al principio, y luego cada vez más concentrados. Margaux y Sholem no tardaron en correr de un lado a otro, respirando con dificultad.

Lanzaban la pelota contra el muro, se apartaban a sus respectivos lados de la pista y se daban contra la pared trasera, emitiendo quejidos. Cuando uno hacía un buen movimiento, el otro asentía levemente. Se secaban el sudor de la frente y mandaban la pelota muy alta. Corrían hacia delante y se agachaban. En un momento dado, Sholem se tiró al suelo. Margaux fue detrás de la pelota perdida, muy despacito, y se la lanzó a él para que sacara. Sholem la tiró muy arriba, corrió a uno de los lados de la pista y falló.

Al cabo de una media hora, oí que Misha le preguntaba a Jon:

—¿Quién va ganando?

Jon se volvió hacia mí con cara de poker, y ambos nos quedamos mirando a Misha. Les dije que no tenía ni idea.

Así pues, volvimos al juego prestándole aún más atención.

Aguzamos el oído y la vista, pero lo único que subía de la cancha eran risotadas, gemidos y palabrotas, y a Sholem que decía:

¡Mierda! ¡Cómo odio este puto juego!

Nos quedamos muy quietos y seguimos mirándolos hasta que por fin, Jon, con su voz arrastrada y encantadoramente mordaz, dijo:

—Me parece que ni siquiera conocen las reglas. Que golpean la pelota a lo loco, sin más.

Y eso era lo que estaban haciendo.

Notas

[1] El error de la narradora consiste en añadir a la palabra soul («alma») la letra d: sould, de este modo se forma un homófono de sold («vendida»), de ahí su profunda desazón. (Esta nota, al igual que las sucesivas, es de la traductora). < <

[2] El amor sólo existe si lo das, | si lo das, si lo das. | El amor sólo existe si lo das, | acabarás teniendo más. || ¡El amor es como un penique mágico! | ¡Si lo guardas con celo no tendrás nada! |

¡Préstalo, gástalo, y tendrás tantos | que se esparcirán por todo el suelo!

< <

[3] No se trata de un recurso poético de la autora: con sus mil ochocientos y pico kilómetros de longitud, Yonge Street, que nace en Toronto, está considerada la calle más larga del mundo. (N. de la T.)
< <

Document Outline

- Cubierta
  - Prólogo
  - Primer acto
    - Capítulo 1
      - Sholem pinta
    - Capítulo 2
      - El punto donde convergen la certidumbre y la tosca textura de la vida
    - Capítulo 3
      - Sheila y margaux
    - Capítulo 4
      - Sheila no consigue terminar la obra
  - Segundo acto
    - Capítulo 1
      - Sheila va a la peluquería
    - Capítulo 2
      - Aparece el destino, pese a las maquinaciones del destino
    - Capítulo 3
      - Sheila quiere renunciar
    - Capítulo 4
      - Sheila quiere vivir
    - Capítulo 5
      - Israel
    - Capítulo 6
      - La historia del «puer»
    - Capítulo 7
      - La oración del «puer»
    - Capítulo 8
      - Margaux pinta
    - Capítulo 9
      - Deambulando por miami
    - Capítulo 10
      - Dos vestidos
    - Interludio para follar
  - Tercer acto
    - Capítulo 1
      - Dos arañas
    - Capítulo 2
      - Deambulando por la ciudad bajo los efectos

- de la droga
- Capítulo 3
  - Anthony y uri
- Capítulo 4
  - Sheila empieza de nuevo
- Capítulo 5
  - Los hombres blancos van a áfrica
- Capítulo 6
  - La muestra
- Capítulo 7
  - Margaux hace una colcha
- Capítulo 8
  - Sheila se estremece
- Capítulo 9
  - ¿Qué es jugar sucio?
- Capítulo 10
  - ¿Qué es el destino?
- Capítulo 11
  - La estación de autobuses
- Capítulo 12
  - Sheila vaga por nueva york
- Capítulo 13
  - El destino asoma su feo rostro
- Capítulo 14
  - Sheila se pasea por la copistería
- Capítulo 15
  - ¿Qué es la empatía?
- Capítulo 16
  - ¿Qué es el amor?
- Capítulo 17
  - Éxodo
- Capítulo 18
  - ¿Qué es la traición?
- Capítulo 19
  - Frente a la tienda de bikinis
- Capítulo 20
  - El temor de sheila
- Capítulo 21
  - Qué maravilloso es ser adulto
- Capítulo 22
  - Un extraño se hace amigo de otro extraño por su común extrañamiento del mundo
- Capítulo 23
  - Frente a la tienda de bikinis, otra vez

- Capítulo 24
  - El castillo
- Capítulo 25
  - Israel se hace notar
- Capítulo 26
  - El destino es despedazar a los ídolos
- Capítulo 27
  - ¿Qué es la libertad?

- Cuarto acto
  - Capítulo 1
    - Sheila saca su mierda
  - Entreacto
- Quinto acto
  - Capítulo 1
    - El concurso de cuadros feos
  - Capítulo 2
    - El saco
  - Capítulo 3
    - El sepulturero
  - Los dioses

- Notas